

CONSEJO DE REDACCIÓN

DIRECTOR: Luis Ferreiro
SECRETARIO: Fernando Soler
acontecimiento@mounier.org

Luis Capilla
Carlos Díaz
José Antonio Fernández
Teófilo González Vila
Carmen Herrando
José M. Linares Poveda
Julia Pérez Ramírez
Ricardo de Luis Carballada
José Luís Lorienté Pardillo
Félix García Moriyón

PRÓXIMOS NÚMEROS 2013

- *¡Por dignidad!*
- *Las persecuciones del siglo XXI*

EDITA: Instituto E. Mounier
c/ Melilla, 10 - 8.º D
28005 Madrid
☎ 91 473 16 97
<http://www.mounier.es>
Periodicidad: trimestral
ISSN: 1698-5486
Depósito legal: M-3.949-1986

DISEÑO Y PRODUCCIÓN:
La Factoría de Ediciones
☎ 91 452 94 17
factoria@factoriaediciones.net
IMPRESIÓN: Egraf S. A.

SECCIONES

- | | |
|-----------|---|
| 01 | Editorial

POLÍTICA, ECONOMÍA, CIENCIA |
| 03 | Deslumbramiento y alejamiento de la ciencia actual
por Sergio Barbero |
| 07 | Viviendas en alquiler por tres años
por José Vicedo Sánchez

EDUCACIÓN Y TERAPIA |
| 09 | Acerca de la formación
por Carmen Herrando |
| 13 | Sentido del sufrimiento
por Patricia Casimiro

PENSAMIENTO |
| 15 | Dios resiste , por Andrés Ortiz-Osés |
| 17 | Revelaciones universitarias: de sus males y su sanación
por Antonio Sánchez-Bayón

RELIGIÓN |
| 23 | Lo original cristiano en la acción caritativa y social de la Iglesia
por Juan Biosca González

TESTIMONIO |
| 26 | Cuando perder es ganar
por Tere García Ruiz |
| 29 | Centenario del nacimiento de Paul Ricœur (1913-2013)
por Albert Llorca |
| 32 | RINCÓN BIBLIOGRÁFICO |

ANÁLISIS

La solidaridad desde abajo

PRESENTACIÓN 36

Repensar el Estado Social
FÉLIX GARCÍA MORIYÓN 37

Orquestrar las resistencias
LUIS ARANGUREN GONZALO. 41

Las ONGD, nuevos retos para no desaparecer
CARMELO RAMÍREZ MARRERO 45

La estrategia de los círculos concéntricos
M.ª AMOR BARROS DEL RÍO 47

La familia como fuente de solidaridad
M.ª ÁNGELES NOBLEJAS 50

Cáritas, insuficiente pero necesaria
JULIA PÉREZ 56

Las migraciones y el Estado de deshecho.
ANA I. FORNÉS CONSTÁN 57

Organizaciones contra los desahucios
JOSE LUIS QUIRÓS 60

Editorial

LUIS FERREIRO, DIRECTOR DE ACONTECIMIENTO

Salir de la crisis por la vía de la solidaridad

En cinco años de crisis ha quedado cada vez más claro su componente moral. En cuanto la abundancia y el brillo del dinero se acabaron, quedaron al descubierto las vergüenzas de muchos personajes cuya guía de conducta era la codicia, el egoísmo y la ignorancia del prójimo. La impúdica búsqueda del beneficio individual a cualquier precio, del lucro sin límites, llevó a muchos a saltar todas las barreras de la prudencia, las mínimas normas de la ética e, incluso, la legalidad. Todo ello con el agravante de la impunidad, mientras millones de personas sufren las consecuencias fatales de un fin de fiesta en la que no han participado, pero de la cual les toca pagar la factura.

Continúa en la página siguiente

La corrupción que cada día sale a la luz ya no nos asombra, el escándalo ya no nos impacta, cuando en todos los sectores y niveles se revela como el pan cotidiano de numerosos personajes de la empresa, las finanzas, la política, la monarquía, el deporte, etc., o cuando se hace patente que la corrupción no se reduce a un conjunto de excepciones individuales, sino que es llevada a la práctica por tramas privadas o incluso desde algunos aparatos de poder, es decir, no ya por individuos sin escrúpulos, sino por aventajados discípulos de Max Stirner, que han instaurado sociedades de egoístas (*Egoistenverein*) para el disfrute duradero de la satisfacción de sus intereses individuales a costa del bien común.

De ahí que, aunque fuera posible salir de la crisis por las vías convencionales, esta salida sería una derrota de la ética y de una sociedad fundada en ella si no se atacan y se cambian los fundamentos del orden actual, entre ellos la primacía del individuo sobre la comunidad, del dinero sobre la persona y la falsa democracia que expropia el poder de la mayoría a favor de unas élites partidistas, que juegan con la voluntad de una sociedad cada vez más abúlica...

Ante esto, aun valorando lo meritorio de numerosas iniciativas emprendidas desde la sociedad, es justo reconocer que lo que predomina en ella es la apatía y la ignorancia para emprender acciones colectivas que representen una amenaza seria para quienes detentan los privilegios que les permiten la apropiación indebida y la exclusión de la mayorías.

La dimisión de la responsabilidad ciudadana es el cáncer más mortífero, por cuanto invade en toda su extensión al cuerpo social. Si pensamos que la democracia es el mejor de los sistemas, esta corrupción común sería la peor de todas, puesto que degradaría al conjunto entero de la sociedad.

Por tanto, aunque en las condiciones actuales la sociedad no puede permitirse el lujo de despreciar cualquier salida, la más digna, por la que abogamos aquí, pasa por rehacer unas relaciones sociales basadas en el reconocimiento del otro en profundidad, como prójimo, unas relaciones de solidaridad, es decir, ese tipo de relación que consiste en responder todos de todos y por todo.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN POR DOMICILIACIÓN BANCARIA

Fotocopie y envíe leste formulario

Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 · 8° D / 28005 Madrid)

Nombre _____
 Apellidos _____
 Domicilio _____
 Población _____ Provincia _____ C.P. _____
 Correo electrónico _____
 Banco o Caja _____
 Domicilio del Banco o Caja _____ C.P. _____
 Código Cuenta Cliente (CCC) (*escriba todos los números*)

Entidad	Agencia	D.C.	Número de cuenta

Importe _____ €, que corresponden a (*marque lo que corresponda*):

- ☐ Suscripción a la revista *Acontecimiento* (4 números, 16,00€)
☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 35,00 €/año)

(la cuota incluye la suscripción a *Acontecimiento*).

Para enviar a su Banco o Caja

Lugar y fecha _____
 Banco o Caja _____
 Domicilio del Banco o Caja _____
 C.P. _____
 Agencia N° _____
 N° de cuenta _____

Sr. Director de la Sucursal
 Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por el Instituto Emmanuel Mounier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.

Firma

Titular _____
 Domicilio _____
 Población _____ C.P. _____

Sergio Barbero
Investigador del CSIC

DESLUMBRAMIENTO Y ALEJAMIENTO DE LA CIENCIA ACTUAL

Asombra sobremanera leer que en una reciente encuesta sobre las instituciones y los grupos sociales más valorados en España el primer puesto lo ocupen los científicos¹. Asombra, cuando menos, porque abre un serio interrogante: ¿aporta la ciencia, y su hermana la técnica, tanto beneficio a la sociedad como para merecer semejante puesto en tan noble escalafón? Previo a disertar sobre esta cuestión, cabría también preguntarse el porqué de tan alta estima, considerando la magra cultura científica de la mayor parte de la gente. Ni sarcasmo ni ingenuidad destilan estos interrogantes; las respuestas distan de ser fáciles. Conviene empezar pensando cómo ve la sociedad a la ciencia, si comparte sus fines y métodos o simplemente los acoge con entusiasmo acrítico.

La ciencia del siglo XXI, en su organización y decisión de fines, dista de ser monopolio exclusivo de las comunidades científicas, siendo más fiel a la realidad el llamado «modelo de la triple hélice: Academia-Empresa-Gobierno» propuesto por el sociólogo Etzkowitz. Los estados y empresas, con sus intereses particulares, y que no necesariamente, aunque en buena parte, están regidos por motivaciones pecuniarias, son los que definen en gran medida el programa científico. Aún admitiendo esto, es un error pensar que los científicos se hayan transformado en meros «obreros del microscopio», trabajadores del conocimiento. Los científicos siguen manteniendo una fuerte autonomía, y en muchos casos siguen siendo el actor primordial. Sin embargo, a mi entender, la hélice de poder Academia-Empresa-Gobierno no puede ostentar la única representación legítima de la ciencia dentro de la sociedad. Como advertía Francisco Fernández Buey, craso error sería dejar la ciencia «en manos de los de arriba» ya que «acaba siendo contraproducente desde el punto de vista de la ética colectiva»².



Dicho esto, conviene constatar que la relación ciencia-sociedad es paradójica; mientras la *tecnociencia* es más relevante que nunca para nuestras vidas, a la vez, sus prácticas y sus métodos siguen tan alejados o más que nunca del ciudadano de a pie. La ciencia actual produce un sentimiento de deslumbramiento, y esto, esencialmente es así por su capacidad sanadora y de predicción. Cuando acudimos al médico queremos que, o bien nos curen o bien nos digan si vamos a enfermar en el futuro. No en vano Apolo, dios griego de la medicina, era percibido como adivinador y sanador al mismo tiempo. Tras el deslumbramiento acontece un alejamiento. No entendemos cómo se consigue pronosticar y sanar, la complejidad del método (o métodos) científico/s hace que lo rechacemos, que no queramos ver lo que hay detrás. De alguna manera hace que nuestra visión de la ciencia sea análoga a la que mantenemos de la magia: la fascinación por el truco nos hace olvidar la técnica de la artimaña. La ciencia acaba girando en torno a la sociedad como la luna en torno a la tierra, enseñando siempre su cara

1. Publicada en *El País* 29-12-2012. Quizás no sorprenda tanto que el segundo puesto lo ostenten los médicos. Triste es ver que el colectivo menos valorado es el de los políticos.
2. Fernández Buey, Francisco. *Utopías e ilusiones naturales*. Ed. El viejo topo, Barcelona, 2007.

resplandeciente, sus logros, sus galardones adornados en coronas de laurel, pero ocultando su otra cara, la de la senda difícil pero fértil del descubrimiento: el método, o mejor dicho, los métodos científicos. Urge, pues, una tarea difícil, pero clave para un diálogo fructífero entre ciencia y sociedad: ¿cómo desvelar la cara oculta de la ciencia?

En un libro polémico³, como pocos en epistemología de la ciencia, Paul Feyerabend sostenía que la ciencia debe mirar a otras tradiciones culturales (mitología, religión, etc.) para enriquecerse y ampliar sus fronteras. Estando de acuerdo con esta argumentación, le damos la vuelta para cuestionarnos lo siguiente: ¿qué nos puede aportar la praxis científica a nuestros otros modos de acercarnos a la realidad? La cultura tiene una estructura tetraédrica, una pirámide regular de cuatro caras: la filosofía, la religión, la ciencia y el arte. Si alguna de estas caras pretende dominar sobre la estructura armónica del tetraedro éste se acaba rompiendo; de hecho son varios los ejemplos históricos en los que la cultura ha degenerado debido a una tensión inadecuada sobre alguna de estas caras. En cambio, la cultura se agranda cuando las caras del tetraedro interaccionan de manera armónica. Por tanto, si estamos de acuerdo en que la ciencia se enriquece con otras aportaciones culturales, conviene pensar y analizar como la ciencia puede influir positivamente en estas otras caras de la cultura, en fértil relación dialogante.

No se trata aquí de seguir el camino de la filosofía analítica de la ciencia, sin ignorar las apasionantes, aunque a veces estériles, discusiones epistemológicas sobre la naturaleza del método científico. Resulta más apremiante investigar si las virtudes y las actitudes

del proceder científico nos puedan resultar positivas en otras facetas de nuestra vida cultural. Feyerabend aborda esta cuestión presuponiendo, en cierto modo, un efecto más negativo que positivo. Para ello nos recuerda el siguiente dilema de Kierkegaard. «¿No es posible —se pregunta Kierkegaard— que mi actividad como observador objetivo [o crítico racional] de la naturaleza debilite mi fuerza como ser humano?»⁴. Feyerabend sospecha que la respuesta al anterior interrogante es afirmativa. Lo que le angustia es la creencia de que el método científico reprime la libertad creadora del pensamiento, de la imaginación.

No es el suyo nuestro punto de vista. El dilema de Kierkegaard puede encontrar en el ser humano tanto una respuesta positiva como negativa. Es cierto que el racionalismo científico pueda ser una amenaza a nuestra realización como seres humanos, en tanto que derive en un reduccionismo científicista que ignore a nuestra «razón cálida». Sin embargo, a mi entender, esta amenaza no debe coartar la búsqueda activa de la consecución beneficiosa para la persona del pensamiento científico. Éste puede, y debe, ayudarnos a nuestra reflexión ética⁵.

La ciencia, como la técnica al decir de Ortega y Gasset, está al servicio del programa vital del ser humano, aunque sin olvidar la ineludible «reconciliación con la naturaleza». La ciencia, no como auto-generadora de sus propios fines sino como ayuda para los fines libremente elegidos por las personas, era también enfatizada por el Círculo de Viena: «se trata de formar herramientas del pensar para la vida cotidiana, tanto para los intelectuales como para todas aquellas personas que cooperan de alguna manera en la organización consciente de la vida»⁶.

3. Feyerabend, Paul. *Tratado contra el método: Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Tecnos, 2007.

4. Ibid. p. 161.

5. Algunos de los valores intrínsecos del pensamiento científico son bellamente señalados por Ildefonso Murillo: «La ciencia está impregnada de valores éticos y estéticos. El afán de verdad, la aspiración al bien y la belleza resplandecen en las ciencias de la naturaleza y en las ciencias humanas». En suma el programa vital platónico. Murillo, Ildefonso. *Ciencia, persona y fe cristiana*, Editorial Fundación Emmanuel Mounier, 2009.

6. El manifiesto por «La concepción científica del mundo» redactado en 1929, principalmente por Otto Neurath, pretendía avanzar en una unificación del pensamiento científico y en la erradicación de toda metafísica de la ciencia. Hoy en día tal manifiesto es, además de presuntuoso, claramente indeseable, en cuanto a su concepción anti-metafísica. Con todo sigue siendo plenamente loable su espíritu de servicio; el manifiesto acaba con la siguiente frase: «La concepción científica del mundo sirve a la vida y la vida la acoge».

La manera en que la ciencia influye en el proyecto vital de la persona es bidireccional. Por un lado la ciencia crea nuevas posibilidades, o incluso nuevos desafíos al hombre⁷; posibilita, pues, la creación de proyectos de vida originales. Por otro lado, la ciencia contribuye a repensar o replantear problemas que de siempre han estado presentes en el ser humano —quizás uno de los más importantes, en este sentido, es el de la ciencia médica en su dimensión terapéutica. En ambos casos, el proceder científico aporta útiles para afrontar la vida.

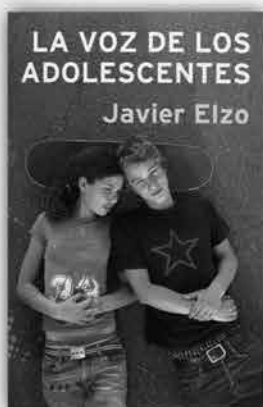
De todo esto concluimos la necesidad de reorientar la menospreciada labor de la divulgación científica. Ésta, no sería una mera exhibición de conocimientos más o menos deslumbrantes, sino un fértil intercambio de herramientas de pensamiento y praxis. Esta profunda labor de divulgación científica impele a los científicos, pero no sólo a ellos, y debe estar animada por una fuerte vocación de servicio a la sociedad.

Como primer paso, es ineludible la búsqueda de un lenguaje accesible y común, aunque no por ello falto de rigor, y que trate de acercar la razón científica a la comunicación interpersonal. Las comunidades científicas conviven en una relación de comunicación bipolar. Por un lado, en los foros estrictamente científicos se ha impuesto un modelo de comunicación aséptico, marmóreo, que muestra o prueba cosas,

pero no explica cómo se llegó a descubrirlas. Así la manera de redactar artículos científicos sigue el viejo paradigma de los Elementos de Euclides, obra monumental del saber humano, en concreto en la postulación de principios matemáticos, pero que aporta nula información de la manera en que los griegos llegaron a tales principios. Por otro lado, en los últimos años, el paradigma de relación comunicativa Ciencia-Sociedad ha cambiado radicalmente, aunque de momento sólo como desiderátum en el plano teórico. Se habla del paso del viejo modelo fundamentado en la comprensión pública de la ciencia (*public understanding of science*), al nuevo que aspira al compromiso público de la ciencia (*public engagement with science*). Simultáneamente se institucionalizan esfuerzos muy serios para buscar vías de comunicación, o divulgación, científica donde se utilice un lenguaje más accesible, el llamado periodismo científico sería un buen ejemplo de ello.

Esta bipolaridad relacional es difícil de mantener y, además, no es deseable. Por lo cual quizá valga la pena volver los ojos a los tiempos en los que la ciencia era descrita como un relato sobre el descubrimiento, sobre el camino de la invención. Éste era contado como un pequeño retazo de vida: la vida científica que es vida plenamente humana.

7. Valga de ejemplo la *invención* de las geometrías no-euclidianas, un acto radicalmente libre de la mente humana que va en contra de las intuiciones más inmediatas extraídas de la experiencia sensorial.



/ LA VOZ DE LOS ADOLESCENTES

256 pp., 20,40 €

Los adolescentes de hoy presentan algunos rasgos diferenciales que permiten afirmar que estamos ante «nuevos adolescentes». Este libro pretende aportar algunas claves para entenderles mejor.



/ LOS JÓVENES Y LA FELICIDAD

¿Dónde la buscan? ¿Dónde la encuentran?

224 pp., 20,20 €

¿Qué es para los jóvenes la felicidad? ¿Qué responden cuando se les pregunta si se sienten felices, contentos en la vida? Estas páginas están atentas a lo que dicen los propios jóvenes que les proporciona la felicidad.



JAVIER
ELZO

LOS
CRISTIANOS,
¿EN LA
SACRISTÍA
O TRAS LA
PANCARTA?

*Reflexiones
de un sociólogo*

PPC

NO
VE
DAD

LOS CRISTIANOS, ¿EN LA SACRISTÍA O TRAS LA PANCARTA?

Reflexiones de un sociólogo

208 pp., 12 €

Este libro recoge las reflexiones del autor sobre Dios, la religión y la Iglesia, y sus preocupaciones sobre la actual situación religiosa en la España de hoy. Una aproximación al cristianismo actual desde una perspectiva sociológica y de intelectual católico.

Javier Elzo es catedrático y principal investigador para España del «European Values Study» en las áreas de «Sistemas de valores y de la religión», «Sociología de la juventud, de la violencia juvenil y de la drogadicción» y, recientemente, también de «Sociología de la familia».

José Vicedo Sánchez
Ingeniero

VIVIENDAS EN ALQUILER POR TRES AÑOS

Si la limitación del alquiler de viviendas a 5 años por el Gobierno de Felipe González, entre otras causas, facilitó la formación de la famosa «burbuja» inmobiliaria, la limitación a 3 años promovida por el Gobierno de Mariano Rajoy presionará a muchos ciudadanos a comprar un piso —hipotecándose— en lugar de optar por un alquiler tan precario; punto de partida a nueva especulación inmobiliaria.

Efectivamente, en el Preámbulo de la Ley 4/2013, de 4 de junio, de medidas de flexibilización y fomento del mercado del alquiler de vivienda (B.O.E. de 5 junio 2013), vemos y entendemos, textualmente: «... el mercado del alquiler no es una alternativa eficaz al mercado de la propiedad en España... la oferta de viviendas en alquiler... no es competitiva por estar sujeta a rentas muy elevadas... —esta Ley— supone la actuación sobre... la duración del arrendamiento, reduciéndose de 5 a 3 años la prórroga obligatoria... arrendadores y arrendatarios podrán adaptarse con mayor facilidad a eventuales cambios en sus circunstancias personales...» (léase: inestabilidad temporal de los inquilinos).

Así, de la web de la SAREB (Sociedad de Gestión de Activos Procedentes de la Reestructuración Bancaria) o *banco malo*, del mismo modo leemos:

Sareb tiene como objetivo la administración y enajenación de activos inmobiliarios procedentes de las entidades nacionalizadas (grupo 1) y de las que han recibido ayuda financiera (grupo 2)... Su primer objetivo: culminar el proceso de desinversión buscando la máxima rentabilidad para sus accionistas... los precios de desinversión no provocarán una distorsión de la competencia y se moverán en los niveles de mercado...

Vemos también, que de los activos transferidos a la SAREB, del grupo 1 (nacionalizados): quedan anotados 145.125 activos, valorados en 36.363 millones de eu-

ros (72%) figurando entre estos activos 55.700 viviendas; y así mismo, anotamos, del grupo 2 (ayudados): 52.349 activos valorados en 14.086 millones de euros (28%) entre estos otros activos figuran unas 10.000 vi-

No tengo duda de que la alternativa de alquiler —estable y social— globalmente considerada (entre otras operaciones necesarias), llegaría a facilitar suficiente liquidez para hacer frente a los intereses de la deuda que ha contraído el Estado Español (todos nosotros) para rescatar las Cajas de Ahorros, principalmente.

viviendas. Hacen un total de 197.474 activos valorados en 50.781 millones de euros, entre los cuales, en principio se totalizan 65.700 viviendas que, por cierto —como vengo manifestando en prensa desde hace tiempo—, en lugar de ofrecerlas en venta a capitales extranjeros (facilitándoles además nacionalidades españolas), podrían haberse ofrecido en alquiler social y con carácter indefinido —modificando de otro modo la Ley de arrendamientos— a jóvenes españoles y otras personas necesitadas, habida cuenta que ese 72% de capital —rescate— lo estamos pagando los españoles: nosotros, nuestros hijos y hasta nuestros nietos. Ello provocaría que se desinflasen los precios de los alquileres, y sin duda también los de los pisos. Pero tristemente obser-

vo que nuestro Gobierno actúa en dirección contraria: vender en niveles de mercado... e ir pagando —sin agobios— los intereses de la deuda... en estos dos años prorrogados por Bruselas al Gobierno Español, para que éste pueda nivelar su déficit presupuestario; son dos años más añadidos de sufrimiento a los ciudadanos, pues no percibimos medidas claras y contundentes que favorezcan la reducción del déficit, ni la promoción del mercado de trabajo.

Hay un millón de pisos vacíos pendientes de vender (señor Pizarro, 13 TV, 20.12.2012). No tengo duda de que la alternativa de alquiler —estable y social— globalmente considerada (entre otras operaciones necesarias), llegaría a facilitar suficiente liquidez para hacer frente a los intereses de la deuda que ha contraído el Estado Español (todos nosotros) para rescatar las Cajas de Ahorros, principalmente.

Sin embargo, el Gobierno de Mariano Rajoy, al optar por vender viviendas y habiendo legislado alquileres de 3 años, propicia que los «fondos buitre»,

fondos de inversión oportunistas que —según la prensa— aspiran a dominar el mercado inmobiliario español en los próximos años (millonarios de todo el mundo: C. Slim, D. Trump, D. Quayle, J. W. Snow, etc.) estarán felices; tanto por la posibilidad de adquirir tales viviendas a bajo coste (la rebaja, rescate ciertamente, viene corriendo de nuestra cuenta, como hemos indicado más arriba) e incluso poder comprar la parte inmobiliaria que les resulte más productiva de los 90.000 activos nacionalizados restantes, que sin duda comprenden muchos otros grupos de viviendas (falta información).

De hecho, en estos momentos, la estructura de capital del «banco malo», mayoritariamente está en manos del Capital Privado: el 55%, lo que estrecha el margen público de maniobra. Si todo esto no se remedia a tiempo, consecuentemente, tanto pisos como alquileres, progresivamente se irán encareciendo: por la opción de no perjudicar el mercado inmobiliario y por la infausta Ley 4/2013 reseñada al inicio de este escrito.

Carmen Herrando

Del Instituto E. Mounier. Zaragoza

ACERCA DE LA FORMACIÓN

No es nuestro mundo un lugar donde podamos dar cosas por supuestas; o, al menos, ya no lo es. Y afirmo esto por lo siguiente: nociones como lo sagrado que hay en el hombre, o el respeto que es debido a todo tipo de vida, pero de manera suma y especialísima a la vida humana, ya no son evidentes; es más, cuesta explicarlas, y cuesta hacerse entender al referirse a ellas, sobre todo con muchos jóvenes. Y no digamos cuanto se refiere a la verdad, o a su búsqueda, como si ya no se tratara de algo que ha removido desde siempre los adentros de las personas; y como si, ante el relativismo ambiente, hubiésemos remitido a la individualidad de cada cual esa cuestión de la verdad, delegando irresponsablemente una búsqueda que desde siempre ha dado enjundia, grosor y nobleza al espíritu humano...

Y es que, como decía hace unos años don José Jiménez Lozano, en una conferencia dictada en Zaragoza, haciendo un diagnóstico de la situación cultural de hoy: «el todo histórico ha ido despegándose de sus antiguos fundamentos y anclajes, y el pensamiento, el *ethos*, y al final el lenguaje, han quedado en juego libre y sin sentido. Sin sentido la noción de verdad, sin sentido las de justicia y belleza, sin sentido la muerte, y por lo tanto el vivir». Como si la liquidación de la vieja cultura, acometida ya desde hace mucho tiempo, y esta devastación no sólo moral, sino también ontológica, fuesen el juego favorito de los hombres de hoy; como si casi todas las instancias de nuestro mundo fueran partícipes de tan notable barbarie...

¿De verdad es éste el estado de cosas? No hay más que abrir los ojos para verlo. Y constatamos que mucho mal ya está hecho, hasta el punto de que no podemos dejar de darle la razón a un espíritu lúcido del siglo pasado, que ya en 1943 anunciaba en un libro pequeño y poco conocido algo tan desazonador para nosotros como *La abolición del hombre*, que es el título del libro al que me refiero. Se trata del escritor inglés C. S. Lewis. En este librito, observa su

autor cómo en el periodo de entreguerras, que es el momento en que da a conocer esta obra, se da como una atrofia del corazón, que busca precisamente producir «hombres sin corazón», dentro de todo un programa de destrucción del hombre, del ser humano, al menos tal como se le venía conociendo desde siempre. Porque la tarea que se persigue es la de negar lo que Lewis denomina de manera general *Tao*, es decir, ese compendio de Ley Natural y de Ley Moral que recoge los principios básicos por los que se han venido rigiendo los seres humanos de todos los tiempos, una mezcla de tradición y de respeto a todo lo vivo, que el autor atisba como cada vez más amenazada. Y esta destrucción se va dejando notar, además de en cierto ambiente social, en los mismos planes de educación que se ponen en práctica, porque cada vez con más fuerza son negados los valores humanos y los sentimientos profundos del corazón, al tiempo que se hace relativa cualquier jerarquía en orden a los mismos. Se llega así a despremiar, según Lewis, toda la tradición humanista que, desde Confucio o Platón, pasando por el pensamiento cristiano y la casi total historia de las religiones y de la Filosofía, ha venido alentando la inquietud y la capacidad innata de hacerse grandes preguntas que tiene el hombre, y sosteniendo el misterio que envuelve al propio ser humano. Esta pugna contra los valores quiere destruir la esencia misma de la virtud humana, eso que san Agustín llamaba tan hermosamente *ordo amoris*, queriendo expresar la ordenada condición de los sentimientos por la que a cada cosa se le otorga el tipo y grado de amor que le corresponde. Porque no todas las cosas ni todos los hechos pueden apreciarse de la misma manera, ni pueden juzgarse las acciones humanas desde la relatividad que supone considerarlas en uno u otro contexto cultural, como si también esos contextos fueran moralmente equiparables.

Como sugiere Lewis, «el poder del hombre para hacer de sí mismo lo que le plazca significa el poder de

algunos para hacer de otros lo que les place».¹ Es verdad que esto ha sido casi siempre así, pero Lewis constata que un cambio sustancial se da en el momento en que realiza su reflexión, y es debido a que «los que moldean al hombre en esta nueva etapa estarán armados con los poderes de un Estado omnicompetente y una irresistible tecnología científica» (*ibid.*, p. 61); y eso es lo que —como ya podemos comprobar— ha de dar pie a verdaderas manipulaciones, no tanto para interpretar desde dentro eso que denomina *Tao* como para tratar de destruirlo, porque, como estamos viendo, se trata de destruirlo. Y así han llegado, discurrido y devastado, los dos grandes totalitarismos del siglo xx, de los que no debemos quitar los ojos en ningún momento, porque pueden seguir haciendo estragos, y porque parece que algo de su mal sigue como enquistado en las sociedades de hoy, empeñadas como están en proseguir los mismos desastres. Y la destrucción que quisiera señalar es la misma hacia la que apuntaba Lewis, y que puede conducir, si no a la *abolición del hombre*, sí a una desvirtuación tan grande de su esencia, que logremos tirar por tierra siglos de pensamiento y toda una civilización, y, lo que es más grave, tantas vidas buenas colmadas de sentido por el mero hecho de haber sabido reconocer y agradecer tantos dones.

Del mismo año de la publicación del librito de Lewis son las reflexiones que la filósofa francesa Simone Weil dejaría inacabadas en 1943, debido a su muerte prematura, y que para quien fue su primer editor, Albert Camus, constituyen un verdadero «tratado de civilización». Me refiero al pensamiento que dejó escrito en un libro traducido al castellano como *Echar raíces*, pero también al conjunto de toda su obra. Simone Weil ve la catástrofe que asola Europa, y trata de dar soluciones desde la urgencia más inminente. Y no deja de repetir una y otra vez la importancia de subrayar lo que de sagrado hay en el hombre, hasta el punto de que para algunos autores (Emmanuel Gabelle, por ejemplo) es la suya una verdadera *filosofía de la dignidad humana*. Simone Weil destaca la noción de obligación, muy por encima de la de derecho (que le

está ciertamente subordinada), y se refiere, en más de una ocasión en su obra, a «las necesidades del alma», considerando que son tan ineludibles como lo es el alimento para el cuerpo. La autora, además, no deja de reconocer la importancia de la religión como una instancia de orden superior que se sitúa bien por encima de la filosofía y de la política. Porque está convencida de que necesitamos referencias —y referencias claras— a instancias superiores, que nos hagan elevar la vista, para no darnos de bruces contra las piedras del camino.

Pero ya no estamos en los años cuarenta, y ni siquiera en el siglo xx. ¿Pueden servir reflexiones de este tenor a los hombres y mujeres de hoy, si no es para analizarlas y recordarlas como planteamientos hermosos y urgentes entonces, pero sin mucha razón de ser en nuestros días? Me parece, sin embargo, que en el espíritu de muchos está avivada de nuevo una urgencia parecida a la que movió a estos autores a reflexionar así; y que su pensamiento, más que el recuerdo de una antigualla, se nos presenta hoy como algo muy vivo que tendríamos que considerar como una necesidad, ante la gravedad de los hechos presentes. Baste, si no, contemplar cómo triunfa hoy entre nosotros toda una corriente neodarwinista que reduce al hombre a lo meramente biológico, pretendiendo destruir cualquier memoria de lo sagrado que alberga la persona en sus adentros; una corriente que camina desde la consideración de la persona como un alguien único e insustituible y merecedor de respeto absoluto, hacia la de un evolucionado primate superior —el más alto, eso sí, en la escala zoológica, pero primate, al fin y al cabo—.

Porque como observaba Romano Guardini, otro *avisador* clarividente de este declive al que asistimos tan impasibles, «el hombre moderno quiere librarse de su persona, porque ésta lo carga de responsabilidad (...). Quiere librarse de su alma porque le causa dolor; por eso sacrifica su mundo privado y se entrega a la vida pública»². Esta es la reflexión que quisiera proponer, desde una pregunta por la urgencia de la formación,

1. C. S. Lewis, *La abolición del hombre*, Encuentro, Madrid, 1990, p. 60.

2. Romano Guardini, *Obras* (3 volúmenes), tomo 1, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1981, p. XXXIX (*Estudio Introductorio* de A. López Quintás).

y no sólo entre los jóvenes, sino para todos, para que tengamos el valor de volver a plantearnos las grandes preguntas en un mundo donde la tecnología y el *progreso progresado*, que diría no sin ironía Jiménez Lozano, triunfan como si las personas no tuviésemos otro norte.

Los hechos están a la vista. Este no es sino el panorama cultural que tenemos hoy, al que habría que sumar, desde luego, muchos más matices. Y de este estado de cosas participan sobre todo los más jóvenes, porque entre ellos ha ido *calando* sorprendentemente este pensamiento plano, sin altura, que es lo mismo que decir *sin hondura*, y que no hace más que propagarse desde muchas instancias políticas y desde lo social, en general, así como desde lo que hoy entendemos como *cultura*. Y para ilustrar la reflexión sobre lo que hoy es normativo, en medio, además, de los grandes debates sobre educación, cuando estamos a punto de poner en marcha otro nuevo proyecto político educativo, muy contestado y criticado, por cierto, no están de más estas palabras de José Jiménez Lozano, que podíamos leer el penúltimo día del año pasado en el periódico *La Razón*, donde sigue escribiendo un par de domingos al mes:

Hasta hace poco, en efecto, con las teorías del multiculturalismo, se consideraba que esta nuestra cultura occidental era una más, sin mayor relevancia, entre las diversas culturas del mundo; pero pasadas luego las cosas a conciencia por un cedazo crítico más moderno, se llegó a la conclusión de que esa cultura, producida por los viejos «rostros pálidos muertos», se originó en un pasado de tinieblas, y no ofrece más interés para nosotros que el museístico y turístico, animado con alguna complementariedad lúdica y gastronómica para efectos económicos. Y no tendría ningún sentido quebrarse la cabeza con lecturas de lo escrito por antiguos señores. [...] Pero de aquí se pasó todavía a conclusiones más radicales, según las cuales las demás culturas que hay sobre la tierra son dignas de tenerse en cuenta, pero no la occidental, que sólo sería una historia de depredaciones y horrores, y sobre todo está anclada en el judeo-cristianismo, resumen de todo mal, que hay que extirpar, comenzando por no nombrarlo siquiera. Y así que-

damos abiertos a cualquier cosa: y en realidad al primero que nos conquiste y liquide, de lo que no sería el más sorprendido, por cierto, el señor Freud precisamente, con su aviso del «instinto de muerte». Y dicho sea todo esto en tiempos de muertes dulces y llenas de dignidad moderna.

Lo que venga después de estas maniobras, que ya llevan decenios, ni siquiera parece que importe a quienes teorizaron y pusieron en práctica proyectos siempre más inimaginables, de manera que el diseño de Europa bien puede acabar en nada como todo lo perecedero, pero antes de lo previsible. Adorno aseguró que lo que en política no era teología era comercio, y tenía razón, pero la gran salud económica y el comercio también pasaron para Europa. El gran trasatlántico europeo hace agua y estamos cerca del «¡Sálvese quien pueda!». Ya sólo podemos esperar que los países de la Europa bastante deshecha y saqueada por parte de su oligarquía política no se disuelvan en la nada. Y hace ya mucho tiempo que nuestros aires europeos huelen a fin de fiesta y a almoneda».

Es claro que este texto dice verdad, y que muchos han llegado a creer que todo lo antiguo no tiene razón de ser ni importancia alguna en la formación de los jóvenes, porque seguimos pendientes de una fe ciega en el *progreso progresado*, esa secularización de la idea de providencia, a la que por falta de hondura somos incapaces de sorprender cometiendo tal engaño...

Esta radical destrucción a la que asistimos en nuestro viejo continente parece que es un programa que se está llevando a cabo *en conciencia* por algún poder que, desde luego, tiene rostro. A ello hay que sumar el trabajo de la técnica, tal como no para de expresarse en los nuevos artilugios que proporcionan sin cesar las nuevas tecnologías, con la presencia y la enorme propagación de fenómenos como las redes sociales, que hacen furor entre jóvenes y no tan jóvenes. Pero esto es otro cantar, al que iremos prestando atención desde *Acontecimiento*, porque no deja de invitarnos a una reflexión desde la parte de responsabilidad que también al Instituto Emmanuel Mounier corresponde.

Por de pronto, hemos de reaccionar ante subjetivismos egocéntricos y relativismos demoledores que

amenazan cada vez con más virulencia los cimientos mismos de nuestra civilización, y que empiezan por poner en duda la grandeza de la persona humana y su sacralidad. Una toma de postura ante esta destrucción de los valores que hasta hace bien poco han definido nuestra cultura, es necesaria. Hay que apostar. Ya decía Pascal que la apuesta es una tarea inexcusable de las personas. Y si todos los tiempos han tenido necesidad de apuestas claras, este nuestro está sediento de muchas decisiones y de verdaderas «determinaciones», como las llamaría Teresa de Jesús.

Es importante, pues, una reflexión honda y serena sobre la educación, que vuelva a dar el peso que merece la consideración de la responsabilidad. Y me refiero concretamente a tomar en cuenta el tema de la enseñanza de la Ética, tan en la boca de todos, sobre todo al referirse a los valores que tanto echamos en falta. Es capital reconocer que la Ética no es una materia más que se traduce en las diversas deontologías o éticas profesionales y aplicadas. Consiste nada menos que en llegar a comprender que el hombre está moralmente estructurado desde su propio ser, que en su misma esencia viene dado lo moral como verdadera instancia que le constituye como persona, y como persona libre. Es necesario insistir en la importancia de la persona, algo que a los lectores de *Acontecimiento* nos resulta obvio, pero que no lo es tanto si consideramos las disquisiciones anteriores sobre la realidad de nuestro mundo y cómo abunda entre los más jóvenes un naturalismo, a veces hasta romántico, que diluye a la persona y no ve en el hombre más que animalidad, eso sí, animalidad muy sofisticada. Optar por la ética y por la reflexión sobre lo humano es forzoso, pero de nada serviría si quienes tratamos de comunicar estos valores a los más jóvenes no somos consecuentes con ellos y no nos preocupamos por beber de las fuentes de esos mismos valores, y por llevarlos a la vida. Un reto y una gran responsabilidad, desde luego. Pero que sólo es posible desde la creencia personal en esos valores en juego.

Y es que el pensamiento débil de la postmodernidad no ha dado para más, y con esa pusilanimidad

de los márgenes, que no de los límites, tan necesarios éstos, no ha logrado más que sumirnos en nuevas y más indefinidas ambigüedades. Reconocer con humildad nuestras propias limitaciones, es necesario. Y, desde una vivencia cristiana, hemos de saber contar con Aquel que nos dijo (y nos sigue diciendo) con tanta claridad: «sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

¿Cómo tiene que reaccionar la persona de hoy (y más si es cristiana) ante el mundo presente? Seguramente, la respuesta habremos de hallarla entre todos, en una tarea de búsqueda cotidiana y permanente; pero lo que salta a la vista es que las convicciones son necesarias, y que a cada persona le toca ser testigo de su vivencia, de su creencia profunda y de su fe. En este marasmo de subjetividades y relativismos, lo que hoy no se puede ser es indiferente. El caos reinante parece pedir a gritos claridad y posicionamientos, aun cuando humildemente eso sólo suponga decir *no* a muchas veleidades y, sobre todo, a la frivolidad. Decía Bossuet que la calidad humana de la gente se mide por la envergadura de sus renunciaciones.

Estas palabras contundentes del papa emérito Benedicto XVI, tomadas de su libro *El cristianismo en la crisis de Europa* dan claridad, sobre todo a los cristianos, pero pueden hacerse extensivas a todos:

Lo que más necesitamos en este momento de la historia son individuos que, a través de una fe iluminada y vivida, presenten a Dios en este mundo como una realidad creíble. El testimonio negativo de cristianos que hablaban de Dios mientras vivían de espaldas a Él ha oscurecido la imagen de Dios y ha abierto las puertas a la increencia. Necesitamos hombres que tengan su mirada dirigida a Dios, para aprender de Él el verdadero humanismo. Necesitamos hombres cuya mente esté iluminada por la luz de Dios y a los que el propio Dios abra el corazón para que su inteligencia pueda hablar a la inteligencia de los otros y su corazón pueda abrirse a los demás. Sólo a través de hombres tocados por Dios, puede el propio Dios volver a habitar entre nosotros³.

3. Joseph Ratzinger, *El cristianismo en la crisis de Europa*, Cristiandad, Madrid, 2006 (2.^a), pp. 47-48.

Patricia Casimiro
 Doctora en Psicología

SENTIDO DEL SUFRIMIENTO

Nos parece imposible no afrontar el sufrimiento absurdo, pues absurdo es lo *no-compatible*, y derivadamente lo *no-com-posible*, de donde a su vez lo *no-com-pasible*. Incompatibilidad, imposibilidad e *incompasibilidad* son los mimbres con que se teje la tragedia; sólo cuando nos situamos fuera de ese destructivo cruce de caminos, convertidos así en encrucijadas crucificadas, el sufrimiento puede hallar buenos abogados que sin masoquismo le defiendan.

¿Qué sentido tiene el sufrimiento para la persona que lo está padeciendo en este momento con intensidad insufrible? Quizá ahora mismo no lo tenga, pero puede haber servido hasta el punto de no querer olvidarlo en medio del sufrimiento curando a veces, aliviando a menudo y consolando siempre. Si sufrir por sufrir sería lastimoso masoquismo, ante situaciones que no pueden sino sufrirse es necesario saber responder como personas: poco enseñó la vida a quienes no enseñó a soportar el dolor. La aceptación del dolor es la primera condición para la realización personal, de ahí su gran poder educativo: nos hace mejores, más misericordiosos, nos vuelve hacia nosotros mismos. Los profesionales de la salud capacitan al individuo para soportar la frustración e integrar el sufrimiento y el dolor en la propia vida. El hombre es un aprendiz, y el dolor es su maestro; nadie se conoce a fondo hasta que no ha sufrido. El dolor nos purifica y humaniza, nos hace sencillos y comprensivos, nos hace tomar conciencia de nuestra fragilidad, nos acerca a la gente, sirve de contrapunto a la vida superficial, nos despierta del letargo, nos mide con la realidad, con el límite, con lo difícil que forma parte de ella, estimula vigorosamente nuestros mecanismos más profundos, nos incita al perdón, que

es la «venganza» de los hombres buenos; en suma, todo amor que no se alimenta con un poco de dolor puede morir por irrealismo. Algunos no sufren, pero son desgraciados; otros que sufren enormemente son felices porque han aceptado y conferido algún sentido a su sufrir: un dolor al que damos sentido se convierte en aliado de nuestra felicidad. Según Pedro Laín Entralgo, la vida personal consiste últimamente en apropiarse el propio vivir, en hacerlo real y verdaderamente suyo. No es ajena a esta regla la experiencia de la enfermedad. Frente a ella, el paciente puede llamarla mi enfermedad en dos sentidos diferentes: uno trivial y a la postre espurio, cuando se limita a nombrar el hecho de que tal enfermedad ha aparecido en su vida y está en ella, aunque él la aborrezca; otro profundo y auténtico, cuando designa la incorporación de esa experiencia a aquello que el paciente en cuestión puede llamar con plena verdad *mi vida*, a los sentimientos y proyectos que él tiene por verdaderamente suyos¹.

La manera más profunda de sentir algo es sufrir por ello, de ahí que todo hombre se parezca en última instancia a su dolor: ése sería el sentido profundo del me duele, luego existo. De tal dolor, tal señor: el creyente que sufre no es un hombre al que Dios ha herido, es un hombre al que Dios ha hablado. Según Kierkegaard, la verdad se comunica a través del sufrimiento y necesita testigos y mártires: «Para servir a la verdad sólo se puede hacer una cosa: sufrir por ella. No basta la reflexión, lo que necesitamos son mártires»². A mayor lucidez, más dolor. La capacidad de sufrir avanza al mismo ritmo que el aumento de la inteligencia³, «dar primacía al concepto equivale a medir la altura de una torre por su sombra»⁴. La ausencia de necesidad obliga a matar el tiempo⁵.

-
1. Cfr. Laín, P: *Idea del hombre*. Ed. Círculo de Lectores, Madrid, 1966.
 2. Kierkegaard, S: *Obras*, X 1 A 16, 1894.
 3. Schopenhauer: *Obras*, III, p. 791.
 4. *Obras* I, p. 609.
 5. *Obras*, I, p. 430.

Nietzsche lleva esta afirmación al otro extremo: «Sólo el gran dolor, aquel lento y amargo dolor, en el que somos quemados con madera verde, el que se toma tiempo, nos fuerza a nosotros, filósofos, a bajar a nuestra última profundidad. Dudo si tal dolor perfecciona, pero sé que nos hace más profundos». Se sufre menos del dolor mismo que de la manera como se lo acepta; si el corazón es bueno, el dolor es llevadero. Existe en el dolor un cierto decoro y quien es curador debe preservarlo. Los grandes dolores no son grandes por ser más lacrimosos, y el dolor de quien llora en secreto es sincero; de todos modos, cuando uno está aniquilado no llora, sangra: los pequeños dolores son locuaces; los grandes callan estupefactos. Una lágrima fue concedida a la alegría y otra lágrima a la desventura, la primera refresca y la otra arde como lava. Las lágrimas son el derecho sagrado del dolor, ellas constituyen el noble lenguaje de los ojos cuando ya la lengua permanece muda porque no encuentra palabras; después de la sangre y la vida, lo más personal que puede dar es una lágrima: no hay elocuencia mayor: *a la sombra de tus alas canto con júbilo*.⁶

La vida es siempre una ocasión para mejorar, pero en la esencia misma de la constitución humana hay mucho sufrimiento inevitable, y el terapeuta debería cuidarse de colaborar con la tendencia del paciente a huir de este hecho existencial.⁷ El reconocimiento real de la imperfección puede ayudar a sanar: a la sordera y al amor eternamente malogrado de Beethoven le siguió más tarde una pertinaz miopía; sin embargo en estas condiciones compone en 1825 la *Sonata en mi* y la *Misa en re*, culminando en la *Novena Sinfonía* con el coro *Oda a la alegría*, manifestación

postrera de toda la interioridad de un desgraciado que invocaba a la felicidad. Animada por el mismo dolor creativo quiso superarse Marie Blanchart: «Si vivo —dijo en el lecho de muerte— voy a pintar muchas flores». La Blanchart, recuérdese, jamás había pintado flores.

¿Cómo, pues, desarrollar una conciencia algésica y sin embargo feliz, dentro de lo humanamente posible? Sentirse interpelado por la ajena *des-gracia* es de suyo una gracia, aunque te haga sufrir. Y es también un don celebrar ese dolor que te hace reaccionar y seguir trabajando cuando otros desfallecen. Ese dolor no se aguanta si no es desde una opción por él. Si a la pregunta *¿dónde me gustaría estar ahora mejor que en ningún otro sitio?* respondes que aquí, entonces nada va mal, hijo mío. Pregúntale a tu corazón dónde quieres estar, y no estés en ningún sitio donde no desees estar, pues allí donde está tu corazón, allí estás tú. No le des más vueltas después de que hayas reflexionado suficientemente, es tu opción. Si te cuesta mucho, durarás poco. Constreñido, en lucha, en tensión interior, no harás nada. Será mejor que te vayas, porque en esto no se puede estar a base de puños. Perseveran en esto, desde luego, quienes viven la misma opción. Dos medidas de riqueza algésica: *la primera*, que cuanto menos gente te duela, más pobre en valores será tu dolor; *la segunda* es la profundidad de la herida. Quien pretende salvar su vida la perderá, si no la abre a los sufrientes, pues vamos muriendo poco a poco para aquello que no ejercemos: entonces llamamos vida solamente a la costumbre de ir muriendo de forma *com-partida*, es decir, *com-patible*, *com-posible* y *com-pasible*.

6. *Sal* 18,29.

7. Frankl, V: *Psicoanálisis y existencialismo. De la psicoterapia a la logoterapia*. FCE, México, 2005, p. 332.

Andrés Ortiz-Osés

Catedrático de Hermenéutica
de la Universidad de Deusto

DIOS RESISTE

Hemos asistido en los últimos lustros a la aparición de libros que tratan de librarse de Dios, afirmando rotundamente su no existencia o inexistencia, su negación o negatividad, su desistencia o dexistencia. Y, sin embargo, Dios resiste desde su residencia o disidencia, desde su reserva o resaca, silencioso o silenciado. El filósofo británico Antony Flew es el último testigo de la presencia ausente de Dios y de su ausencia presente, un testigo incómodo para los increyentes ya que se pasó al final de su vida del bando atea al bando teísta, o al menos deísta. Puede verse su último libro recién traducido al español «Dios existe».

El deísta cree en un Dios-razón que funda la racionalidad del universo, así pues piensa lo divino como fundamento racional del orden inteligible del cosmos. Se trata de una concepción deísta y proteísta, por cuanto concibe la realidad como transida de razón y sentido positivo, cuya explicación se proyecta en una Deidad garante de semejante orden y concierto racional. Esta racionalidad profunda del universo funde y refleja simetrías profundas, que subyacen a todo lo real, y que exigen racionalmente una Razón de ser, un Diseñador o Simetrizador, un Dios congruente que personifica la congruencia, como lo llama A. Zee (*Deus Congruentiae*).

Tanto Flew como Zee, Swinburne, Plantinga o Polkinghorne, critican las posiciones ateas de Dawkins, Dennet y socios, (des)calificándolas como positivistas. Un tal positivismo no solamente no tiene en cuenta el «ajuste fino» del universo, destacado por J. Borroughs, sino que recaería en un reduccionismo del espíritu a la materia, así como de la complejidad cosmobiológica a cierta simpleza. En efecto, según el ateísmo militante, la emergencia de la vida se debería al mero azar, casualidad o suerte. Ahora bien, el mero azar evolutivo como razón o sentido del universo sería pura magia o sortilegio, por lo que el presunto positivismo ateo acabaría en un positivismo paradójico de carácter mágico.

Y bien, tanto A. Flew como sus socios teístas aceptan tras las huellas de Darwin un cierto diseño del

universo, un diseño cierto que remitiría al Diseñador divino. Pero junto al diseño del universo, también admiten un incierto designio teleológico o finalista, que por ahora se ha manifestado evolutivamente a través del hombre y su conciencia trascendental. Tanto el diseño como el designio implícitos o implicados en la realidad probarían la compresencia soterrada de lo divino en el universo mundo, o sea, un Dios-razón, una Deidad de connotación más filosófica que teológica. Efectivamente, el Dios del deísmo filosófico es el Dios-razón, mientras que el Dios del teísmo teológico es el Dios-amor, muy especialmente en la teología cristiana.

Mientras que el filósofo llega al Dios-razón desde la racionalidad del mundo, el teólogo llega al Dios-amor desde la interioridad del hombre. Al Dios filosófico parece llegarse a través del ser como rastro de sentido, al Dios teológico se llegaría a raíz del hombre como rostro del sentido (recordemos a E. Lévinas). El acercamiento filosófico es cosmológico o mundano, el acercamiento teológico es antropológico o humano. La clave está en proyectar simultáneamente un Dios a la vez razón y amor, simetría y pasión, divino y humano. El Dios cristiano parece personificar esta razón cordial que se demanda, ya que se revela como Logos encarnado o sentido racional y amoroso, afectivo y sufriente.

Curiosamente A. Einstein habló de la «razón encarnada» en el universo, a modo de trascendencia inmanente.

A partir de nuestras anteriores consideraciones, tratamos ahora de desplazar la cuestión de Dios desde el cosmos al mundo, emplazando la exterioridad cosmobiológica por su interioridad antropológica y humana. Pues si Dios puede revelarse en la creación como razón, en el centro de la creación se revela como corazón: en donde el corazón funge como co-razón de la propia razón, a modo de sentido íntimo (*sensus interior*) del mundo. La reiterada referencia de A. Flew y socios teístas a la racionalidad o inteligibilidad del universo, más arriba pergeñada, parece empero olvidar su parte irracional e ininteligible, catastrófica y contingente, así pues su lado oscuro o negativo, la

disimetría de lo real realizado. Subrayamos así, como resulta obvio, el tremendo problema del mal que malea toda lógica y racionalidad puras, toda inteligibilidad o simetría inmaculadas, en nombre de lo ilógico o paralógico, las disonancias, encarnadas finalmente por la muerte.

Desde esta perspectiva, Dios no puede presentarse como la explicación racional-abstracta del universo, sino si acaso como su implicación existencial. La divinidad que refleje el mundo debe a su vez reflejar a este mundo en su positividad y negatividad, felicidad e infelicidad, beatitud y sufrimiento, sin escapatorias apresuradas al otro mundo. Pues junto al «ajuste fino» de la realidad, coexiste un cierto desajuste y un incierto desbarajuste (con perdón) en el universo mundo, tanto a nivel físico como metafísico, natural y humano. De nuevo el Dios cristiano parece adecuarse filosófica y teológicamente a semejante paradigma ambivalente, máxime si junto a lo divino situamos simbólicamente lo antidivino o demoníaco como contrapunto terrible de la propia divinidad. El Dios como Logos encarnado podría avenirse bien con la «razón encarnada», preconizada por el mismísimo A. Einstein, para dar cuenta de un universo racional, sí, pero encarnado y contingenciado. Una encarnación sin duda encarnizada como comparece en el cristianismo trágicamente, y se nos muestra en la experiencia cotidiana del mal cósmico o natural, mundano o humano. Frente a los creyentes beatíficos o beatos, y frente a los increyentes ateo-agnósticos, podríamos propugnar aquí una Gnosis cristiana, ya que los «gnósticos» han sido tan sensibles al mal del mundo, aunque se han ido al extremo recayendo en el maniqueísmo.

He aquí que la sustancia racional del mundo está atravesada por accidentes que accidentan sustancialmente esa sustancia presuntamente pura, y la decantan y degradan impuramente. La propia contingencia del mundo es un argumento clásico en favor de la existencia de un Dios necesario, pero es también paradójicamente un argumento posclásico contra el Dios clásico o clasicote que sobrevuela toda accidentalidad y contingencia desde el trono tonante/tronante de su inmutabilidad inhumana. Así que la contingencia no sólo señala la contingenciación del universo mundo, sino también la contingenciación de la vieja imagen esclerótica de un Dios clasicote que todo lo clasifica

contingentemente menos a sí mismo en pleno furor de Autosuficiencia trascendente, egoísta y desencarnada.

Sin embargo, si existe Dios no puede parapetarse en privilegios de clase o fortuna, de poder o prepotencia. La encarnación cristiana, así como la implicación o emanación de la divinidad no-cristiana proyectan inteligentemente un Dios implicado e implicante, una Deidad contingenciada y una Divinidad humanizada a modo de razón-sentido radical del universo. Parece como si tuviéramos que repensar a Dios democráticamente, sin duda debido a nuestra conciencia democrática que sería también la suya propia. Cabría hablar de una democracia filosófica y teológica, en la que lo divino lucha con lo antidivino o demoníaco, no tanto para vencerlo heroicamente como para convertirlo antiheroicamente, no para matarlo o aniquilarlo sino para amarlo y salvarlo, no para superarlo sino para supurarlo trasfiguradoramente. Y es que Dios resiste en el mundo si el hombre resiste humanamente, y no desiste subhumanamente.

El hombre es el específico animal que proyecta a Dios, y si no lo proyecta se queda en animal: humano, sin duda, pero no humanista, al menos en su sentido original. Avistamos así un humanismo cristiano o religioso, ecuménico, que se sitúa entre la creencia beata o beatífica en el Dios desencarnado e inhumano y su negación atea, que apostata en nombre del mal hipostasiado. La creencia pura, purista o puritana cree en Dios pero no propiamente en el mal (el diablo); por su parte, la increencia impura cree que lo negativo o diablesco supera o impide lo positivo o divino. Entre ambas posiciones preconizamos un humanismo que coafirma a Dios y al diablo, el bien y el mal, lo positivo y lo negativo: precisamente con el fin de abrir aquél a éste y reabrir éste a aquél, en pro de su coimplicación o mediación salvadora final. Nos acercamos así a lo que el gran Nicolás de Cusa denominaba la «coincidencia de los opuestos» que como paralelos se acaban juntando en el Infinito, lo que de Orígenes a Unamuno se ha llamado la «apocatástasis» final como reconciliación póstuma, y en san Pablo la «recapitulación» del Dios todo en todo(s) a través del fuego de su amor purificador, caracterizado por Teilhard de Chardin como el punto Omega escatológico.

Antonio Sánchez-Bayón

Profesor en Ciencias Sociales y Jurídicas

Univ. Loyola Andalucía / Univ. Camilo José Cela

REVELACIONES UNIVERSITARIAS: DE SUS MALES Y SU SANACIÓN

Por «revelación», etimológicamente, se entiende la acción de *retirar velos*, los cuales entorpecen la percepción y confunden los sentidos, en especial el de la vista, no permitiendo ver más allá o distorsionando lo que hay detrás/debajo. Así, de entre los muchos velos de confusión que hoy ocultan la universidad, se va a centrar la atención en cuatro cruciales, como son: *a)* el cientificismo y su burbuja, *b)* la desnaturalización universitaria, *c)* el rapto universitario y, *d)* las extinciones disciplinares.

PRIMERA REVELACIÓN: CIENTIFICISMO Y SU BURBUJA

En el sentido mencionado en el punto previo, la revelación más urgente sobre la universidad es aquella relativa a los velos de la burbuja científica y el cientificismo. Las claves de reflexión son las siguientes:

- a) *Del cientificismo imperante*: parece ser que la incertidumbre que ha traído el nuevo marco de la globalización —que sólo es un proceso, no un resultado, luego «ni apocalípticos ni integrados», sino vigías (atentos y críticos)—, ello ha conducido a un falso *redescubrimiento del Mediterráneo*. Se estimula un *Proceso de Bolonia* y la construcción de un *Espacio Europeo de Educación Superior* (EEES), con sistemas de acreditaciones comunes y el recurso de un mismo lenguaje científico (como el inglés); algo que ya existía hasta el siglo XIX (e. g. en Bolonia nació la universidad, articulada como una red infor-

mal de conocimiento, con titulaciones y maestros transnacionales gracias a los *baccalaurei* y *venia docendi*, y su manejo del latín). El problema nace con el acoso universitario por parte del Estado-nación, con la ayuda de los fisiólogos (los futuros representantes de las incipientes Ciencias Naturales e ingenierías), vulnerando la autonomía universitaria y su tradición científico-académica. Desde entonces, se fragmenta la universidad, su conocimiento y su idioma, para volverlo todo vernáculo y sometido a poderes ajenos a la misma —hoy, incluso, la empresa, pues es la que ha de poner fondos y todo se orienta por una *ambitio pecuniae*—. Volviendo a la globalización y el desvanecimiento estatal que implica, ello pone al descubierto el problema del *cientificismo* (hibridación entre tecnología e ideología, suplantando la ciencia)¹ y su *burbuja científica* (hiperinflación del cientificismo, imposibilitándose así la ciencia)², de ahí la necesidad de proceder a una crítica de *revelaciones* —como se viene diciendo, aquellas reflexiones conducentes a la retirada de velos de confusión—. Y es que dicho cientificismo (y su burbuja) no promueve el conocimiento, sino que impone y fija un modelo que vulnera la creatividad y el libre pensamiento; ello explica su hostilidad contra las disciplinas de fundamentos, porque son las únicas capaces de denunciar la deriva actual. Además, las disciplinas de fundamentos no sólo sirven para entrenarse en la reflexión crítica, sino que también permiten

1. Con la expresión *cientificismo*, se alude a la pseudociencia casi dominante hoy en día, nacida de la hibridación —que no mestizaje— entre la ideología y la tecnología. Dicha pseudociencia —incluso, a veces anticiencia—, supone un intento propagandístico de imponer un monopolio del conocimiento (exclusivo y excluyente), según unos parámetros formales de especialización técnico-profesional, dando lugar al final a una única ciencia de consumo, hostil a otros conocimientos tradicionales (e. g. religión), sostenida por una *burbuja científica* (vid. supra).
2. Una burbuja como la inmobiliaria, la financiera, etc. Alude a una coyuntura artificialmente sobredimensionada y desnaturalizada (ya que no genera conocimiento de mejora, sino de consumo y muy degradado), de efecto inflacionista, cuya producción es insostenible, y sus resultados se deprecian.

afrontar con imaginación —al menos sin cortapisas— los retos que presenta una crisis como la actual. Luego, ante la actual crisis, las tradicionales disciplinas universitarias de fundamentos están llamadas a permitir —como ya lo hicieran antes— el discernimiento acerca de que lo revolucionario no es generar conflicto (oponiéndose al cambio y la transición), sino volver al momento previo a la desviación: *studia humanitatis* (vid. supra).

- b) *Apología de los studia humanitatis y sus galeatos*: galeato es un término que se acuña en el *Siglo de Oro de las Letras Hispánicas*, alcanzando su máximo desarrollo y sentido en el seno del mundo académico. Con el mismo, se alude a un tipo de

la principal dificultad de la universidad no está en su financiación —no es un problema económico—, sino en su desnaturalización, o sea, su pérdida de identidad y misión. Ello se reduce a tres puntos interconectados a considerar: la autonomía, la ciencia y la auctoritas...

encendida presentación apologética, cuya misión es cantar las virtudes de trabajos que, por originales y/o discrepantes, están llamados a ser censurados y condenados al ostracismo³. Y así se recupera ahora el galeato, para volver a escribir con razón y pasión —frente al aséptico y deshumanizado artículo (pseudo)científico actual—, en defensa de los bastiones de la cultura occidental moderna, como eran los *studia humanitatis* o estudios de humanidades, integrados en los *Departamentos*

de *Filosofía y Letras Hispánicas*, que se hallaban repartidos por las más prestigiosas universidades, y de los que hoy sólo queda su sombra en forma de asignaturas idiomáticas en *Programas de Lenguas Extranjeras*. Pues bien, gracias al galeato y los *studia humanitatis*, cabe recuperar una larga y rica tradición de pensamiento político (de lo público) y social (de lo privado) como el hispánico, acerca del poder y lo sagrado, el gobierno y la justicia, la dignidad humana, etc.

SEGUNDA REVELACIÓN: DESNATURALIZACIÓN UNIVERSITARIA

A modo de provocaciones que animen a una viva reflexión crítica, se apuntan a continuación un par de problemas fundamentales y cruciales, pues afectan los mismos a las bases de la propia universidad y según se aborden, entonces, así sobrevivirá o no la universidad tal como la hemos conocido. Los citados problemas son:

- a) *El problema universitario como institución autónoma*: la principal dificultad de la universidad no está en su financiación —no es un problema económico—, sino en su desnaturalización, o sea, su pérdida de identidad y misión. Ello se reduce a tres puntos interconectados a considerar: la autonomía, la ciencia y la *auctoritas* (la universidad goza de legitimidad social, porque genera conocimiento, que justifica su capacidad de autogobierno); dichos puntos de debilidad surgen de la cuestión previa relativa a la burocratización, y hoy agravada en forma de mercantilización —pues la orientación principal es hacia la empleabilidad y la necesidad de convenios con empresas que avallen a la universidad—. ¿De qué se está hablando? En el siglo XIX la universidad empezó a sufrir las injerencias de los poderes estatales (creando universidades públicas, condicionando las cátedras

3. Los clásicos compartían sus pensamientos mediante los *diálogos*, los medievales por medio de las *sumas* y *confesiones*, y los modernos vía *ensayo*, quedando los contemporáneos nuestros, que como posmodernos, recurren al críptico e impersonal *artículo técnico*. Pues bien, frente al artículo del que se vale el cientificismo, se hace gala aquí de la variante ensayística del galeato, por su capacidad reveladora (para retirar los velos de confusión que ocultan la realidad y la verdad).

y planes de estudios, etc.), lo que terminó por someter a sus intelectuales académicos, quienes pasaron a preocuparse más por su condición numeraria/funcionarial, y no tanto por su vocación universitaria (vid. supra). A comienzos del siglo XXI, el riesgo es aún mayor, pues ahora, con la excusa de la financiación, se está buscando que sean las grandes empresas las que asuman el coste de las universidades, de modo que se convertirían en centros externalizados de formación corporativa. Lo grave es que, la citada alarma está siendo legitimada por los poderes públicos, tal como se desprende de las negociaciones actuales de UE 2020.

- b) *El problema universitario como estudios de grado reducidos a entrenamientos en destrezas*: por parte de los pedagogos constructivistas,⁴ en su reducción al *situacionalismo lúdico* —o sea, resabios neomarxistas según los cuales todo se aprende jugando y por ósmosis (vid. supra)—, reduciéndose así los estudios universitarios a la mera formación en habilidades, destrezas y competencias. Las objeciones al respecto son: *a)* con la globalización, no cabe una formación profesional para un solo trabajo, pues ya no existe la posibilidad de una única carrera profesional, sino que un universitario tendrá al menos cinco experiencias de segmentos laborales, de modo que sus estudios no pueden centrarse en el entrenamiento para un puesto concreto de trabajo; *b)* la universidad no puede convertirse en una sucursal de una compañía, sino que cada empresa ha de encargarse de la formación de sus trabajadores, y la universidad de la preparación de ciudadanos maduros y autónomos, con alto compromiso social; *c)* antes que formar en destrezas habría que hacerlo en valores, pues estos si permanecen y condicionan las decisiones en

todas las facetas de la vida (en especial se anima al cultivo de las virtudes cardinales, por ejemplo); y sobre todo, *d)* es crucial (re)integrar la tríada universitaria de formación-educación-instrucción, de modo que la universidad ayude al perfeccionamiento personal y se contribuya al bien común. Caben más objeciones, pero se deja por ahora aquí la crítica.

TERCERA REVELACIÓN: RAPTO UNIVERSITARIO

Desde sus orígenes, la universidad ha logrado defender y consolidar su autonomía (frente al Papa, el Emperador, los monarcas y príncipes, incluso respecto del municipio donde se ubicara). Sin embargo, por una serie de acontecimientos decimonónicos, la universidad comienza a sufrir un cúmulo de injerencias, propiciadoras de su desnaturalización, así como de su rapto: la universidad pierde así su misión (sustituyéndose la maduración intelectual por la empleabilidad técnica), su orden (suplantándose el régimen de *auctoritas* —donde mandara el que más supiera— por otro pseudo-democrático y de gestión), y sus valedores (los profesores proto-intelectuales reducidos hoy a intelectualidad funcionarial o *entelectualidad*).

Profundizando en las causas e intereses del fenómeno bautizado como el *rapto de la universidad* —algo ciertamente problemático en Iberoamérica—⁵, sale a la luz una cuestión clave, como ha sido el giro posmoderno de la Contemporaneidad, llevado a cabo mediante un falaz positivismo impulsado por los intelectuales finiseculares decimonónicos. Dicho positivismo, pasa de un cultivo brillante de las disciplinas humanistas y culturales, propias de la Modernidad y típicas de la universidad y de su evolución autónoma en Occidente, a sufrir un desprecio y acoso, casi conducente a su extinción. Y es que, las disciplinas

4. A dichos pedagogos se les ha llamado en otras ocasiones *pedagogos-midas*, pues *todo lo que tocan lo infantilizan*, además de ser responsables del incremento de la *burbuja cientificista* ya denunciada; vid. supra y Sánchez-Bayón (2009).

5. La perversión denunciada es especialmente evidente en los marcos neobárbaros (o sea, los iberoamericanos que han renunciado a su tradición civilizada, cayendo en el bucle melancólico), pues en entornos como el estadounidense, hace tiempo que se viene dando la voz de alarma, y eso que en dicho país aún mantienen el *Bachelor* (como primera toma de contacto con la universidad, donde se forman ciudadanos, y ya en el Posgrado, a los técnico-profesionales); vid. nota 10.

humanistas y culturales han servido de *campo akásico*,⁶ proporcionando los fundamentos manejados por gran parte de las ulteriores disciplinas de las Ciencias Sociales y, sobre todo, de las tardo-decimonónicas Ciencias Naturales (emergidas, a la postre, del incremento de especialización cognitiva y los avances tecnológicos). Constituyen las disciplinas humanistas y culturales el punto de arranque y nexo interdisciplinario. De ahí que, para ir contra ellas es necesario sacudir los cimientos y muros de carga, de la universidad en particular, y del saber occidental en general. Su desaparición no sólo supondría la pérdida de la tradición y su conocimiento, sino que además, conllevaría la ignorancia de los entrelazamientos —con repercusiones en la marcha de las disciplinas, de la universidad, del conocimiento y, finalmente, de la sociedad, pues aumentaría su fragilidad y decadencia—.

He aquí una clave del *bucle melancólico* (y su *esplín* —ambos resultado de modas falaces—),⁷ que también clarifica el tránsito de una universidad cosmopolita (como la hispánica) a la nacionalista (de cada uno de los Estados-nación de Iberoamérica), además de evidenciar la hibridación en curso —casi, casi— irreversible: la estrategia a seguir consiste en fomentar la incompetencia, alargando así los procesos de formación, de modo que aumente la dependencia. Para que no haya resistencia, se dota de entidad todo ello a través de las pasiones identitarias, cuyas claves más refinadas se ofrecen durante el lapso universitario, de modo que se asiente entonces la impresión de integración, además de las mínimas conexiones entre los integrantes del relevo generacional. A la postre, con el citado plan, en vez de acudir a la universidad para buscar el conocimiento occidental, que permite una

comprensión global y local, en su lugar, se va porque toca y es donde hay que estar, para forjar lazos endogámicos. De ahí la avidez de los poderes públicos para interferir y tener su propia universidad: *su fábrica de clientelismo, de futuros técnicos pagadores de impuestos, que no discutan ni pidan cuentas, y mucho menos aspiren a desbancar a quienes ya están instalados en el poder*.⁸ Tal circunstancia en el caso español se ha agravado con las Comunidades Autónomas, que han pretendido disponer de su propia red de universidades públicas —que como neobárbaros se han dejado arrastrar por las modas falaces que se vienen señalando—.

Conforme a lo visto, de seguro que se aprecia ya el paradójico proceso de extinción disciplinar básica, a la vez que se pretende construir espacios supranacionales de educación superior —sin las disciplinas que podrían ayudar a facilitar las conexiones—.

CUARTA REVELACIÓN: EXTINCIÓN DISCIPLINAR

Por influjo de *escuelas neomarxistas* (como Annales, Birmingham y Frankfurt), se inocula en la universidad un desprecio por la *disciplina* y la *autoridad/auctoritas*, identificándolas con abuso, malos tratos y dogmatismo —siendo justo lo opuesto—. Desde las primeras universidades mediterráneas, gracias a la *auctoritas* han ido consolidándose las disciplinas de fundamentos y gracias a su simbiosis han ido surgiendo el resto de disciplinas, más especializadas, técnicas y sectoriales. En definitiva, la *auctoritas* y las disciplinas resultan no sólo el *campo akásico* universitario (vid. infra), sino también su vía de entrelazamientos. Luego, ¿qué significa considerar los fundamentos como entrelazamientos? Las disciplinas humanistas y culturales, como se viene rei-

6. Noción tomada de la religión y el Ordenamiento hindú, pues en los *Libros Vedas* se hace referencia a que los elementos (*vata*: aire, *agni*: fuego, *ap*: agua, *prithivi*: tierra) —también incorporados a Occidente— comparten relaciones entre sí, porque surgen de una misma esencia, un *éter* (*ā kā/sha*, en sánscrito, el primer y fundamental de los elementos —comprende y subyace en todos los fenómenos del cosmos—, lo que permite fluir el conocimiento, incluso cuando éste aún no está disponible, o no del todo, o se está reformulando. Tanto es así que, la *akasia* humanista y cultural ha seguido presente en las disciplinas sobrevenidas, por muy técnico-especialistas que resultaran, en su parte propedéutica.

7. Un *bucle melancólico* es una trampa discursiva de corte emocional en la que suelen caer aquellos que han renunciado a su realidad pasada y su tradición, aceptando en su lugar fórmulas ideológicas y de tintes milenaristas. El *esplín* es una fórmula concreta hispánica, de finales del s. XIX y comienzos del s. XX.

8. Vid. Sánchez-Bayón, A.: *Humanismo Iberoamericano*, Guatemala: Cara Parens, 2012. —*Filosofía Político-Jurídica Global*, Saarbrücken: EAE, 2012 — *Estudios de cultura político-jurídica*, Madrid: Delta, 2009.

terando, constituyen el *campo akásico* del conocimiento occidental, al proporcionar un sentido y alcance integrador, que excede la mera suma de disciplinas de cualquier plan de estudios universitario. Han superado la prueba de su presencia en las múltiples propuestas que ha habido durante siglos, ¿por qué? Se debe a su carácter holístico, pues en su naturaleza está el ir más allá de lo propio y tender puentes a otras disciplinas, incluso de Ciencias Sociales y Naturales. Suelen tener, además, una naturaleza dialéctica (con aspectos generales y particulares, teóricos y prácticos, normativos y empíricos, etc.), que las obliga a avanzar y a encontrar un sentido y alcance más plausibles cuando se ponen en correlación con otras disciplinas. Ese conocimiento que conecta con otras disciplinas y los lazos que se forman son los entrelazamientos, de los que las disciplinas humanistas y culturales rebosan. Además, gracias a dichos entrelazamientos, a medida que ha ido avanzando la burocratización universitaria y de sus estudios, las disciplinas que han ido sobreviviendo, han ido dando acogida a las extintas. Pero, una vez más, ¿por qué a sabiendas de la importancia de las disciplinas humanistas y culturales existe tal acoso contra ellas? Sencillamente, porque se ha traicionado la Modernidad y la aspiración a la popularización del conocimiento y del poder que conlleva: es la alienación y malestar social cada vez más presente en la globalización.

El origen de los males actuales dio comienzo con el asentamiento de las elites estatales, que a cambio de financiación y plazas, lograron que los académicos abrieran las puertas a la burocratización de los estudios universitarios. De finales del s. XIX a mediados del s. XX ha sido el tiempo de las injerencias adminis-

trativas, donde han surgido peligrosos mesías técnicos, como los *pedagogos midas* —quienes suelen basarse en el krausismo y el constructivismo, y que todo lo que tocan lo infantilizan, deformando cualquier pensamiento en una suerte de lúdica formal⁹—. Desde finales del s. XX, las nuevas injerencias son empresariales: el alumno paga la matrícula para recibir una formación en habilidades, destrezas y competencias laborales, que —en realidad— habría de prestarle gratuitamente la compañía cuando ingresase en sus filas. De este modo, se están convirtiendo las universidades en los Departamentos de cualificación técnica de futuros trabajadores (vid. infra). En la monografía —ya citada— de *Estudios de cultura político-jurídica* (Sánchez-Bayón), se sintetiza la problemática del siguiente modo:

...no será que lo que se pretende es acabar con la ciudadanía crítica y comprometida, para proceder a (re)producir en cadena, en fábricas de estudio clónicas, técnicos-titulados pagadores de impuestos (devenidos de un consumo compulsivo) —es como si ya no interesara el progreso, para la mejora del sistema, sino que la preocupación prioritaria es que no se pare la maquinaria actual—. Tampoco hay ya reflexión en las aulas, quizá porque las universidades han renunciado a su auténtica autonomía y libertad (permitiendo la burocratización del conocimiento y su pérdida de autoridad), además de haberse acorralado en los planes de estudio las asignaturas de las disciplinas humanistas y culturales o de teoría y métodos generales —en otro tiempo, el humus universitario—. En

9. Al igual que el *Rey Midas*, quien todo lo que tocara lo transformaba en oro —fruto de sus deseos más avaros y vanidosos—, creyendo que era lo mejor hasta que a la postre fue consciente de su maldición, así también pasa con ciertos pedagogos —en especial, los apuntados hoy a la moda del *constructivismo*—, pues aquello que tocan lo infantilizan, y en Europa continental además tienden a ideologizarlo: el tipo de pedagogo referido —desde su despacho y su deseo más personal, falto de autocritica— dogmatiza sobre modelos definitivos no experimentados en el aula, extendiéndose oncológicamente por todos los niveles educativos, despreciando metodologías preexistentes, y llegando a sepultar los contenidos científicos —que le son ajenos— bajo capas de barniz discursivo —de carácter emotivo y sembrado de vanas consignas como *aprender a aprender*, *desarrollo de competencias*, *sinergias proactivas*, etc.—. Como en el *Gatopardo*, el citado tipo de pedagogo (el *pedagogo-midas*), puede ser identificado con el advenedizo revolucionario mesiánico, que aboga por el *cambio para que nada cambie*, asegurándose por esta vía su acceso al poder universitario y su coto correspondiente, pues se considera a sí mismo como el único que dispone de la fórmula mágica de la enseñanza y del *Espacio Europeo de Educación Superior* (EEES); vid. nota 5 y Sánchez-Bayón, A.: *Estudios de cultura...* op. cit.

consecuencia, el alumno medio ha dejado de ser estudiante —careciendo de la inquietud, el compromiso y la iniciativa de antaño—, seguramente, porque tampoco se le ha enseñado a reflexionar —de manera disciplinada—, ni ha tenido la oportunidad de disfrutar —con el suficiente tiempo y madurez— los frutos del conocimiento adquirido: apreciándolo como una guía de sentido y alcance de vida, en vez de considerarlo como un *software* de consumo instantáneo y a formatear acto seguido.

Queda por añadir, además, que la perversión denunciada es especialmente evidente en los marcos neobárbaros (o sea, los iberoamericanos que han renunciado a su tradición civilizada, cayendo en el bucle melancólico, vid. infra), pues en entornos como el

estadounidense, hace tiempo que se viene dando la voz de alarma, y eso que en dicho país aún mantienen el *Bachelor* (como primera toma de contacto con la universidad, donde se forman ciudadanos, y ya en el Posgrado, a los técnico-profesionales).¹⁰

Y ENTONCES...

Para que la universidad vuelva a ser faro en la oscuridad —*fiat lux*, decían los escolásticos—, resulta urgente y necesario tomar conciencia de sus males y procurar su sanación, para que luego ella pueda ayudar a curar al resto de la sociedad. Tal afirmación no pretende ser un exceso de celo académico, sino que realmente se trata de una constatación ampliamente probada: sólo cuando se reconoce el problema, se puede iniciar el proceso de duelo y remedio.

10. La crítica a la burocratización universitaria y las injerencias, no sólo de funcionarios y pedagogos, sino también de empresarios, llega incluso a los EE UU, siendo denunciada hasta por los conservadores (con eslóganes del tipo *red-tape nonsense* o *sponsorship or censorship*); vid. Nisbet, Kirk o Ulam.

Juan Biosca González

Director del Instituto Social del Trabajo.

Miembro del Instituto E. Mounier

Irene Mora Pérez

Secretaria del Instituto Social del Trabajo

LO ORIGINAL CRISTIANO EN LA ACCIÓN CARITATIVA Y SOCIAL DE LA IGLESIA

INTRODUCCIÓN

En la actualidad, el aumento cuantitativo y cualitativo de iniciativas sociales, va contribuyendo poco a poco a que, mediante la participación de las personas en instituciones de todo tipo, se vaya vertebrando la sociedad civil, ejerciendo la responsabilidad y concretando acciones solidarias, comprometidas tanto con las necesidades más cercanas como con las más alejadas de nuestro entorno.

En ese rico caudal también participan muchas organizaciones que se describen como No Gubernamentales y que proponen ideas y prácticas sociales compatibles y complementarias con los planteamientos neoliberales de los organismos y entidades que generalmente las financian.

En este acontecimiento cotidiano, la acción socio-caritativa de las instituciones de la Iglesia concurre junto a la acción de otras organizaciones, tanto de la administración pública como de la iniciativa ciudadana y del mismo mundo de la empresa.¹

Muchas veces, dichas instituciones y organizaciones unen sus esfuerzos hombro con hombro tras objetivos socialmente comunes, participando de una ética común, cívica y universal, cual planteamiento de mínimos es a todos exigible, lo que no conlleva, en ningún caso y bajo ningún pretexto, sofocar el anuncio explícito de la motivación propia como planteamiento de máximos, ofertada con responsabilidad y tolerancia, a tenor del principio de oro dictado por el Concilio Vaticano II: «La verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra, con suavidad y firmeza a la vez en las almas».²

La actuación de una institución caritativa y social de la Iglesia, como la de cualquier otra institución, será siempre el resultado de sumar dos factores dinámicos, que son determinantes para la propia acción.

Estos dos factores son la evolución de la realidad social y el desarrollo de nuestra identidad. Ambos factores deben vivirse interactivamente. En consecuen-

cia, nuestra acción caritativa y social debe nacer de la relación entre el análisis permanente de la realidad social y la reflexión-experiencia continua sobre los elementos que constituyen nuestra propia identidad.

Por ello, es muy importante no olvidar las fuentes de las que se nutre nuestra identidad, que son la revelación, la tradición de la Iglesia y la experiencia de quienes nos han precedido. Es fundamental para el cristiano conocer estas fuentes, que son las que dan sentido y contenido a nuestra intervención en el campo de la acción social.

LO ORIGINAL CRISTIANO

Es lógico y necesario que cada grupo social o político actúe en base a sus propias creencias, y de hecho así las exponga y realice de forma expresa. ¿Por qué entonces las instituciones cristianas parecen tener un cierto temor a pronunciarse sobre aquello en lo que creen, dando razón de lo que les motiva? Pues serán estas razones en las que radique lo original cristiano en su aportación social; lo que le es específico y singular, diferente a cualquier motivación de otros grupos o personas.

La aportación cristiana, paliando las necesidades del que sufre por cualquier motivo, atendiendo a los que nadie atiende, con entrega y desinteresadamente, no estriba en el qué ni en el cómo de lo que se hace, sino en el por qué, en la referencia a la que se remite, Jesucristo, y en el sujeto que lo hace, la Iglesia, como garante y portadora de la tradición y los valores de una fe que sólo se comprende en cuanto que toma el modelo de Jesús de Nazaret, «... que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos» (Hch. 10, 38), y que nos enseñó el rostro de un Dios creador, cercano y misericordioso al que poder llamar Padre.

La credibilidad de nuestra acción se encuentra en el anuncio testimoniado, en la coherencia de vida, en la conversión como respuesta alternativa, pero sobre todo en la opción preferencial por los pobres, me-

1. Ver *Instrucción Pastoral de la LXV Asamblea Plenaria de la CEE, Moral y Sociedad Democrática*. Edice, Madrid, 1996.

2. Juan Pablo II, *Carta Apostólica Tertio Millennio Adveniente*, 35. Con cita del Concilio Vaticano II, Declaración *Dignitatis humanae*, 1.

diante la encarnación en el corazón de las vivencias, convencidos de que «sólo se redime lo que se asume».

Encarnarse en la realidad del pobre, en su cotidianidad, supone trascender el lenguaje audiovisual que nos rodea y condiciona, para ser capaces de utilizar los cinco sentidos experimentando a través de ellos la crudeza de la miseria humana. No es suficiente para comprender en qué mundo vivimos el informarse a través de libros o medios audiovisuales. En la relación directa, el pobre te interpela solicitando atención, cercanía y respuesta. Cara a cara, el contacto no se debe eludir con miedo y/o evasivas.

La pobreza tiene su propio lenguaje, su jerga, su olor, su estética, su paisaje... que es preciso llegar a sentir en la propia piel. Es así como mejor se comprende la realidad de estas personas empobrecidas, y se pueden poner las condiciones para que la acción solidaria no sea fugaz, sensiblera o evasiva, sino expresión fiel de un compromiso de vida que se sustenta en la fe en el Dios de Jesucristo.

UNA ACCIÓN SIGNIFICATIVA

La Iglesia anuncia la salvación de Dios animada por el Espíritu Santo, anunciando el amor de Dios a todas las personas. Este amor fue visible mediante la encarnación de Jesús en el mundo del sufrimiento, la enfermedad, la soledad y la marginación, lugares donde se hace presente el rostro necesitado del Señor. Por amor a Dios, la persona humana se hace servicio ante el hermano, para paliar su necesidad.

Pero para que nuestra acción sea verdaderamente significativa, como expresión del amor de Dios, debemos unir el servicio realizado de forma humanizadora, con la profesionalidad y «eficacia» y «eficiencia» que se merece la persona del pobre.

Significar es ser una cosa por representación de otras distintas; también supone hacerse notar por alguna circunstancia o cualidad. Así, nuestras acciones, por muy sencillas y cotidianas que sean, tienen que surgir de motivaciones claras y estar impregnadas de valores alternativos que permitan traslucir su significado, que no es otra cosa que la construcción de una sociedad inspirada en los valores evangélicos.

El Cardenal Carlo María Martini reflexiona sobre la figura de María, deteniéndose en algunas actitudes poco conocidas de esta singular mujer, que nos sirve de ejemplo a seguir. Así pues, la atención, la concreción, la escucha y la ternura deben ser signos visibles de nuestra disponibilidad hacia el hermano.

«Atención como actitud vigilante del yo sobre los demás; es una transparencia de mirada, una prontitud para advertir los signos de sufrimiento en torno a uno, para darse».³ Es salir de mí mismo para estar abierto a la necesidad del hermano, y esto nos lleva a responsabilizarnos del bienestar integral de todos los hombres y mujeres del mundo.

«La Concreción consiste en la justa relación entre escucha, decisión y acción; es el equilibrio entre ojo y oído, corazón y mano. La concreción es la capacidad de escuchar y de reflexionar».⁴ No es un entusiasmo efímero o la separación entre palabra y acción, tampoco es una escucha sensiblera e ineficaz.

El carácter significativo de nuestras acciones nos exige eficacia en el servicio a los pobres y excluidos. Así como los milagros de Jesús eran servicios de una utilidad palpable para los beneficiarios y hacían presente el Reino de Dios, nuestras obras deben suponer servicios concretos y útiles para poder proyectar toda su simbología.

Nuestras acciones deben conllevar asimismo una fuerte exigencia de calidad, sin que ésta deba contraponerse a la calidez en la cercanía, ni a la cantidad de personas que debemos atender o servicios que debemos prestar. Nuestro reto es hacer las cosas cada día mejor, intentando llegar a paliar más necesidades humanas. Debemos hacer todo lo que podamos de la mejor manera que sepamos.

Siguiendo el pasaje evangélico de Lucas 2, 18-19.51-52, el Cardenal analiza la escucha de María: «María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón. La escucha no se agota en el acto mismo de estar escuchando... sino que se prolonga en la memoria que recuerda... comprende, hasta descubrir el significado del hablar divino dirigido a mí y a mi historia».⁵ El Señor habla al corazón de quien desea acogerle indicándole cómo mejor servirle a Él sirviendo a sus hijos, nuestros hermanos.

3. Martini, Carlo María, *María, la mujer de la reconciliación*. Editorial Sal Terrae. Santander 1987. Pág. 14.

4. Idem. Pág. 24.

5. Idem. Pág. 39.

Por último, la ternura, como gesto más significativo del cuidado y la preocupación de Dios hacia las personas, en especial hacia las más pequeñas y necesitadas.

Ternura es amor respetuoso, delicado, concreto, atento... fuerte en su debilidad, eficaz y victorioso, desarmado y desarmante. La ternura está en decir «no llores». Es el gesto y el corazón del samaritano: «Al verle tuvo compasión».⁶

Vivimos en una sociedad que fomenta la dureza de corazón; la sospecha, la desconfianza... La falta de ternura, el miedo y el desconocimiento del otro desembocan en la indiferencia ante la situación de los pobres, e incluso en la crueldad.

Así pues, la acción caritativa y social de la Iglesia como servicio a la mujer y al hombre concreto y completo, entendido en la totalidad de todas sus dimensiones, debe expresar en sus obras una referencia interpeladora ante las iniciativas reduccionistas del mercado y del Estado, ya que la Doctrina Social de la Iglesia emplaza a una radicalidad en base a la centralidad de la persona y su dignidad, del Destino Universal de los Bienes y de la consideración del Bien Común.

POR EL AMOR DE DIOS

El compromiso de los cristianos está primordialmente motivado por el impulso del amor de Dios hacia su criatura. Como servidores del Evangelio, somos los protagonistas visibles de la Misión, siendo conscientes de que actuamos bajo la influencia del Espíritu Santo (I Cor 3,7).

En la solidez de esa experiencia de Dios, personal y comunitariamente vivida, se asienta nuestra Fe, la Esperanza de que la Gracia de Dios nos salva y la acción de la Caridad entre los hermanos.

Conscientes de la experiencia del amor de Dios, todo lo interpretamos y explicamos desde Él. Por eso, trabajar por la paz, luchar por la justicia, conseguir condiciones de vida dignas para toda la humanidad no es la concreción de una ideología sino la respuesta a la llamada de Dios a amar al hermano. Porque esta-

mos seguros de que la voluntad de Dios es el bien de todos los hombres y de todo el hombre.

El amor del Padre nos enseña cómo acercarnos hacia aquel que padece, ya que su mismo hijo Jesucristo así pasó su vida, cercano a todo tipo de pobreza y miserias humanas, para mostrarnos que la dignidad del hombre pasa por la dignidad de Dios, que no desea que nadie sufra o padezca condiciones de vida miserables. Siendo las obras de Misericordia, las corporales junto a las espirituales, el horizonte de objetivos del *qué hacer*.

El encuentro de Jesús con el hombre es el encuentro entre la pasión y la compasión; de la necesidad y el sufrimiento del pobre, con la ternura infinita del que se identifica y solidariza desde lo más profundo de su ser.

Descansando en la confianza depositada en Dios, somos capaces de aceptar nuestras limitaciones sin rendirnos ante la magnitud y dificultad de la tarea, conscientes de que «la mies es mucha y los obreros pocos...».

EVALUAR DESDE LOS SIGNOS DEL ESPÍRITU

En la evaluación de nuestras acciones, debemos tener en cuenta los signos del Espíritu según la tradición de la Iglesia, y éstos son la atención a los *pobres*, la *edificación* de la comunidad y la *alegría* del que tiene puesta la esperanza en el Dios de Jesucristo.

En nuestro esfuerzo por la construcción de un mundo mejor para todos, contamos con la ayuda inestimable del Espíritu, cuyos dones son derramados sobre los que creen a través de los sacramentos.

Sabemos que nuestro esfuerzo y buenas intenciones no bastan para hacer bien nuestra tarea, ni justifican nuestras deficiencias y errores.

La revisión de la acción social y caritativa de la Iglesia a la luz del Evangelio y con la referencia de los signos de los tiempos, debe ser una actitud permanente; llevada a cabo, conociendo las ciencias sociales, sin temor a rectificar para mejorar.

La Palabra de Dios, actualizada en el tiempo y el espacio de la historia, posee valores inmutables que el cristiano debe hacer expreso, en obras y palabras, dando testimonio de aquello en lo que cree, para que el mundo conozca su Palabra y se salve.

6. Idem. Págs. 60-61.

Tere García Ruiz

Licenciada en Filosofía, periodista y escritora; tgarcia@anunciacion.com.mx

CUANDO PERDER ES GANAR



Mis amigos Carlos y Julia me han pedido que escriba algo sobre «saber perder una guerra» o «dejarse ganar». Estábamos conversando sobre algunas cosas de la vida, cuando, de pronto surgió el tema de la discriminación o de los enemigos que pueden cercar a una persona, frenar su desarrollo o dañar su autoestima. Hablando de esto, me parece que dije algo más o menos así: «mis enemigos, si me conocen, ya saben que en contra mía, pueden ganar cualquier guerra».

Carlos y Julia mostraron sorpresa, me hicieron algunas preguntas sobre el dolor que tiene que soportar una persona para dejarse ganar, sobre el sentido de justicia o su interpretación de la justicia, sobre cómo logra seguir adelante con las secuelas de batallas perdidas... Y todas sus preguntas, traté de responder lo mejor que pude. Así que, como había más sobre el tema, y el tiempo de reunión se acababa, ambos que pidieron que escribiera sobre eso.

—¿Cuántos folios?—.

—Cuatro—, me dijo Julia.

No sé si lograré escribir cuatro folios: escribo para pensar y pienso mientras escribo, así que, independientemente de su dimensión, como mis amigos me lo han pedido, comienzo este escrito. Para ellos y sus amigos, va mi amor en palabras escritas.

Mis enemigos jamás dirán que éste es un buen ensayo y mucho menos calificarán como válida mi postura ante las guerras interpersonales; es probable que algunos se sientan aludidos y también, que otros que no me conocen, sientan desprecio hacia mí. No lo digo por aquellos que generosamente se atreven a dialogar conmigo, para obsequiarme una crítica equilibrada y constructiva, con el deseo de ayudarme a completar mi visión sobre la vida; lo digo por aquellos que, siendo enemigos, se mueven con base en paradigmas y no están dispuestos a cambiar su postura ante la vida.

Anticipo que yo sí estoy abierta a cambiar mi ritmo y la forma en la que debo relacionarme para resolver

asuntos y llegar a acuerdos. Por lo pronto, mi única manera ha sido dejarme ganar.

Mis enemigos saben que conmigo pueden ganar todas sus guerras. Lo saben porque lo han vivido conmigo. Ellos, quizás desde el primer contacto, advierten en mí debilidades evidentes: la falta de malicia, el bajo perfil social, el desinterés por hacer negocios que me dejen grandes ganancias, el amor preferencial por los pobres, mi amor a la libertad. Todo esto les hace saber que conmigo pueden ganar.

Conste que mi tarea no es indagar sobre si esto es cierto o no; sencillamente lo sé, porque lo he vivido.

Y agradezco que podamos abordar este fenómeno desde una visión filosófica, para que no se quede atrapado en el campo de la psicología, donde se tratan casos particulares, con toda la carga emocional del sujeto que lo vive.

Aquí no se trata de una persona con un profundo sentimiento de víctima, ni tampoco de alguien que abre sus brazos al victimario, sino de una persona que vive con base en la Verdad que conoce y que ama.

Soy filósofa cristiana y dentro de este perfil, agustiniana; así que, considero que, para entender que soy parte del Cuerpo de Cristo, he creído en ello y entonces la razón se ha agigantado frente al fenómeno que intento describir.

Me gusta pensar en orden: Dios ilumina mi inteligencia, mi inteligencia ve con más claridad y amplitud, y mi voluntad puede, entonces, dirigirse hacia lo mejor de entre todas las posibilidades a mi alcance. La medida es para mí la libertad: la alegría y la paz para seguir de frente.

Es como si yo llegara a decir a alguien: «tengo esto para compartir» y ese alguien una persona, una familia, una comunidad o un grupo empresarial dijera: «no lo quiero» o «dámelo, yo lo hago», o «suprímala para que parezca que yo lo hice y no ella»... «Sáquenla de aquí, el de las ideas soy yo».

Hago énfasis en algo que dije antes: «Mis enemigos saben que conmigo pueden ganar todas sus guerras». La clave está en «sus guerras». No son «mis guerras». ¿Cómo lo hacen? La mayoría de las veces, su lucha va en pos de acrecentar su poderío, su soberbia y egolatría. Yo me siento tan ajena a sus intereses que si por satisfacer, ellos, su necesidad de poder, aplastan, posponen, manipulan o me arrebatan mis proyectos, los dejo ganar.

¿Por qué los dejo ganar? En primera instancia, porque estoy ciertísima de que sólo un tonto se mete con Sansón a las patadas. En segundo lugar, porque su postura ante la Vida no coincide con mis proyectos tendentes al desarrollo humano y el bien común. De modo que, cuando me doy cuenta de que las balas de un pistolero no pueden convertirse en peras dulces, ni siquiera hago el intento de insistir en defensa mía o de mi proyecto. En tercer lugar, porque me hace mucho más sufrir el pelear que el perder y a mí me gusta mucho la libertad.

Ejerzo mi libertad al ser fiel a mi proyecto de Vida. —¿No te defiendes? ¿No haces justicia?—, me preguntaron Carlos y Julia. Claro que alguna vez intenté defenderme y sufrí muchísimo al ver cómo salía a borbotones la maldad de esa gente. Ahí fue cuando me di cuenta de que me hacía mucho más sufrir el intentar defenderme que el hecho de perder.

Por supuesto que doy aviso de la injusticia que están cometiendo, y si puedo hago una denuncia pública, pero no dedico demasiado tiempo en ello porque me quita libertad y tengo mucho que hacer. Dicho de otro modo: no me dedico a «batallas». Eso de competir no me interesa. Ya tengo una batalla enorme que es vencerme a mi misma y ser feliz. Jesús lo dice mejor: «Si te dan una bofetada, pon la otra mejilla». Se trata de poner la otra mejilla, para que te dejen en paz y puedas seguir tu Camino.

Desde mi visión cristiana, todos los bautizados, y los que se bautizarán, somos Cuerpo de Cristo. Nótese que también en presente digo que «somos» Cuerpo de Cristo, al referirme a quienes se bautizarán posteriormente; entre ellos hay muchos que hoy son mis enemigos. Lo peor es que también muchos de los bautizados son enemigos, no sólo míos sino de Cristo. No lo quieren y rechazan sus propuestas. Van en contra suya y en contra de todos los que nos disponemos cada día a vivir según la Ley del Amor y las Bienaventuranzas.

A mis enemigos, esta forma de vivir les parece una tontera y «quienes la viven son tontos». Entre los tontos estoy yo. Para un cristiano es difícil hacer negocio, y si lo hace jamás será rico, porque no se adueña, sino que administra a favor del bien común, y da a cada quien según su necesidad, no según su mérito, porque no hay mérito en ninguno, sino capacidades

y debilidades, entre las cuáles se cuentan también las oportunidades o circunstancias desfavorables de cada uno, según la realidad que vive.

En fin, quizás basta lo que he dicho hasta aquí, para que se entienda por qué me dejo ganar en las guerras. Lo curioso es que cuando se trata de una lucha frontal en contra mía, no siento una gran pérdida, pero si se trata de una guerra, donde las víctimas van a ser otros, más débiles, más pobres y necesitados que yo, entonces, es muy probable que yo mueva cielo, tierra y mar para salvar una causa.

A veces he ganado y a veces he perdido. Las veces que he ganado, ha sido porque he pedido ayuda a personas tan poderosas como el enemigo. Yo sola, jamás lo lograría. Cuando he perdido una lucha social ha sido porque los intereses de gente muy poderosa son inamovibles. En este caso, los enemigos son temidos hasta por gente tan poderosa como ellos.

A mí me gusta amar y ser amada. Ni la fama ni el poder me atraen. Entonces, cuando los pobres, a quienes sumo mi fuerza para defenderlos, quedan situados bajo el mismo campo de guerra, les invito a vivir el amor y les explico que Amor es lo que buscan todos nuestros enemigos, pero lo buscan equivocadamente: quieren ser alabados por su poder y sus riquezas, por su personalidad autoritaria, dominante e impositiva. Y, sin embargo, siempre viven con la duda de si son amados realmente, por su séquito de servidores y aparentes amigos.

Visto de este modo, me doy cuenta de que mis enemigos son dignos de compasión y no les temo. Les aviso que están equivocados, pero les dejo ganar, porque su lenguaje no es igual al mío, porque no hablamos el mismo idioma, porque no puedo «dar margaritas a los cerdos» y tengo mucho que caminar todavía.

En el Camino hay personas a las que les hace bien mi amistad y cariño, y a mí me hace bien su amistad y cariño. Eso es para mí la conquista y contra eso, no tengo con quien luchar.

Mis enemigos me han ayudado a reafirmarme en mi postura ante la Vida, me han motivado a afianzarme cada vez más en Jesús, y me han convocado implícitamente a tener cada vez más y mejores explicaciones a favor del Amor, la Verdad, la Vida, la felicidad, la alegría y la paz. Así que, gano mucho más de lo que pierdo en las guerras: gano sabiduría y libertad para compartir a los que Dios me permite encontrar en el Camino para educar, advertir, prevenir, orientar, liberar y sanar.

En mi historia ha pasado de todo un poco: he vivido guerras de muchas personas en contra de mi nombre, de mi personalidad, de mi forma de caminar en la Vida, de mis propuestas y proyectos; he sufrido traiciones de parte de personas muy amadas por mí, he sido negada un montón de veces y conozco el abandono. La primera mitad de todas estas veces sufrí mucho más que la segunda mitad.

En el Camino, aprendí que todo eso puede pasar, también aprendí a amar incondicionalmente y a gozar la libertad. La mayoría de la gente de la ciudad donde vivo, ama esclavizarse en la competencia. Gracias a la soledad, he sacado mucho fruto en la oración, en la lectura de buenos libros y en los diálogos de café con mis poquísimos pero muy buenos amigos. Uno de ellos, por cierto, me llevó a conocer el Cielo en la Tierra. Se trata de una comunidad de descendientes de yaquis y tarahumaras que viven junto a la Cascada de Basaseachi. En ese contexto descubrí que el proyecto de Jesús es real.

Hoy, en el siglo XXI, aun se vive como en las primeras comunidades cristianas que nos narran en los Hechos de los Apóstoles. Conocerlos y amarlos, me afirma en todo lo que para mí es más valioso que las guerras. De esto, mis enemigos no conocen absolutamente nada y pienso que si fueran a ese pueblecito, donde vivo mis vacaciones dos semanas cada año, dirían: «Vaya que Tere es tonta, le encanta ver hacia abajo, pobrecilla». Ya lo han dicho algunos de ellos.

Albert Llorca

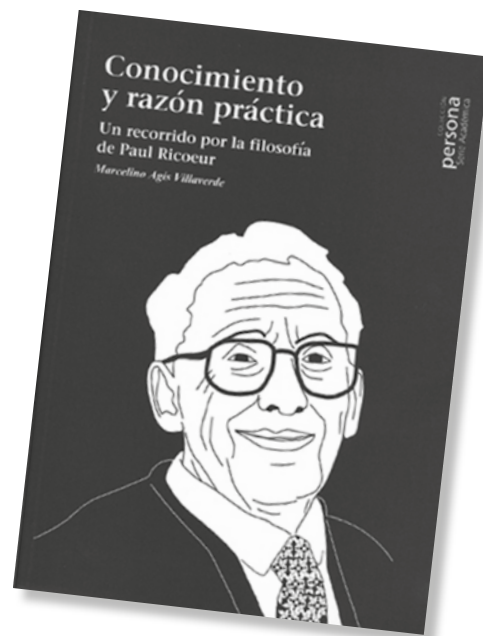
Miembro del Instituto E. Mounier de Cataluña

EN RECUERDO Y HOMENAJE A SU PENSAMIENTO Y A SU PERSONA

Durante este año celebramos el Centenario del nacimiento de Paul Ricoeur, una de las figuras emblemáticas del pensamiento europeo con vocación universal. Ha sido punto de referencia intelectual y vital difícil de calibrar para muchas generaciones de filósofos. Aquellos que le debemos buena parte de nuestro bagaje filosófico sentimos la obligación y la alegría de poder recordar y valorar su magna obra como una de las grandes contribuciones de los últimos setenta años al pensamiento y actitud personalista en el contexto de la filosofía de alcance mundial. Nos proponemos, pues, realizar una humilde recensión aproximativa de su vasta obra.

Paul Ricoeur nació en la ciudad de Valence, ciudad del sudeste francés cercana a Grenoble, donde había nacido ocho años antes quien sería uno de sus grandes amigos, Emmanuel Mounier, y con quien se conocería después de la guerra. Las influencias filosóficas contemporáneas que pesan sobre su dilatada y compleja obra son diversas, comenzando por el existencialismo personalista de su también amigo Gabriel Marcel y de la filosofía de la existencia de Karl Jaspers —a quien le dedicará un extenso libro escrito en colaboración con Michel Dufrenne—, la fenomenología de Husserl y el espiritualismo de Jean Nabert, además de la admiración que le produjo la persona de Mounier —según él mismo confiesa—, más que su obra.

Aparte de los autores citados, situados en la primera línea de influencia, encontramos también en su pensamiento la presencia de los dos grandes clásicos griegos, Platón y Aristóteles, junto a los portentosos pensadores de la ilustración alemana, Kant y Hegel. No en vano, en una gruesa autobiografía intelectual,¹ Ricoeur se autodefinirá como «un post-kantiano y post-hegeliano, a través de Husserl y Nabert». Pero además, la amplitud de miras y la fina sensibilidad de Ricoeur le hace receptivo a formas de pensar alejadas a la suya, como, por ejemplo, el psicoanálisis —en el



año 1965 dedica a Freud un libro de quinientas páginas (*De l'Interpretation. Essai sur Freud*) —, el pensamiento crítico marxista (Habermas), el pensamiento filosófico político humanista de Eric Weil, Pierre Rosanvallon, Michael Gauchet...; sin olvidar la etapa norteamericana —su estancia docente durante algunos años—, donde conoce pensadores como Richard Taylor, Elisabeth Anscombe y otros, que acoge en su enorme capacidad sintetizadora y sobre quienes escribe diversos estudios en la década de los setenta del siglo xx; siendo emblemático de ellos su sugerente libro *Discurso de la Acción*.

En un rápido seguimiento de la ruta que el filósofo traza, resulta exigible partir de la primeriza influencia que ejerce sobre él la obra de Gabriel Marcel, especialmente el sentido ontológico de la existencia corporalizada, desde la cual Ricoeur contemplará las

1. Ricoeur, P. *La critique et la conviction*, Paris, 1995, Calman-Levy.

posibilidades fundamentales del hombre, a lo que se añadirá la sutileza de la descripción fenomenológica aprendida de Husserl, pensador que estudió con entusiasmo en la convulsionada Alemania de los años treinta, y a donde había acudido a estudiar también lengua alemana. De este modo se irá sedimentando en su pensamiento su *Eidética de la Voluntad* o fenomenología práctica, que es una de sus aportaciones originales más interesantes.

La conciencia de la subjetividad humana, en su vertiente práctica, constituirá la primera clave de la denominada «existencia encarnada», que ya su amigo y maestro Gabriel Marcel había detallado, junto a la presencia ausente pero intensa figura de Paul Louis Landsberg, el filósofo del compromiso. El descubrimiento de dicha conciencia como constatación de la existencia corporal constituye el punto de partida de la filosofía de Paul Ricœur. Y tal conciencia exhibe la necesidad de afrontar un diálogo no exento de conflictos —será lo que él denominará el *conflicto hermenéutico*—, con atención a las interpretaciones objetivadoras —reduccionistas— y/o simbólicas de distintos registros: psicológico, lingüístico, sociocultural o histórico-político. Tal necesidad o exigencia que el pensador se autoimpondrá constituye el eje central de la diversa —y, a veces, aparentemente dispersa— aportación ricoeuriana.

Este tortuoso estilo de su pensamiento hermenéutico —él lo denominará la *vía larga*— pone de relieve distintos niveles que la conciencia humana utiliza en su tarea reflexiva: niveles que nos hablan de la complejidad y oscuridad que aquella descubre dentro de sí misma. La conciencia no es, ciertamente, idéntica consigo misma: su constitución esencial —eidética— nos habla del bagaje involuntario corporal que la acompaña en las formas de lo que Ricœur denomina el carácter, el inconsciente y la vida; estructuras involuntarias opuestas y resistentes a la conciencia práctica o voluntad, pero «inclinadas» y prestas para la acción de ésta.

He ahí, entonces, la paradoja antropológica: la conciencia revela en su propia estructura la apertura a lo «escondido», que no es sino su constitutiva *condicionalidad*; o si se quiere decir de otro modo, la ausencia de plena identidad o coincidencia consigo misma, como, por ejemplo, Descartes anhelaba. He ahí por qué Ricœur hablará, sobre la base de la conciencia volitiva



Fuente: Librería del Congreso de los EE UU

eidéticamente descrita y abierta a motivos, poderes y necesidades, de aquello que llamará el *lenguaje de la confesión* en el marco de la *experiencia «empírica»* de la voluntad humana. Tal «experiencia» dura y difícil del reconocimiento de la fragilidad humana —y, pues, de las limitaciones del ser humano—, constituye una clave del lenguaje indirecto y simbólico que se erige, precisamente, como intérprete de la citada condicionalidad humana insuperable, a través de los términos de símbolos míticos como el de la «caída» del hombre, de la ceguera, del destierro o el del sentido trágico de la existencia, que Ricœur encuentra en las tradiciones culturales semítica y griega; o a través de los símbolos «primarios» más elaborados de la culpabilidad, la mancha o el pecado.

¿A dónde nos conduce este *lenguaje indirecto*? A poner de relieve la indigencia que la conciencia práctica humana descubre dentro de sí misma: de modo que en ella se muestra el vínculo de la *experiencia* de la

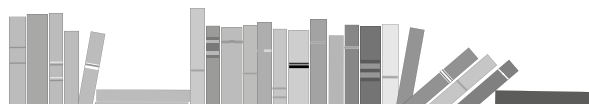
culpabilidad con la textura antropológica de la mencionada «fragilidad» o *labilidad* —el hombre como ser *lábil*—; que pasa ya a aceptarse como elemento fundamental del ser humano. La *culpabilidad*, pues, no es sino esta conciencia del mal que se gesta sobre el espacio de la debilidad insuperable o labilidad humana; de modo que aparece como resultado de la desproporción entre lo que el hombre quiere —voluntad— pero no hace —en tanto que ser condicionado y corporal—; o entre lo que no quiere y hace. Se inicia así la ruta del posterior y laborioso discurso filosófico–hermenéutico de Paul Ricœur.

Sin duda, en los anteriores análisis citados sobre la voluntad humana, tanto *eidéticos* como *empíricos*, Ricœur aporta su punto de vista a la sensibilidad y preocupación protestante —el era hugonote—, que apunta siempre en la dirección de la profundización sobre la subjetividad humana, con el fin de conocerse mejor a sí misma, en tanto que el hombre es un ser *no acabado*, sino abierto, incompleto y, por ello, *narrativo*. Por esta razón, Ricœur no dudará en dedicar un notable esfuerzo filosófico a la comprensión de las diversas interpretaciones que se realicen sobre el ser humano, no exentas de «conflictos» o lecturas opuestas y «laterales» entre ellas, como ya se ha mencionado. En este sentido, el ejercicio de su hermenéutica no es una tarea plácida; pero sí necesaria —así lo cree— y efectiva para acercarse a la realidad radical del hombre. En efecto, la ruta que dicha tarea debe seguir es, a partir de los anteriores presupuestos eidéticos y empíricos de la voluntad, integrar en una antropología progresiva del ser humano como identidad personal, las investigaciones de diversos registros simbólico–culturales —como el psicoanálisis, la fenomenología de la religión, la teleología hegeliana de la subjetividad, el estructuralismo, la semiología, la ideología y la utopía,

la filosofía del lenguaje...—, con repercusiones en terrenos tan heterogéneos como el tema de Dios, la libertad del sujeto, el sentido de la existencia, el mal, el derecho penal, el sentido del perdón, los registros del poder del estado y de la democracia, la crítica al economicismo contemporáneo... La reflexión filosófica, pues, deberá integrar las aportaciones que ofrezca el duro trabajo filosófico hermenéutico.

De esta manera, la «síntesis» antropológica que nos proporciona Ricœur obedece a una libertad implícita en la voluntad esencial por una parte, y a una maldad potencial entendida como limitación del hombre y que está vinculada, paradójicamente, a su libertad. De ahí que el cuadro resultante de tal paradoja nos deja la imagen del hombre como «*lugar*» de la *posibilidad del mal* en términos kantianos; pero no como origen de este mal. El camino hacia una superación de la condición humana limitada queda así abierto: éste es el camino de la *Poética de la Voluntad*, que deberá hacer compatible la libertad del hombre con la presencia frente a él de la Verdad o Trascendencia; proceso al cual el filósofo se acerca dificultosamente mediante su citado discurso hermenéutico–reflexivo, conjugando categorías como las de la interpretación integral–encarnada del sujeto humano, el sentido creador del lenguaje, la historicidad entendida como oferta para la acción comprometida del hombre, el testimonio, el sentido de la pertenencia al ser, la esperanza en la Verdad o la fidelidad —bajo la esfera de la «ipseidad»— o del perdón como recurso de acercamiento interpersonal —profundizando la «alteridad» implícita de la «personeidad»—, en el objetivo común de contribuir a la *humanidad* entendida, en dos expresiones suyas, como tarea de *contextualización de lo universal* y como identidad colectiva conseguida en la *claridad mediante cruce de enfoques culturales*.²

2. Ver respectivamente: p. 97, o.c. y «Cultures del dol a la tradición», trad. Oriol Ponsati, www.terrificabras-filosofia.info



El arte de cuidar. Atender, dialogar y responder

Agustín Domingo Moratalla, RIALP, Madrid, 2013. 252 páginas.

El cuidado se ha convertido en una parte central de la ética, y el libro que presentamos ofrece esta labor esencial, que consiste, como expresa la segunda parte del título, en «atender, dialogar y responder» al otro cuando nos reclama desde su vulnerabilidad y su pequeñez. Agustín Domingo Moratalla aborda, pues, uno de los temas principales de la ética (y de la bioética), y uno de los más urgentes, que se hace cada vez más necesario en un mundo caracterizado por mucho avance tecnológico, pero también por una gran deshumanización en la consideración y en el trato entre personas; todo un desafío para estos comienzos del siglo XXI.

Es verdad que la fría razón instrumental se está tornando algo más cálida, y que hoy hablamos de la necesidad de rehabilitar los valores y de despertar la atención hacia los demás. En esta dinámica se encuentra la ética del cuidado, que es ante todo un arte,

como muestra este libro, pero un arte que exige atención, escucha, diálogo y compromiso, para no olvidarnos de que el otro interpela ya desde su rostro, ni de que el misterio que es como persona merece devoción y reverencia.

Este libro ameno y de lectura grata, a la vez que riguroso y profundo, compagina tres tradiciones filosóficas muy ligadas entre sí: la fenomenología, la hermenéutica y personalismo comunitario. Ricœur, Gadamer o Mounier están muy presentes en sus páginas, como lo están también Zubiri, Taylor, Jonas o MacIntyre, en menor medida. Pero lo central es que su autor se encarga de una importante labor de fundamentación, que le es muy necesaria sobre todo a la bioética, donde la labor filosófica de búsqueda de la verdad se ha de compaginar con la misión por excelencia de la ética, que es perseguir la vida buena a través del ejercicio de la libertad, y de la atención y la responsabilidad, en el caso concreto del cuidado. Hay que subrayar la importancia de esta búsqueda de la verdad, sobre la que dirá el autor que está

«convencido de que cuando educamos en la verdad abrimos caminos para la responsabilidad» (p. 138).

«Los mimbres de una ética del cuidado para el siglo XXI —escribe Agustín Domingo— necesitan un renovado compromiso con la razón, la argumentación y la deliberación pública. La calidad del cuidado y, sobre todo, su práctica en clave de responsabilidad, exigen entrenamientos, habilidades y aprendizajes permanentes» (p. 40).

Aspectos como la libertad, el diálogo, la mediación, las éticas aplicadas o el tema de la amistad, al que se consagra un capítulo, también son tratados en este libro, donde encontraremos esta reflexión importante: que el cuidado no es tan sólo una atención solícita debida al otro, sino que lo es también para con uno mismo, para con la naturaleza, para con cuanto rodea a la persona, por más que sea ésta el primer valor, el principal, el valor más grande.

El lector de Acontecimiento está ante un libro de lectura amena, y ante una reflexión necesaria en torno a la génesis y el meollo de la tarea de cuidar. Y no va a quedar



indiferente ante la urgencia de una ética de la responsabilidad para con el prójimo y para con el mundo que nos rodea, bien anclada en las exigencias del personalismo comunitario.

Cuidado, compasión, atención, responsabilidad, diálogo... Toda una manera de vivir y de ser, centrada en la realidad misteriosa del otro, y que el autor califica como «personal, personizante y personificadora», planteada eminentemente desde la condición y constitución dialógica de la misma vida humana.

Carmen Herrando



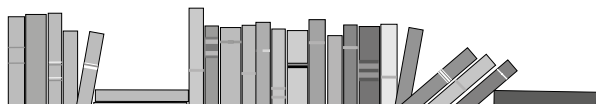
Historia y evolución de los movimientos católicos. De León XIII a Benedicto XVI

FAGGIOLI, Massimo, (PPC, Madrid 2011).

Este libro, escrito por Massimo Faggioli, miembro de la «Escuela de Bolonia», fundada por G. Alberigo, y profesor de Eclesiología e Historia en el Boston College de los jesuitas, debería ser leído por las personas interesadas en el funcionamiento de la Iglesia en el mundo actual.

La actualidad interna de la Iglesia está muy marcada hoy por los Movimientos, dice el autor, pero hasta llegar a lo que hoy conocemos como Movimientos se ha recorrido un largo camino desde el siglo XIX. Su raíz está en la reacción del catolicismo europeo en el siglo XIX ante el trauma que supuso la Revolución Francesa.

En un primer período, la actividad de los laicos estaba a la sombra de las iniciativas de la Santa Sede y de los obispos católicos de Europa. Posteriormente, co-



riendo el siglo xx, surgen nuevas agregaciones nacidas en el período posbélico y posconciliar. La iniciativa de movilización surgió de León XIII (1878–1903), y el esfuerzo de vinculación de Pío X (1903–1914). Grupos, asociaciones y organizaciones de aquel tiempo no escapaban del principio rector de la jerarquía vertical de la autoridad eclesiástica (la Iglesia era una «societas perfecta»). El desarrollo del activismo de los laicos en la Iglesia fue encajado dentro de una «acción católica» que asumió los rasgos de una organización militante de masa. Fue un intento de la Iglesia católica de contestar a una Europa que se secularizaba y desconfesionalizaba.

De Pío IX a Pío X, el movimiento católico pasa de la contrarrevolución a la «cuestión social». Los cincuenta años que van desde el Concilio Vaticano I hasta la Primera Guerra Mundial representan la cuna del movimiento católico en Europa. Todo bajo el estrecho control de la jerarquía católica. El papado, en este tiempo, habría reaccionado ante las ideologías políticas modernas, sobre todo frente a ideologías nacionalistas y a la amenaza bolchevique. La Acción Católica pasaba a ser una parte activa de la Iglesia para la «restauración del Reino de Cristo» en una sociedad considerada como enemiga. El laicado estaba para actuar según las indicaciones de la Santa Sede, y no para reflexionar o

discutir opciones pastorales o teológicas.

Pío XI y su Acción Católica representan un vínculo entre dos épocas. Surgen los movimientos de «reconquista»: el Opus Dei (1928), los Cursos de Cristiandad España (1948) y los Legionarios de Cristo (1941). Se buscaba una recatolización a partir de la selección de élites sacerdotales primero y laicales después, aunque ya Francia y Bélgica se habían despedido de su estado de cristiandad, por lo que las reflexiones iban por el papel del laico y su posición dentro de la misión de la Iglesia.

En 1950 surgió la Obra de María (Focolares), movimiento fundado por Chiara Lubich. En 1954 nació la Juventud Estudiantil, conocida desde 1969 por «Comunión y Liberación», obra de Luigi Giussani.

Desde Pío XII hasta el Concilio Vaticano II, se dio una metamorfosis del laicado católico (evolución de la eclesiología católica, diversificación de la Acción Católica, contribución de los movimientos de reforma como el bíblico, litúrgico, patristico). Aunque el Concilio Vaticano II no afrontó directamente el fenómeno de los movimientos eclesiales, sí supuso una base amplia para la legitimación de los mismos, aunque todavía era una teología del laicado concentrada en la Acción Católica junto a la jerarquía. La «primavera» de los movimientos en el posconcilio fue un efecto del clima del Concilio y de la

crisis de la Acción Católica y su modelo único. Los movimientos que sobrevivieron a la primera fase del posconcilio se tuvieron que enfrentar con la dificultad de conseguir de la institución eclesial el reconocimiento de una fórmula nueva de comunidad «extra legem» respecto al ordenamiento canónico. El Opus Dei encontró obstáculos con Pablo VI, no así con Juan Pablo II. Otros movimientos fueron aprobados: Schönsstatt, la Obra de María, el Camino Neocatecumenal, la Renovación Carismática. En esta época nació también la Comunidad de San Egidio.

En el posconcilio, en tiempos de Pablo VI, hubo problemas entre una «derecha» nostálgica del pasado y una «izquierda» insatisfecha con las reformas. Después del Concilio Vaticano II, la Acción Católica intentó reconvertirse y renovarse, pero lo hizo con bastante retraso. Parecía haber sonado la hora de los Movimientos. Juan Pablo II lo reconoció, pero los vinculó más al desafío de la Nueva Evangelización que a la necesidad de hacer de ellos la cuna del laicado. Se puede decir que Pablo VI fue el último papa de la Acción Católica.

Juan Pablo II ha sido el papa de los Movimientos. Concedió gran atención a Comunión y Liberación y al Opus Dei, y nombró un obispo que se ocupara de todos los movimientos eclesiales italianos. Las Jornadas Mundiales de la Juventud ofrecieron a los Movimientos un escenario privilegiado. Pero no se pres-

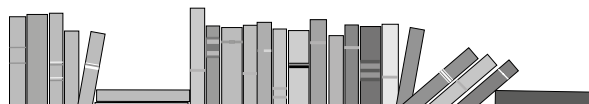
tó suficiente atención ante el problema de las relaciones internas Movimientos–episcopado y Movimientos–laicado no asociado. Juan Pablo II redujo la «comunión» de los Movimientos con la Iglesia a su «comunión» con la Santa Sede. Esto dio lugar a líneas en contra, que hablaban de Movimientos como iglesias paralelas y que teológicamente se pasaba de una iglesia territorial a una iglesia personal. De todas formas, ha habido un fortalecimiento de una serie de Movimientos inspirados en un catolicismo devocional y mariano (Padre Pío, Radio María) y otros como Opus Dei y Legionarios de Cristo, como si se quisiera retomar un régimen de cristiandad.

Benedicto XVI heredó la relación de Juan Pablo II con los movimientos eclesiales. Se han preferido los Movimientos más fieles al papa y que sirven como escudo de defensa del Primado papal y de la Iglesia, frente a un laicado más ligado a las iglesias locales que a Roma.

Ahora, con la elección del nuevo papa, Francisco, no incluido en el libro por razones de tiempo, habrá que esperar a ver su postura frente a los Movimientos.

Al final del libro se da bibliografía sobre los distintos Movimientos, incluidas páginas web, aunque hubiera sido de agradecer que para esta edición castellana hubiera habido más referencias en español.

Rafael A. Fleita



El papa Francisco. Conversaciones con Jorge Bergoglio

(Ediciones B, Barcelona 2013)
RUBIN, S. AMBROGETTI, F.

Después de la elección de Jorge Bergoglio como nuevo Papa, con el nombre de Francisco, se han comenzado a publicar obras suyas y sobre su persona y pensamiento. Unas rescatan escritos suyos y otras hablan sobre él. Ésta, en concreto, ya estaba escrita, pues fue publicada en el año 2010, cuando el nuevo Papa era cardenal de Buenos Aires. Dos periodistas le entrevistaron de forma abierta y sencilla, y el futuro Papa, contestó llanamente.

El libro está prologado por el rabino Abraham Skorka, amigo del papa Francisco, y con quien ha dialogado largamente. Le sigue una introducción hecha por los dos periodistas que dialogan con el entonces arzobispo de Buenos Aires y primado de Argentina. Aquí ya nos enteramos de que cuando resultó elegido Ratzinger como Papa, Bergoglio fue el segundo más votado. Su prestigio venía de atrás, cuando sustituyó al cardenal Edward Egan en un sínodo de obispos en el año 2001, causando una excelente impresión, además de, dos años después, ser elegido presidente de la comisión redactora del documento final de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe.

Bergoglio no es figura «glamorosa», pero sí de contenido profundo, y hasta que fue designado obispo auxiliar de Buenos Aires en 1992, cuando tenía 55 años, era un

perfecto outsider en la iglesia, no un sacerdote que venía ascendiendo en la pirámide eclesiástica. Fue el arzobispo de Buenos Aires, cardenal Antonio Quarracino, quien, atraído por sus condiciones, lo escogió como uno de sus principales colaboradores. Lo nombró vicario general y lo impulsó como sucesor, cosa que ocurrió a su muerte, en 1998.

Bergoglio, que contaba ya con gran ascendencia en el clero de la ciudad, seguiría con su incansable trabajo, compromiso y austeridad. En 2004 sería elegido presidente de la Conferencia Episcopal y reelegido en 2007. Muy preocupado por la situación de deterioro de su país, lanzó sus mensajes con Fernando de la Rúa de presidente y, posteriormente, con Néstor Kirchner, quien rompió relaciones con Bergoglio.

Para muchos, Bergoglio es el hombre del encuentro personal, que cautiva en el trato, y un pastor respetuoso con la ortodoxia doctrinal y la disciplina eclesiástica, pero dueño también de una concepción moderna y espiritual de ser iglesia y vivir el Evangelio en la sociedad actual.

El libro, de forma sencilla, va relatando la figura de Bergoglio, hoy Papa Francisco, desde que su familia llegara a Argentina procedente del Piamonte italiano, concretamente de Portacomato. Por consejo de su padre, compatibilizó sus estudios con el trabajo, en concreto en una fábrica de medias, donde se ocupó hasta de tareas de limpieza y de trabajo administrativo. El trabajo —afirma— le abrió una puerta de realismo

y le hizo entender el mandato de Dios en el Génesis.

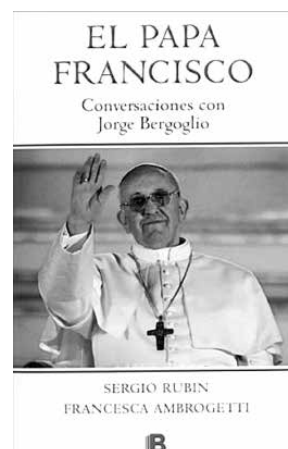
Su parte de dolor la describe cuando le diagnosticaron una pulmonía grave y tres quistes, debiendo ser sometido a una ablación de la parte superior del pulmón derecho. Desde entonces sobrelleva una deficiencia pulmonar, que no lo condiciona severamente, pero le marca un límite.

Él era católico practicante, pero fue una confesión la que le llevó a plantearse su vocación. No fue algo inmediato, sino que a los veintinueve años decidió entrar en el seminario y optó por los jesuitas. Le atraía la fuerza de avanzada que los jesuitas tenían en la iglesia. Su madre, durante años, no entendió su vocación.

Su primera experiencia como docente fue en el colegio de la Inmaculada Concepción, de la ciudad de Santa Fe, perteneciente a la Compañía de Jesús, continuando, más tarde, en el colegio El Salvador de Buenos Aires. A pesar de haber estudiado química, le adjudicaron clases de psicología y de literatura. Obtuvo gran experiencia de su etapa educativa.

Para su sorpresa, en 1992 fue nombrado obispo auxiliar de Buenos Aires y, de ahí, pasó a ser arzobispo de Buenos Aires y cardenal primado de Argentina. Y, como dice el título del libro, aunque no lo fuera entonces, Papa Francisco.

Pero no sólo es el libro una pequeña biografía, sino que también aparece en él su pensamiento y forma de ser y actuar y sus problemas, sobre todo las acusaciones de que no hizo todo lo que pudo por



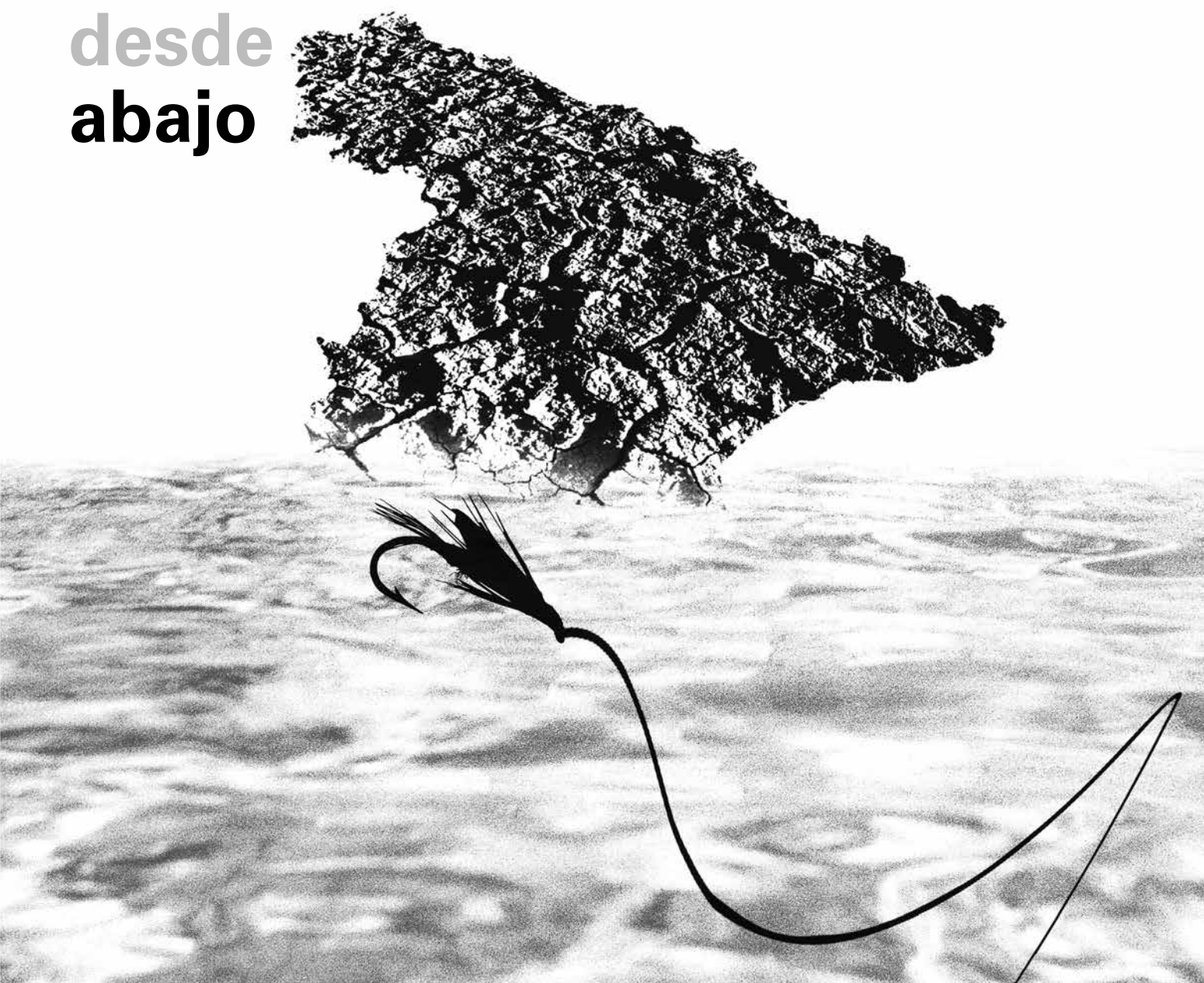
ayudar a los represaliados por la dictadura militar. Responde Bergoglio aclarando esta situación y su toma de postura a favor de todos aquellos a quienes pudo ayudar, repasando la situación en la que entonces se vivía y cómo se llegaba a un punto en el que no se podía hacer más aunque se quisiera.

Otra de las actitudes pastorales que defiende es salir a la calle, al encuentro de la gente, como un desafío, aunque traiga problemas y fracasos. Incluso, se debería ir hacia una cultura del encuentro en la que se supone que el otro tiene mucho que darme. También opina sobre el riesgo de degradar el mensaje religioso quitándole exigencia, los aspectos positivos y negativos de la teología de la liberación, el celibato, la pedofilia, el aborto... Ciertamente estas opiniones son «pinceladas», pues el libro es muy breve, pero sí que pueden marcar un estilo en el gobierno del que ya es nuevo Papa.

Rafael A. Fleta

■ Análisis

La solidaridad desde abajo



PRESENTACIÓN

LUIS FERREIRO
Director de Acontecimiento

LA SOLIDARIDAD DESDE ABAJO

Después de un lustro de crisis, con seis millones de desempleados, la mitad de ellos de larga duración, con dos millones de familias con todos sus miembros en paro, sorprende la escasa valoración que se hace del recurso a la solidaridad, cuando parecería ser una tabla de salvación privilegiada para los más desfavorecidos.

La insistencia del gobierno en la política de recortes, la presión de Europa, la extorsión de los mercados y la estructura pesada de una Administración y un sistema político que se resiste a las reformas apuntan hacia un diagnóstico: la liquidación del proyecto de Estado de bienestar, nacido de las grandes reformas sociales de la segunda mitad del siglo xx. A este proyecto le han declarado la guerra las políticas neoliberales de los últimos veinte años y, aunque no lo han desmantelado, lo han sometido a severas curas de adelgazamiento, al mismo tiempo que desarrollaban una dualización de la sociedad, cuyo segmento más débil agrupa a un creciente número de personas excluidas, prescindibles, marginales, que sólo temporalmente encuentran acomodo en el sistema económico y laboral.

Este sector excluido, los de abajo, los que no dependen de sí mismos para subsistir y aquellos sobre cuya posición precaria sobrevuela la amenaza cada vez más cierta de perder su posición, requeriría organizar la resistencia, tal como reclama Luis Aranguren, para lo cual se tropieza hoy con la precariedad de fundamentos para unificar la acción social y dirigirla a un proyecto social donde haya sitio para todos.

Hay que reconocer que existen iniciativas, que hay pequeños núcleos de resistencia, que la buena voluntad de muchas personas y algunos colectivos

sostiene algunas posiciones de humanización y da esperanza a los que ya tienen pocos asideros a los que agarrarse. Varias muestras de ello se presentan en los artículos que siguen: la familia, pese a su crisis propia, soporta el peso de la crisis social, instituciones como Cáritas, organizaciones enfocadas a un objetivo único, tales como las asociaciones contra los desahucios, etc.

Sin embargo, en conjunto se echa de menos la fortaleza que da una cultura de la solidaridad, de la que tenemos grandes antecedentes históricos en España, como el movimiento obrero de finales del siglo xix y primer tercio del siglo xx, que desgraciadamente no ha tenido la fortuna de ser enfocado por las luces de la memoria histórica. Una memoria imprescindible que hay que recuperar para iluminar un sentido comunitario nuevo, una nueva exaltación del bien común y un sentido de la ciudadanía como deber y no sólo como derecho.

El principal obstáculo que se opone al desarrollo de una solidaridad desde abajo, no deja de ser el mismo que el credo burgués ha difundido desde hace varios siglos, y que ha penetrado hasta las capas más bajas de la sociedad: el salvaje individualismo deshumanizador, que se hace carne de servidumbre en cada uno de nosotros y nos hunde en la miseria moral, siempre, y, a muchos, en la miseria material cuando las crisis arrecian.

Salir de esas miserias requiere otra cultura, otro sentido del hombre, la del personalismo comunitario es la que proponemos nosotros, conscientes de que a la humanidad le iría mucho mejor por este camino, que, siendo universal, no se para en las fronteras españolas, sino que quiere abarcar en su deseo infinito a la humanidad entera, comenzando por los últimos. 

REPENSAR EL ESTADO SOCIAL

FÉLIX GARCÍA MORIYÓN
Miembro del Instituto E. Mounier

1. UNA NUEVA CRISIS, AUNQUE NO TAN NUEVA

No resulta sencillo abordar un tema como este cuando el propio concepto sobre el que se centra la reflexión no es un concepto del todo claro, al menos no lo es en estos momentos. Algunos autores atribuyen la creación del concepto de Estado social en parte a Hegel y sobre todo a Lorenz von Stein, en la primera parte del siglo XIX. Prueba de que está sesgado por cierta vaguedad la tenemos en un hecho sencillo: el término alemán inicial es *Sozialstaat*, que los angloparlantes suelen traducir por *Welfare State* y los franceses por *État providence*. En español utilizamos el término «Estado social» y también el de «Estado del bienestar». No es el lugar de resolver tan complejo problema, pero sí conviene llamar la atención sobre ese hecho.

Por simplificar, y reconociendo que esos diferentes conceptos hacen referencia a realidades sociales, políticas y jurídicas cuyos dominios se solapan siendo en gran parte iguales, podemos distinguir un Estado social como aquel que busca garantizar, mediante las adecuadas instituciones y normas políticas, jurídicas y económicas, un determinado nivel de calidad de vida para todos los ciudadanos, independientemente de la clase social de pertenencia, de su género, edad, confesión religiosa o identidad étnica. Del mismo modo busca garantizar la participación de los ciudadanos en la vida política y social, y el reconocimiento de sus derechos fundamentales como ciudadanos. El presidente Rodríguez Zapatero, cuando presentó la ley de dependencia en 2006, dijo enfáticamente que con dicha ley se aportaba el último de los cuatro pilares que sostienen el Estado del bienestar: pensiones, sanidad, educación y dependencia. Aunque esta enumeración puede resultar algo reduccionista, creo que se ajusta bien a lo que la gente entiende cuando hablamos de Estado social o de bienestar y recoge muy posiblemente lo fundamental del mismo. Puede entenderse también como una manera sencilla de llevar a la práctica lo que afirma el artículo 1.º de nuestra actual Constitución: «España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho».

Conviene, sin embargo, no ser pretenciosos, pues de algún modo el Estado social no es un invento del mundo contemporáneo. Cuando Aristóteles definía tres modelos de Estado (monarquía, aristocracia y democracia), señalaba que todos ellos tenían como finalidad el bien común. Si el Estado no atiende ese bien común (concepto que, *mutatis mutandis*, es muy cercano al de bienestar o social), deja de ser un Estado legítimo y pasa a formas distorsionadas de vida política (tiranía, oligarquía y demagogia). Y ese principio del bien común como última fuente de legitimidad de la actuación política se ha mantenido en todas las formas de organización política desde entonces. Teniendo esto en cuenta, quizá sea más correcto decir que entendemos por Estado social o del bienestar (a partir de ahora solo hablaré de Estado social) la forma organizativa específica de lograr el bien que se forja en el mundo contemporáneo y en sociedades regidas por las relaciones sociales de producción capitalista y por la democracia representativa. No suele haber discrepancias sobre este punto, pero sí las hay, y muy considerables, cuando pasamos a las estructuras sociales, políticas y económicas que se desarrollan para conseguir ese fin. El antecedente más claro es el de Bismarck, al que sigue la fórmula desarrollada por Roosevelt tras la gran depresión y luego el gran pacto social gestado en Europa tras la II Guerra Mundial, en lo que algunos han llamado los treinta gloriosos, pues fue un momento de gran crecimiento en el que se procuró redistribuir la riqueza generada por el modo de producción capitalista para que todos los ciudadanos vivieran una vida digna. El ejemplo más sólido y más desarrollado de este enfoque de la acción política lo tenemos en los países nórdicos de Europa, pero los demás países de la Unión Europea, en especial los del núcleo fundador, también son buenos ejemplos. En España, tras tímidos intentos bajo el franquismo, que algo hizo en ese sentido, el Estado social se desarrolló sobre todo entre 1980 y 2010, momento en el que empieza la profunda crisis en la que ahora estamos.

2. UNA CRISIS PERMANENTE

La crisis no es de ahora. Desde el principio hubo un cierto enfrentamiento respecto al Estado social. No podía ser de otro modo. Los diferentes grupos o clases sociales tienen también intereses distintos y luchan para conseguir que, en la organización del Estado, primen sus puntos de vista, defiendan esos intereses particulares por encima del bien común y desarrolle actuaciones políticas encaminadas a lograr sus objetivos. Las élites del poder, lo que podemos llamar de manera más restringida la clase dominante o hegemónica, aun siendo minoritaria tiene especial capacidad para hacer valer su manera de entender la sociedad. Las clases más pobres en especial la clase obrera y los campesinos se organizan igualmente para conseguir una posición más justa en la sociedad, accediendo a un reparto de la riqueza más equitativo.

Desde los inicios, toda la corriente liberal o conservadora veía con muy malos ojos el Estado social. Por una parte, lo consideraban una manera de coartar la libertad individual y potenciar la aparición de una desmesurada burocracia estatal controladora. Por otro lado, no les gustaba la función redistribuidora que hacía pagar a los ricos más, perdiendo de ese modo parte de una riqueza privada que consideraban justa y merecida. Del mismo modo, la corriente socialista, en especial la marxista, lo criticaba por considerar que en definitiva el Estado era un instrumento de clase; aunque estaban de acuerdo con la mejora de las condiciones de vida de las clases trabajadoras, consideraban que no dejaba de ser un instrumento de control en el que, a cambio de unas migajas, las élites conseguían frenar la auténtica revolución social. En los treinta gloriosos era un instrumento más en la lucha contra los países comunistas, desactivando el potencial revolucionario que podía tener el Estado soviético como ejemplo para los trabajadores de los países occidentales.

Consolidado ya el modelo de Estado social, de fuerte impronta socialdemócrata, los neo-liberales comienzan una batalla en toda regla contra este Estado en la década de los setenta del pasado siglo. Auspiciado y fundamentado desde instituciones como la Trilateral, liderado por dos gobernantes con cierto carisma, Reagan y Thatcher, y apoyado por la élite mundial y por teóricos (economistas, juristas, filósofos, sociólogos...), se lanzó a desmantelarlo esgrimiendo básicamente los dos argumentos ya expuestos e insistiendo especialmente en los males de la burocracia estatal y en la ineficiencia e ineficacia de los servicios públicos. La obra escrita por Huntington, Crozier y Watanuki para la Trilateral, *la crisis de la democracia: sobre la gobernabilidad de las democracias* resume bien el núcleo

de la crítica y sienta las bases para el programa político de las siguientes décadas. Fue imprescindible atacar el poder de los sindicatos y hundir a la Unión Soviética, pues sin duda eran los bastiones que impedían un desmantelamiento rápido del Estado social. Del mismo modo fue necesario minar el poder de los partidos socialdemócratas, consiguiendo que cada vez estuvieran más cercanos a las tesis neoliberales. Primero la crisis del petróleo y las fuentes de energía y más adelante el lento ascenso, acelerado ya en los últimos años, de algunos países emergentes contribuyó a dar una coartada al proyecto de desmantelar el Estado de bienestar. Bajo la excusa de la competitividad y productividad de la economía occidental, han ido imponiendo fuertes recortes en todas las prestaciones sociales gestionadas por el Estado y en las condiciones laborales de los trabajadores.

Podemos dejar por el momento la cuestión de si realmente estamos ante una clara estrategia de desmantelamiento de un modelo de Estado social o más bien estamos afrontando una profunda crisis sistémica que afecta a todo el planeta, siendo necesarios ajustes muy importantes del modelo actualmente vigente. El hecho que por el momento parece indiscutible es que las políticas de austeridad aplicadas sobre todo en Europa están provocando daños muy serios al nivel de bienestar de capas enormes de la población, debilitando a las clases medias e incrementando las desigualdades. Están por llegar, si alguna vez llegan, los beneficios previstos por nuestros dirigentes, pero ya han llegado los daños. En el caso de España no deja de ser penoso que nada más comenzar a disfrutar del modelo, estemos abocados a verlo desaparecer.

3. UN ANÁLISIS DIFERENTE DE LA CRISIS

Si bien los defensores del Estado social en crisis se batían en retirada, con escasa capacidad de recuperar lo perdido, situación que puede inducir un pesimismo generalizado que acepte resignadamente la creciente degradación de la calidad de vida, lejos de caer en la pasividad parece urgente articular una defensa coherente del mismo intentando ir más allá, dado el elevado coste social que está teniendo la crisis y el muy desigual reparto de los costes de la misma. Una parte de las críticas neoliberales es sólida y fundada: basta ver lo ocurrido con el patrimonio social de las Cajas de Ahorros para desconfiar del modo en que estaba funcionando el modelo vigente; o basta contemplar el creciente clientelismo y el crecimiento de los asesores políticos nombrados por afinidades y lealtades políticas. En parte, la gente está aceptando resignada estas dañinas políticas porque tampoco confían en

ese Estado fuertemente burocratizado y clientelar que está siendo desmontado. Por tanto, puede ser fructífero plantear la crítica desde otra óptica para encontrar también otros objetivos.

El pensamiento social del cristianismo, tanto de las iglesias evangélicas como en especial de la Iglesia Católica, siempre vio con recelo el estatismo y abogó a favor de un Estado social articulado en torno al eje de la subsidiaridad: no asumir nunca tareas que pudieran ser desempeñadas por la sociedad civil. Desde planteamientos bien distintos, el anarquismo ha defendido siempre un modelo de organización social completamente alejado del Estado, mucho más del gran Estado social cuyas contradicciones intrínsecas se pusieron de manifiesto en las sociedades en las que se impuso el socialismo autoritario de inspiración marxista. Desde muy temprano, con Proudhon y Bakunin como teóricos muy lúcidos en este sentido, el pensamiento y la práctica anarquista denunció esa contradicción intrínseca, viendo en el Estado-social una especie de oxímoron: si es Estado, no puede ser social, y si es social, no puede ser Estado.

Las insuficiencias o contradicciones denunciadas por el pensamiento anarquista son, enumeradas con brevedad, las siguientes:

- ❑ El Estado, que empezó a crecer ya en los albores del mundo moderno, inicia a finales del siglo XIX y principios del XX un fuerte crecimiento que se dispara fundamentalmente por el incremento del gasto militar (Guerras Mundiales y Guerra Fría) y de las instituciones garantes del bienestar colectivo. Al crecer el Estado, y para seguir creciendo, va invadiendo competencias y potenciando un control cada vez más estricto y exhaustivo, con una fuerte tendencia a legislarlo todo. Pocas esferas de la vida privada de las personas quedan fuera de la prolífica legislación que emana de los poderes públicos. El Gran Hermano nos protege, pero también nos controla; sobre todo nos controla.
- ❑ Eso lleva consigo la aparición de una burocracia regida por una razón fría instrumental, convertida en un grupo o clase social que empieza a tener intereses propios que terminan primando sobre los intereses colectivos. La asistencia social, convertida en tarea funcional, pierde calidez cordial, con una concepción restringida de la eficiencia y la eficacia.
- ❑ La burocracia estatal está regida por fuertes principios de jerarquización, exigiendo una clara cadena de mando con una distribución asimétrica del poder. Las cúpulas de dicha burocracia, los funcionarios de élite, y en menor medida todos los funcionarios, pasan a constituirse en un colectivo dotado de gran poder que mantiene conflictivas relaciones

con los poderes políticos representativos y con las élites económicas, conflictos en los que están con frecuencia presentes intereses particulares de esa élite funcional, impropios de su condición de servidores públicos. Sus intereses por otra parte no siempre coinciden con los de los ciudadanos a cuyo servicio están y de cuyos impuestos salen sus salarios.

- ❑ Crece la tensión entre los poderes públicos, en concreto entre el aparato estatal, y la sociedad civil. Si bien la legitimidad de los primeros depende de su capacidad de atender las necesidades de la sociedad y, en el caso de las actuales democracias, del proceso de elección de los representantes políticos, es un hecho que tienen una fuerte tendencia a debilitar a la sociedad civil. La mantienen en cierta condición de minoría de edad permanente, por utilizar la expresión kantiana, provocando que, por su constante delegación de funciones, termine interiorizando su falta de capacidad para actuar y resolver problemas. Al mismo tiempo, en estrecha colaboración con las élites sociales, se genera una partitocracia que monopoliza la representación política descalificando de manera más o menos explícita la capacidad de las diferentes formas de asociación presentes en la sociedad civil para dirigir los procesos de intervención social encaminados a resolver sus problemas.

4. LA NECESARIA RECONSTRUCCIÓN DEL ESTADO SOCIAL

El Estado Social tiene problemas serios; unos proceden de la ambición de las tareas asumidas, a lo que se añaden problemas intrínsecos del modelo actual y de su gestión, y otros son consecuencia del ataque directo de los poderes interesados en lograr una diferente distribución de la riqueza. Claro está, la crisis no es la misma en todos los países, lo cual aconseja centrar las propuestas alternativas teniendo en cuenta los problemas propios de cada país. El modelo parece gozar todavía de buena salud en los países nórdicos de Europa; está debilitado ya en países como Alemania y Reino Unido, y sufre un problema mucho más serio en los países del arco mediterráneo. Muchos países de las economías emergentes apenas tienen atisbos de lo que entendemos por Estado social.

Como hemos visto en el apartado anterior, conviene romper con el marco de la discusión que ha sido impuesto por los neoliberales en el poder, que buscan el Estado mínimo cuya función básica y prioritaria es garantizar sus privilegios; es lo que el sociólogo Christopher Lasch ha llamado la rebelión de las élites. No se

trata de discutir si tenemos que optar por un Estado mínimo o recuperar un Estado máximo. Se trata más bien de dar prioridad al segundo término del modelo, lo social, recuperando los ejes de la democracia (libertad, igualdad y solidaridad) como elementos irrenunciables de una actuación política seriamente encaminada a garantizar la calidad de vida de la ciudadanía y a potenciar el ejercicio activo de esa ciudadanía como garante democrático frente a las derivas autoritarias o elitistas de los Estados actuales. Enumero las líneas de actuación que deben convertirse en ejes prioritarios de un programa de intervención política alternativa:

- En primer lugar debemos construir una forma de organización política (a la que podremos llamar Estado, pero solo en ese sentido general de estructura organizativa necesaria para la gestión de los asuntos públicos) que garantice la seguridad personal de todos sus ciudadanos, haciendo posible el acceso a los satisfactores materiales correspondientes a las necesidades básicas de los seres humanos. Es imprescindible romper con un modelo que ha impuesto la identificación de la satisfacción de necesidades con el consumo, en gran parte compulsivo. Al aceptar ese modelo, ha sido necesario aceptar la financiación a crédito del gasto, sobre la que se ha cimentado en parte el desmesurado poder del capitalismo financiero que degrada irremisiblemente el ejercicio de la soberanía popular.
- Es un requisito ineludible mantener abierto el debate público sobre las políticas necesarias para garantizar la calidad de vida de los ciudadanos y la reconciliación de los diversos intereses en juego. La democracia deliberativa no puede centrarse exclusivamente en la reflexión sobre programas políticos en vísperas de citas electorales, sino que debe empapar la vida cotidiana y plasmarse en ámbitos específicos, como pueden ser los presupuestos participativos o los órganos de intervención en la gestión de los servicios públicos ya existentes. El debate además no debe limitarse a los medios sino que debe llegar a la discusión de los fines: lo importante es sobre todo el tipo de sociedad que queremos construir, pues es el fin el que condiciona la reflexión sobre los medios, aunque luego los medios disponibles puedan imponer ciertas condiciones sobre la consecución de esos fines.
- Lo anterior implica, como es obvio, potenciar la democracia participativa. Los ciudadanos no pueden reducir su intervención al ejercicio del voto. Deben participar, ejercer la ciudadanía, en la vida cotidiana y en pluralidad de ámbitos. En algunos casos, sobre todo en las condiciones actuales, la participación pasa por la acción directa reivindi-

cativa para poner freno a políticas nocivas, como son las actuales medidas de austeridad absoluta; en otros casos, conlleva la creación de órganos de participación en la gestión a los que hacía alusión en el anterior párrafo. En general exige que los ciudadanos empiecen de inmediato a implicarse en la vida pública, al menos en los ámbitos que más cerca están de sus intereses específicos.

- Un déficit propio de la sociedad española es la notable debilidad de la sociedad civil. No me refiero a las redes familiares o incluso a los modos de convivencia social a nivel de barrio, pues en ambos ámbitos hay una activa implicación que ayuda a entender cómo está haciendo frente a la crisis gran parte de la sociedad y la escasa presencia de fenómenos de xenofobia, racismo o populismo. El punto débil es la escasa presencia de sociedades organizadas con un cierto nivel de institucionalización que ofrezcan apoyo y continuidad a la participación activa de los ciudadanos en la construcción de una sociedad más justa. Y la escasa articulación de modelos de organización familiar, económica y educativa, por citar tres ámbitos de gran importancia, en los que las personas no sean clientes consumidores o trabajadores explotados sino miembros activos en relaciones de igualdad fundamental.

5. NI MÁS NI MENOS

Valga como breve coda final esta afirmación breve y clara: ni más (Estado) ni menos (social). No queremos más Estado social tal y como hasta ahora se ha organizado; estamos ahitos de burocracias poco operativas y de clientelismos perversos que terminan convirtiendo lo público en cortijo particular del que se aprovechan quienes acceden a la gestión de la cosa pública. Queremos funcionarios que sean genuinos servidores públicos y queremos que desaparezcan la casi totalidad de asesores de confianza y de puestos de libre designación en la administración. No queremos menos servicios sociales, pues son fundamentales para garantizar una justa distribución de la riqueza, basada en la inclusión de todas las personas. Queremos unos servicios públicos en los que los ciudadanos seamos agentes activos de nuestras propias vidas y no simples usuarios cuya voz no es apenas tenida en cuenta. Queremos unos servicios públicos presididos por la búsqueda del bien común, no secuestrados por los intereses partidarios y partidistas de quienes acceden a los sitios desde los que se pueden controlar dichos servicios. Queremos, en definitiva, unos servicios sociales genuinamente democráticos.

No queremos más; tampoco queremos menos. 

ORQUESTAR LAS RESISTENCIAS

LUIS ARANGUREN GONZALO
Miembro del Instituto E. Mounier

Cuando comienzo a escribir este artículo salta por las ondas el dato de los 6.200.000 parados en España. Durante la cena, mis dos hijos —universitarios— me confiesan que ellos se irán del país a buscar trabajo. Me acordaba de la viñeta de El Roto, «hay que alentar a los jóvenes a salir del país, no sea que pretendan cambiarlo». Definitivamente estamos entregando a las futuras generaciones un país no solo más empobrecido y fragmentado sino moralmente más hundido en su propia incapacidad para sobreponerse.

Mientras que unos y otros ponen fecha a la salida del túnel de la crisis, aumenta la brecha social y los niveles de desigualdad son los más altos de la Unión Europea. Al tiempo, las encuestas siguen dejando bajo mínimos el nivel de credibilidad de las instituciones políticas. Durante el año 2012 se ha realizado estadísticamente una protesta callejera cada ocho horas. El desencuentro entre la ciudadanía y la democracia representativa es tan significativo como casi irreversible.

Y al calor de tanto dato negro, el discurso dominante continúa siendo perverso, utilizando un lenguaje lamentable. Los ajustes y recortes son el nuevo nombre

de la desposesión de derechos básicos, mientras que las políticas de austeridad en realidad encubren la matriz depredadora del sistema. Soportamos un discurso que trata de culpabilizar al médico, a la profesora, al basurero o al conductor del metro. Buscan vaciar nuestra inteligencia con alegatos estúpidos que no tienen credibilidad ni para quienes los emiten día tras día. Incluso hay una nueva educación emocional en marcha donde se nos anuncia con qué estado de ánimo amanecen cada día los mercados: hoy nerviosos, ayer tímidos, mañana quizá con miedo; al euro le asalta el mal de la turbulencia. Los mercados cobran rostro sentimental mientras que los más de seis millones de parados con los que nos desayunamos en estos días son apenas una cifra.

Al discurso dominante le acompaña una praxis que trata de dar paladas y paladas agujero abajo, para hundirnos más y más hacia un abismo aparentemente controlado, cuando ignoran que el caballo desbocado del capitalismo fi-



nanciero solo funciona bajo el criterio de la voracidad sin límite. El sistema depredador necesita del terror difuso que despliega más policía que manifestantes por las calles, que gobierna sonriendo al FMI y a los grandes poderes financieros y que persigue la parálisis de la sociedad civil o que ésta sólo se distinga como gentil dama de la beneficencia en tiempos convulsos, para atender a los que van quedando en la cuneta. Y mientras, el poder político ya no tiene dónde esconder tanto dinero público robado.

Algunos analistas interpretan que se ha fracturado el vínculo histórico entre capitalismo, Estado del bienestar y democracia. Otros pronostican que esto va a explotar y el estallido social se encuentra a la vuelta de la esquina. ¿Cuánto sufrimiento más hay que infligir a tanta gente? Fernando Vidal explica que cuando un país ha sufrido mucho, cada dolor adicional es más intolerable y tiende a hacerse más insignificante; es decir, perdemos progresivamente la escala del dolor. Ciertamente, tras la crisis no habrá un regreso a un tiempo pasado; pero ello no exime nuestra responsabilidad de buscar nuevos caminos desde la defensa de los derechos que han sido quebrantados. Por mi parte, entiendo urge la tarea de encontrar renovados vínculos personales y sociales, y eso pasa por organizar espacios de resistencia frente a la desertización forzada de una ciudadanía extraviada.

Esta resistencia ética pasa por colocar en el centro de la vida social y política a la persona, para que cada cual pueda desarrollar su proyecto de vida y para que esta sociedad no permita que nadie sea expulsado de ella. Desde ahí las formas de apoyo mutuo no han de perder el norte del rostro del prójimo herido, mientras que la política debe priorizar el desarrollo de las personas y de las comunidades, y en esa prioridad se apunta al lugar al que debe subordinarse la economía. Apuntamos, pues a espacios de resistencia activa que reclaman cuestiones tan obvias como que los fines son fines y los medios, tan solo medios. Orquestrar estas resistencias es una de las maneras en las que podemos formar parte del gran movimiento global que ha de acompañar a la humanidad a una nueva etapa presidida por la humanización de sus fundamentos, vínculos y estructuras.

1. LA PERSONA: ENTRE LA INDIVIDUALIDAD Y LA SOCIABILIDAD

Ciertamente la propaganda neoliberal tiende a fragilizar la trama colectiva individualizando tanto los problemas

como las soluciones. El individuo tomado como burbuja autorreplegada en sí misma y que en lugar de brazos para abrazar muestra púas para defenderse de todo y de todos, es funcional al sistema. El personalismo comunitario nos enseñó a armonizar la individualidad con la sociabilidad de cada persona, de modo que al movimiento de concentración y de dominio de sí le acompaña el movimiento de expansión y de entrega. Jean Lacroix describió que «la persona es persona en la medida en que es consciente de la orquestación universal en la que se inserta su papel individual».¹ De ese modo cada cual elabora de modo consciente su propia historia personal y junto con los demás seres humanos participa de ese viaje colectivo que es la historia compartida. Ambas historias se solapan y traban en la experiencia de construcción consciente, una construcción que se torna en resistencia ante el depredador de guante blanco que aniquila voluntades; así, la resistencia ayuda a emerger a la persona toda, que se encuentra por encima de lo individual y de lo social, aunque sólo mediante ambas dimensiones se realiza.

De nuevo conviene recordar que la auténtica revolución ha de ser indisolublemente individual, de cada cual, y comunitaria, de la sociedad civil organizada, y sólo fracasa, como intuyera Lacroix, en la medida en que se sacrifica uno de los dos términos al otro. La resistencia, entonces, es una armónica orquestación de la dialéctica que organiza nuestro yo individual y que expande nuestro deseo de donación hacia los demás.

En estos momentos históricos esta armonización incide especialmente en algunas características:

- ❑ *Confianza básica.* La confianza en el fondo está siendo moneda de cambio para justificar los males de nuestra economía. No confían los mercados, ni los inversores. La confianza se convierte en un *karma* que nos hunde progresivamente en un «nadie se fía de nadie». Y precisamente si algo debemos recuperar en este momento es la confianza básica de cada cual en sí mismo. La experiencia de la confianza básica da forma al vínculo esencial de cada persona consigo mismo, con la realidad que pisa y habita, y eso le permite orientarse con firmeza hacia los demás. Esa experiencia es el núcleo de la esperanza y de algún modo alimenta el coraje de existir, del que hablaba Tillich.
- ❑ *Búsqueda de sentido.* Como en otras épocas el ser humano se sigue haciendo las mismas preguntas, le acucian los mismos temores sobre la vida y la muerte, las mismas angustias ante un futuro in-

1. Lacroix, J., *El sentido del diálogo*, Fontanella, Barcelona, 1964, 71.

cierto. En el agujero de la crisis bien está horadar hasta llegar a aquellas fuentes de sentido que nos ayuden a vivir la vida y no sólo a estar vivos. Transitar por tanto sinsentido en la esfera económica y política ha de habilitar nuevos accesos a un sentido de vida personal mejor orientado. La pregunta no es qué sentido tiene la crisis para mí sino qué sentido le sigo dando a mi vida en medio de esta crisis, hacia dónde la dirijo, con qué convicciones la conduzco.

- ❑ *Autoestima.* Cuando la culpabilidad se convierte en ideología que justifica el desorden establecido; cuando de este modo se crean dudas en las personas; cuando se incide de lleno en el ánimo, especialmente de aquellos que ya están sufriendo de lleno el desempleo, el éxodo y la precariedad, entonces conviene sumergirse en el pequeño tesoro de cada cual, allí donde la autoestima emerge y se reivindica como el necesario amor hacia uno mismo, un amor que, lejos del egoísmo narcisista, identifica, valora y activa de modo pleno las propias capacidades.
- ❑ *Optimización de recursos.* Sin desperdiciar tanto recurso de carácter instrumental, que pareciera que fueran los únicos existentes, conviene activar aquellos recursos que nos permiten crecer desde nuestro propio quicio personal, ahí donde —aunque nos vapuleen— conseguimos mantenernos firmes. Son recursos que tienen que ver con el alimento del pensamiento y la capacidad crítica. Igualmente se nutren de las propias convicciones y valores que nos completan como personas y a los que aspiramos día a día.
- ❑ *Coraje* ante la propia vida que nos queda por hacer. El coraje se sustenta en la creencia en uno mismo, por encima de otras consideraciones, especialmente las ajenas, las que etiquetan, las que encasillan. Es tiempo de coraje para que la queja se torne en propuesta y no nos instalemos en la rabia indefinida.
- ❑ *Autonomía.* De este túnel saldremos de la mano unos con otros pero no de la mano del líder de turno. La autonomía personal es la garantía de que finalmente cada persona se hará responsable de su vida, sin dependencias, sin sumisiones indebidas. Conducir la propia vida tiene que ver con tomar las decisiones que tocan como persona. Es hora de protagonizar, ser autores y no sólo espectadores de los encubrimientos ideológicos y las deformaciones de la realidad que nos ofrecen los medios de comunicación social. Salir de esa trampa ideológica sólo se hace desde el cultivo de una autonomía responsable.

2. EL APOYO MUTUO: ENTRE LO SECTORIAL Y LO COSMOPOLITA

Uno de los máximos contenedores de la explosión social que aún no ha estallado tiene que ver con la solidaridad primaria de buena parte de este pueblo. Especialmente las familias están haciendo de soporte básico a tantas personas, a tantos hijos y nietos, a tantos allegados que ya no tiene a quién recurrir. La red solidaria más próxima está ahí y funciona, pero de tanto estirar está a punto de romperse. Las familias no pueden convertirse en la estructura subsidiaria por excelencia de unas políticas sociales públicas que están desapareciendo progresivamente. El capital social de buena parte de la población es una fortaleza que hay que realimentar y felicitar constantemente, pero no es la solución. Y probablemente, ante la fecha de caducidad segura de esta ayuda inmediata familiar, lo peor de la crisis en términos sociales está aún por llegar.

En todo caso ese capital social ha de adentrarse en todos los poros de la sociedad civil para que ésta emerja y se desarrolle a la altura del momento histórico que vivimos. Sólo una sociedad civil que muestre signos de coraje cívico podrá contrarrestar el formidable poder arbitrario de las administraciones públicas y de los dictámenes económicos. José Luis Sampedro nos recordaba que las personas tenemos el deber de vivir la vida; los deberes básicos nos remiten a una cierta deuda social que cada persona contrae por el mero hecho de ser persona y de llegar a *término sólo en sociedad*. Desde ahí oteamos un *nosotros* que nos constituye, y apreciamos un vínculo que transforma la comunidad humana en comunidad moral.

Contamos con algunos ejemplos donde nuevas formas de apoyo mutuo y de creación de lazos solidarios se están afianzando durante estos últimos meses. Tras el 15M se han multiplicado las formas organizadas y espontáneas de apoyo mutuo entre nosotros. Especialmente a través de la red (el ejemplo más conocido es www.change.org) se crean improvisadas plataformas de solidaridad, desde el apoyo a un médico para que sea readmitido tras ser expulsado por una discapacidad física a la solicitud de viviendas sociales o la exigencia de que no se cierre un centro de salud.

Por otra parte, conocemos los numerosos movimientos que en torno a los recortes y privatizaciones en los ámbitos de la sanidad, la educación, fundamentalmente, han tomado las calles y han alzado su voz. Entre ellos especialmente destaco al colectivo «Jóvenes sin futuro», y su lema «no nos vamos, nos echan» y a la Plataforma Antidesahucio.

Ciertamente no es momento para los movimientos de largo recorrido y de reivindicaciones planetarias. Ac-

tualmente, el apoyo mutuo aparece con el derecho vulnerado, con la casa expropiada, con la petición de ayuda social cuando ya no se puede pagar la calefacción o el agua. Datos y casos concretos, de carne y hueso. Probablemente se trata de plataformas de duración efímera, con los días contados, lo cual no enturbia ni el valor ni el sentido de las mismas. Son formas de apoyo mutuo que en muchos casos han demostrado que la realidad concreta a veces es modificable, que se pueden cambiar ciertas cosas que tienen que ver con el entorno cercano, lejos de la justicia social para todos. Otra característica que importa destacar es que nos encontramos ante personas sin afiliación conocida que se agrupan. Es la militancia de la gente corriente, indignada, sufridora de derechos vulnerados, que abre el abanico de la participación más allá de la vanguardia omnisciente de otras épocas.

Una nota común de estas mediaciones solidarias es su fragmentación. Por eso urge que pasemos de las plataformas sectoriales a los movimientos cosmopolitas, donde se puedan mantener y orquestar las reivindicaciones particulares con las denuncias globales de fondo, que se encuentran tras cada uno de los tentáculos de la crisis. Si el vínculo social catapulta responsabilidades morales para defender *lo nuestro* (como médicos, como profesores, como extranjeros, como jóvenes o como jubilados), es preciso saltar del vínculo social a la obligación moral de tratar de universalizar lo que queremos para los nuestros, que igualmente lo sea para el conjunto de la sociedad. El *nosotros* que se nos impone como sociedad civil tiene escasas diferencias por sectores sociales. La causa es común y los diferentes movimientos y plataformas, legítimamente constituidos, han de saber acompasar las diferentes mareas y apuntar a un horizonte compartido.

Por eso mismo es necesario buscar espacios comunes, más allá de los espacios públicos. Compartimos el aire, los valores emancipadores heredados, la cultura recibida, y del mismo modo somos creadores de espacios comunes que tienen que ver con iniciativas, propuestas y alternativas que nos deben conducir a un desarrollo humano y justo. La noción de *procomún*, esto es, la consideración de bienes que nos son comunes, debe apuntalar la necesaria recreación de la solidaridad en este tiempo. El llamado *procomún* es aquello

que nos conduce a fomentar una cultura y una práctica precisamente de lo común que a todos nos pertenece, y no somos sus propietarios, que es cosa bien distinta.² Entiendo que el componente cosmopolita que necesitan nuestras plataformas de apoyo mutuo ha de alimentarse, entre otras, de las prácticas históricas comunales y de la conciencia de las creaciones sociales compartidas que constituyen caminos por donde se ha de nombrar la solidaridad hoy.

3. LA POLÍTICA: ENTRE LA INCIDENCIA PARTICULAR Y LAS INTERDEPENDENCIAS

Sin duda, la solidaridad y el apoyo mutuo se encuentran políticamente mediatizados. Más en los actuales momentos. Esto quiere decir que la misma inercia solidaria ha de buscar puntos de apoyo en un momento donde el populismo y el vacío de poder pueden hacerse con el poder político. En plena caída en picado de la democracia representativa hemos de vislumbrar un nuevo contrato social que nos incumba a todos. Por otra parte, los movimientos de apoyo mutuo han de trabajar por frenar la voracidad del capitalismo financiero. El mercado ha tratado de expulsar al Estado del campo de juego y la realidad social ha caído en manos de poderes exclusivamente financieros. En palabras de Ramonet hay que volver al sentido común, «a un keynesianismo razonable: tanto Estado como sea necesario y tanto mercado como sea indispensable».³

Este sentido común, a mi entender, pasa por la coordinación de las interdependencias que organizan la cosa pública, porque las vías únicas se han agotado, porque un nuevo tiempo nos dice que las viejas formas de organizarnos ya no nos valen. Y este esfuerzo creativo supone pacto, reconocimiento y reciprocidad. De esa manera, elevaremos el listón de la participación ciudadana a una categoría política que está por estrenar.

La resistencia en el orden político pasa por crear nuevas formas de incidencia y de presencia política, de manera que ensanchemos y profundicemos el campo de acción política. El final de la democracia aliada del economicismo depredador ha de ser tránsito de otro modo de hacer política, donde la ciudadanía suba un peldaño más en sus posibilidades de decisión. 

2. Recomiendo vivamente el estudio y debate del nº 165 (2013) de *Documentacion social*, «Los bienes comunes: cultura y práctica de lo común». Especialmente lúcido resulta el artículo de ZUBERO, I., «De los 'comunales' a los 'commons': la peripecia teórica de una práctica ancestral cargada de futuro», 15-48.

3. *El País*, 22/04/2013.

LAS ONGD, NUEVOS RETOS PARA NO DESAPARECER

CARMELO RAMÍREZ MARRERO

*Consejero de Solidaridad Internacional
del Cabildo de Gran Canaria*

Las Organizaciones No Gubernamentales para el Desarrollo son una realidad muy plural y con una temática variadísima que vienen canalizando el deseo de muchas personas para desarrollar un cierto compromiso social, con una fuerte carga de despolitización y de conciencia asistencialista y paternalista en muchas de ellas, que normalmente responden a los hechos y muy poco a las causas que generan los múltiples problemas que tratan de afrontar.

¿EN QUÉ SOCIEDAD DESARROLLAN SU ACCIÓN LAS ONGDS? SEÑALAMOS ALGUNAS CARACTERÍSTICAS:

Vivimos en un *sistema capitalista neoliberal* al servicio del poder económico que impone sus reglas y sus condiciones en todos los ámbitos del vivir humano: la política, la economía, la cultura, la educación, la familia, la organización social, etc.

- ❑ Su *influencia es global, es internacional*. Las decisiones cada vez están más alejadas de los ciudadanos y se llevan a ámbitos supranacionales: CE, BCE, FMI, OMC,... por lo que el papel de los Estados es cada vez menos soberano y el de los ciudadanos y sus organizaciones queda reducido a asuntos «domésticos» y sin posibilidad alguna de participación y control. No existe una democracia real.
- ❑ Desde estos ámbitos supranacionales *se impone una política ultraconservadora* con unos mensajes manipuladores:

- «Vivimos por encima de las posibilidades».
- «Hay que recortar el Estado del bienestar: sanidad, educación y servicios públicos».
- «Políticas de austeridad, es decir, de recortes sociales».
- «Eliminación de los derechos laborales para crear empleo».
- «La solución está en privatizar los servicios públicos».

- «Incrementar los impuestos a las clases medias y bajas y recortar las pensiones y los subsidios».
- *La política a favor de los pueblos empobrecidos y de los sectores sociales más marginados*, a los que las ONGD dedican básicamente su tiempo y sus recursos, *queda en último lugar en las prioridades de las instituciones públicas* y también en la conciencia de muchos ciudadanos que opinan que «primero hay que pensar en solucionar nuestros problemas y después vendrá lo de fuera».

La dependencia de muchas ONGD de los recursos de las instituciones públicas hace que se debiliten extraordinariamente y en muchas ocasiones desaparezcan.

- ❑ El *abismo entre países enriquecidos y empobrecidos se incrementa exponencialmente*. Cada vez están más alejados los «Objetivos del Milenio», a pesar de la propaganda de la ONU. No hay una respuesta estructural a la agresión planificada del sistema neoliberal. En los mismos países desarrollados se incrementan también las diferencias entre los sectores enriquecidos y empobrecidos.

En este contexto político, social y económico, el papel que vienen desempeñando las ONGD es contradictorio y muy diverso.

❑ Aspectos positivos (señalamos algunos):

- Canalizan la aspiración de muchas personas de propiciar otro modelo de sociedad basado en la justicia, la igualdad y la solidaridad.
- Una conciencia, en algunas ONGD, de globalización del problema de la pobreza y de afrontar no sólo los hechos sino también las causas.
- Una denuncia de la estructura política y económica que favorece e incrementa la pobreza y la dependencia.

- Para mucha gente que sufre el drama de la pobreza son la única esperanza de salir del agujero.
- Canalizan respuestas espontáneas de ciudadanos que están al margen de las organizaciones políticas o sindicales y que estas organizaciones responden.

❑ Aspectos negativos (señalamos algunos):

- En la mayoría de los casos hay una dependencia casi total de los recursos económicos de las instituciones públicas, por lo que su nivel de control es evidente.
- Fuerte conciencia asistencialista en la mayoría de las ONGD, al no tener una estrategia de respuesta estructural al sistema neoliberal.
- La atomización de las ONGD hace que no sean consideradas por el sistema como una respuesta alternativa al mismo, además de que tampoco se lo plantean.
- La burocratización de muchas ONGD provoca que bastantes recursos se queden por el camino y no lleguen a los destinatarios.
- El no disponer de recursos económicos y humanos propios aumenta su debilidad y su dependencia a todos los niveles.

Vivimos en la actualidad una situación de crisis económica, política, social, moral y alimentaria. La inmensa mayoría de los países empobrecidos la vienen soportando desde hace siglos. En los países enriquecidos se ha agudizado en la última década, en que el poder económico dominante impone sus reglas, pero que con el carácter global y la aparición de los llamados países emergentes no sólo complejiza la comprensión del problema en sus causas, sino que configura un escenario mundial donde la desigualdad, el hambre, la violencia, las guerras provocadas, las agresiones económicas y

financieras favorecen el miedo, la incertidumbre, la insolidaridad y el «sálvese quien pueda».

En este escenario difícil y complejo, las ONGD deben afrontar algunos retos inaplazables, si no quieren estar expuestas a su desaparición en este vendaval neoliberal:

- ❑ Tener *conciencia de la sociedad en que vivimos* y denunciar las causas de este sistema que provoca pobreza, muerte y violencia sin escrúpulos de ninguna clase.
- ❑ Contemplar en *el quehacer de cada ONGD* no sólo acciones contra los efectos sino también la dimensión estructural y global del problema.
- ❑ *No depender* para su funcionamiento y cumplimiento de sus fines de la financiación en exclusiva de la Instituciones Públicas.
- ❑ Propiciar una organización y funcionamiento interno *transparente y democrático*. Evitar la burocratización, y favorecer la militancia y el trabajo voluntario.
- ❑ Tener claro que el motor que puede propiciar un cambio real del sistema es la *solidaridad estructural*, no el asistencialismo.
- ❑ Favorecer *niveles de coordinación* de las distintas ONGD, algo muy difícil teniendo en cuenta la identidad de cada una y las realidades internacionales.
- ❑ La dimensión internacional exige *solidaridad de ida y de vuelta*, por lo que el protagonismo de las organizaciones sociales de los países y pueblos empobrecidos es esencial.
- ❑ Trabajar *la formación y la información* a la opinión pública. Crear conciencia social de la dimensión de los problemas impulsando la *movilización social*.

Es fundamental cambiar esta política al servicio de unas minorías por otra política que tenga como ejes el bien común a nivel nacional e internacional. Ello sólo es posible hacerlo desde la militancia política solidaria con los empobrecidos. [A]

LA ESTRATEGIA DE LOS CÍRCULOS CONCÉNTRICOS: DEL INDIVIDUALISMO A LA ACCIÓN COOPERATIVA

M.^a AMOR BARROS DEL RÍO
Promoción solidaria

PUNTO DE PARTIDA

La capacidad de análisis, discernimiento y riesgo de cada uno de nosotros está necesariamente tamizada por nuestras experiencias previas. Éstas, junto a una gran parte de nuestro yo que a menudo pasa inadvertida, nuestra natural inclinación a la trascendencia, son los elementos que nos caracterizan como seres humanos activos en inmersos en un momento histórico determinado.

Para nuestro posicionamiento ante el devenir, también tienen una importancia nada desdeñable las ideas aprendidas, estudiadas u oídas de otros, que de alguna manera podemos llegar a ser capaces de inferir sobre nuestra realidad y utilizar como instrumento de juicio.

Finalmente, toda nuestra comprensión tanto del mundo que nos rodea, como de lo inmaterial, se filtra a través del ordenamiento normativo e institucional que varía según contextos y geografías, pero que determina también el orden de las cosas.

Lejos de pretender sumergirnos en un determinismo nihilista de nuestra existencia, la intención de estas líneas es presentar al ser humano como multifacético y dinámico, capaz del cambio dentro de sus limitaciones connaturales, y con un deseo profundo de elevación sobre sí mismo que en última instancia le lleve a practicar la cooperación en todos los ámbitos de actuación.

EL SER PERSONA

El siglo XXI se caracteriza, entre otros aspectos, por la exaltación perversa del ser humano como individuo

epicentro de todas las cosas. Y digo perversa, porque lejos de promover el cultivo de las capacidades humanas físicas, intelectuales y espirituales en favor de un crecimiento integral, nuestros sistemas educativos, sanitarios, legislativos, nuestro ordenamiento social en su conjunto, favorece la parcelación de todas ellas, centrándose en unas u otras, potenciándolas de forma disgregada y obteniendo, al fin, seres humanos en desequilibrio. Materialismo (fundamento ideológico) y consumismo (práctica que otorga prestigio, autonomía, autoafirmación),¹ ambos sostenidos en gran medida por la manipulación mediática, son dos caras de la misma moneda. Este tándem absolutamente legitimado juega con la utopía de saciar las tres tendencias naturales del ser humano: la tendencia al ser (reconocimiento), al poseer (acumulación) y al placer (sensaciones), todas ellas de por sí apresuradas, escalables e insaciables. En esta trilogía, descansa el parangón del modelo arriba indicado.

Entonces, ¿cómo salir de este bucle opresor? Anselm Grün, teólogo y abad benedictino explica: «el arte de vivir en profundidad consiste para mí en seguir la pista de mi vitalidad, en fiarme de mis deseos profundos y dejarme guiar por ellos hacia la infinitud y la libertad, hacia el amor y la vida plena».² Seguramente pensaremos que es fácil para un monje benedictino hablar así, siendo su rutina diaria favorable al recogimiento. Es posible, pero cada uno de nosotros estamos moralmente obligados a actuar sobre nuestras propias circunstancias y sólo un ejercicio de objeción frente a la escala de valores establecida nos puede ayudar a encontrar el epicentro ante la dispersión que nos distrae. No queda más remedio que complicarse intentado ser más sencillo. Movimientos recientes como «decrecimiento»³ o «slow»⁴

1. Bauman, Z. *Trabajo, Consumismo y Nuevos Pobres*. Gedisa. Barcelona: 2003.

2. Grün, A. *El Libro del Arte de Vivir*. Sal Terrae, Santander: 2003: 38.

3. Movimiento de origen francés. Más información en <http://decroissance.free.fr>

4. Este movimiento pretende «iluminar la posibilidad de llevar una vida más plena y desacelerada, haciendo que cada individuo pueda controlar y adueñarse de su propio periplo vital». Recogido de www.movimientoslow.com

denuncian las graves injusticias globales del capitalismo y plantean la reducción de las necesidades materiales y la sencillez como salida al sistema capitalista que desvirtúa la esencia no sólo humana, sino también la naturaleza que nos envuelve.

Por otra parte, ese personalismo desvirtuado que hemos descrito inicialmente debe combatirse, además, desde la acepción de persona extrínseca a uno mismo, es decir, desde la concepción del otro como igual a uno mismo. El círculo de transformación que hemos iniciado y en cuyo centro está mi «yo», no puede reducirse a una referencia tan pobre y limitada, sino que debe ampliarse para ver en cada una de las demás individualidades el valor y la dignidad de ser persona. Frente al modelo prevalente de individuo con éxito y poderoso, nuestras sociedades minusvaloran al resto de seres humanos que no cumplen dichas características. Mujeres, infancia, ancianidad, discapacidad, marginación, etc., son realidades individuales que bajo este prisma quedan a la sombra, porque sólo quien tiene capacidad de tener, de dominar, es objeto de deseo para el sistema. Y así, para esos otros restos queda la parte oscura, el mercadeo que, según su valor, les condena al ostracismo, la esclavitud, la invisibilidad, el trabajo silenciado... Sin embargo, movimientos como los Sin Tierra (MST) en algunos países latinoamericanos, especialmente en Brasil, recientemente extendido también a los campesinos pobres en la India, son muestra del valor de la alteridad en toda su dignidad. En la acogida, en el reconocimiento del otro, se demuestra que donde no había esperanza, se alza la grandeza de los más pequeños.

EL SER EXTENSIVO

El ser humano, individuo autosuficiente, es la segunda gran mentira de nuestro tiempo. Desde un punto de vista antropológico, histórico y biológico, la persona no se puede comprender sin sus relaciones con los más próximos, partiendo desde la familia inmediata (relaciones de parentesco) y continuando con las de dependencia (intercambio material, intelectual, afectiva, de cuidados...). Las sociedades posmodernas menosprecian estos lazos invisibles tan necesarios para el sano desarrollo integral de la persona, en aras de un peligroso individualismo que, escudándose en el mito anglosajón del «hombre hecho a sí mismo» (*self-made man*), acaba debilitando las necesarias relaciones sociales y afectivas que antaño completaban la finitud individual. En la actualidad, el sistema nos aboca a ser

piezas solitarias y competitivas en el tablero de la producción y el consumo, donde cada movimiento se premia con pequeñas parcelas de prestigio y poder. Sin embargo, el coste que supone participar en el juego requiere la asunción de unas normas que a menudo se traducen en la soledad del individuo en la gran urbe, con enormes sacrificios económicos y temporales, la subrogación de los cuidados, la institucionalización de la infancia y la ancianidad, la reducción del tiempo de ocio y socialización, etc...

Frente a tanta presión y profunda insatisfacción, conviene recordar las propuestas de Georgescu-Roegen, padre de la economía ecológica, quien veía en el proceso económico «un flujo inmaterial: la alegría de vivir».⁵ Así, desde un posicionamiento mucho más amplio del proceso económico, podemos plantearnos el refuerzo de las relaciones familiares y sociales como elemento aglutinante. Desde este hilo argumental, las actividades comerciales, tecnológicas o financieras, quedarían limitadas, amputadas, si no se desarrollan de una forma integral a la esencia humana, es decir, como actividades humanas relacionales. Así, aunque a contracorriente, es necesario cultivar el ámbito ambiental con el mismo ahínco que lo personal y lo institucional, a modo de círculos concéntricos que van ampliando su radio de acción. Las redes de familias, el asociacionismo, la participación ciudadana, etc..., se convierten en nodos necesarios para la buena salud social. Es necesario reinventar, en nuestro entorno, aquello que en los pueblos se daba de forma natural, pero que ahora pasa, inevitablemente, por cierto grado de sacrificio y renuncia: Frente al anonimato de las ciudades dormitorio, puede que sea más satisfactoria la inserción en un viejo barrio; Frente al éxito profesional en solitario en la gran urbe, quizás tengamos que plantearnos la vuelta a los orígenes con otras realidades laborales que nos aporten un intercambio social más intenso; Frente al vivir para trabajar, seguro que la reducción de la jornada laboral nos permitirá dedicar más tiempo a realizar actividades sociales y culturales que a la postre repercutan en una mayor calidad de vida (véase el informe *21 horas*).⁶ ¡Cuán difícil llega a ser hoy en día prestar atención a los deseos profundos, al ansia de felicidad y plenitud, y a veces, cuán sencillo puede llegar a ser ponerse en camino!

EL SER INSTITUCIONAL

El ejercicio de la democracia se ejerce en las urnas. El resto del tiempo, esto queda en manos de los políticos.

5. http://es.wikipedia.org/wiki/Nicholas_Georgescu-Roegen

6. NEF. 21 horas. *Una semana laboral más corta para prosperar en el siglo XXI*. Icaria, 2012.

Y así nos lo han hecho creer. Tomemos el origen latino de «política» (*politicus*), que a su vez procede del griego πολιτικός (políticos), civil, relativo al ordenamiento de la ciudad o los asuntos del ciudadano, asuntos como la cultura, la economía, el trabajo, etc., es decir, todas aquellas actividades relativas al ordenamiento público de las cosas que afectan a las personas. Desde este enfoque, amplio pero necesario, es preciso repensar nuestras actitudes, nuestra interacción más allá de los círculos que venimos proponiendo. ¿En qué medida soy yo, ser individual, parte del entramado supranacional que es el mundo? ¿Hasta qué punto son mis decisiones políticas? No cabe duda de que todo lo que hacemos y decimos tiene un alcance político. Si tenemos un empleo autónomo o formamos parte de una cooperativa; Si votamos una vez cada cuatro años o si parte de nuestro tiempo se lo llevan las organizaciones sociales en las que nos comprometemos; Si nuestro dinero, si lo tenemos, engorda en un gran banco o por el contrario está repartido en préstamos y donaciones; Si nuestros seres queridos reciben atención educativa y sanitaria pública o privada, etc... ¡Son tantas las facetas con las que cada día hacemos política! Y sin embargo, se empeñan en decirnos que la política es cosa de partidos. Este reduccionismo desvirtúa el concepto de política que señalábamos al principio, y sólo contribuye a empobrecer la capacidad casi ilimitada de acción pública que cada uno de nosotros somos capaces de desarrollar cuando nos unimos a otros. Pero si bien se trata de revisar personalmente dónde dedicamos los esfuerzos, no podemos olvidar que la acción política es una acción eminentemente institucional, desde la creación de nuevas estructuras, hasta la transformación de las ya existentes.

Sólo una vez que hemos revisado y modificado nuestro ser persona, y que nos hemos reconocido como seres relacionales, nos encontramos en este tercer estadio de transformación integral. Por eso hablamos de «cuerpo» político y no de individuo político, pues el cuerpo, entidad viva y dinámica, está compuesto por muchos miembros. Nuestro ser personal no se entiende sin su proyección relacional, y así, igualmen-

te quedaría mermado si no participara de forma activa en ese ordenamiento de los asuntos ciudadanos. Existen ejemplos maravillosos de política cooperativa en todos los ámbitos, desde las experiencias de empresas recuperadas, especialmente en Argentina, en lo laboral, a las iniciativas ciudadanas legislativas a nivel internacional como ATTAC; desde el surgimiento de conceptos que suenan a oxímoron como la economía solidaria (Razeto 1993),⁷ o la economía del bien común (Felber, 2012),⁸ hasta los más recientes movimientos anti-deshauicios o 15-M. Es indiscutible que todos ellos crean conciencia, acción y reacción política. Son círculos concéntricos que llegan a intercalarse, a crear un mosaico que transforma la realidad.

PARA TERMINAR... O COMENZAR

Frente al anonimato al que parecemos abocados, el mejor antídoto será la consciencia alerta de nuestra propia existencia en un mundo del que somos parte. Es hora de practicar la «mística de ojos abiertos» (González Buelta, 2006), esa que es capaz de ahondar en el propio ser y al mismo tiempo ser germen transformador en la sociedad en la que se inserta. Atrás queda mirarse al ombligo y lamentarse de lo mal que está todo. Ahora más que nunca, es hora de actuar para despertar a nosotros mismos y a nuestro entorno, de ser protagonistas, pero nunca solos, pues en la soledad radica la debilidad. En la cooperación, en el grupo, nos encontramos, nos enriquecemos y nuestra acción encuentra más eco, más profundidad. El reto no es tanto llegar, sino ponerse en camino. Y como los discípulos, como mínimo, de dos en dos.

Son cosas chiquitas. [...] Pero quizá desencadenen la alegría de hacer, y la traduzcan en actos. Y al fin y al cabo, actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea un poquito, es la única manera de probar que la realidad es transformable.

Eduardo Galeano 

7. Razeto, L. 1993. *Los Caminos de la Economía de la Solidaridad*. Ed. Vivarium, Santiago de Chile.

8. Felber, C. 2012. *La Economía del Bien Común*. Ed. Planeta, Barcelona.

LA FAMILIA COMO FUENTE DE SOLIDARIDAD

M.^a ÁNGELES NOBLEJAS

Doctora en Pedagogía. Vicepresidenta de la Asociación Española de Logoterapia (AESLO)

La familia es, como norma general, la primera institución en la que nos desarrollamos como personas, se transmiten los valores de nuestra comunidad y aprendemos a dar y recibir afecto. A lo largo de la vida de las personas, suele constituirse como marco de referencia estable, un apoyo al que acudir cuando se necesita y en el que aportar cuidado y ayuda a otros.

Este importante marco de relación ha experimentado una gran transformación en las últimas décadas, de la mano, entre otros factores, de cambios demográficos y sociales, cuya influencia apuntaremos brevemente a continuación, para después considerar las bases antropológicas que sustentan la solidaridad familiar.

PERSPECTIVA SOCIOLÓGICA

La estructura y la dinámica de la vida familiar en España no han sido ajenas a los profundos cambios que se han registrado en la sociedad española y, en general, en todos los países de la cultura occidental. Por un lado, se ha reducido el control social sobre múltiples dimensiones de la realidad familiar, anteriormente sujetas a estructuras de normas muy arraigadas; por otro, se ha reforzado el control social sobre las dinámicas que se desarrollan en la vida familiar, anteponiendo los derechos individuales a los de la familia; todo ello tanto en el plano normativo civil, como en el informal. Esto ha generado un espacio social con gran libertad en la conformación de los proyectos de vida y en las formas de concebir y organizar la vida en pareja y en familia. Se podría decir que los proyectos y las formas de vida familiar se han privatizado y los modelos clásicos han perdido su fuerza vinculante.

Las formas de entrada, permanencia y salida de la vida familiar se han relativizado, quedando sujetas a la negociación y acuerdo entre los protagonistas individuales, sin que sea ya legítima la reprobación social ante cambios respecto a modelos anteriores.

Este proceso de transformación del control social y la correspondiente ganancia de autonomía individual en los proyectos de vida de las personas fue sintetizado por Beck (1986) mediante el concepto, ya clásico, de *individualización*. Con este concepto se pretende poner de relieve el mayor protagonismo que la cultura actual concede a las opciones y decisiones individuales frente a las normas sociales en ámbitos tales como la profesión, la política y la vida familiar. Sin embargo, podríamos pensar que la modelización social se realiza desde otras instancias entre las que destacarían los medios de comunicación social.

Ahora bien, si se ha cambiado el modelo de familia debido a esta dinámica de individualización, ¿cómo ha cambiado en las normas y en las prácticas de solidaridad familiar?

Hay una extendida percepción de una supuesta mayor importancia de la solidaridad familiar en los países mediterráneos, que se explicaría por las características del régimen de bienestar familista de estos países. Según una tipología de políticas sociales, al analizar el bienestar social a partir de los distintos papeles que desempeñan el Estado, el mercado y la familia en la provisión de bienestar individual, habría que distinguir tres modelos diferentes de «régimenes de bienestar», a saber: el modelo liberal, el modelo socialdemócrata y el conservador.

El modelo liberal se caracteriza por el papel central del mercado en la «provisión del bienestar», mientras que el Estado y la familia tienen un papel marginal, siendo el modelo de apoyo predominante de carácter individual y el lugar de su realización el mercado; el ejemplo más claro de este régimen sería Estados Unidos (con contratación de seguros para cada situación).

En el «modelo socialdemócrata de régimen de bienestar», la familia y el mercado ocupan un lugar marginal, mientras que el Estado ocupa un papel central al prestar servicios universales que permiten externalizar los cuidados de los familiares dependientes, haciendo que el lugar de la prestación de apoyo predominante sea el Estado. Este modelo estaría arquetipizado por

Suecia (con sus amplias estructuras de apoyo público en las diferentes situaciones vitales).

El tercer tipo de régimen es el *conservador*; aquí el papel de la familia en la «provisión de bienestar» es central, mientras que el mercado tiene un papel marginal (por su coste) y el Estado un papel subsidiario (servicios restringidos); el lugar predominante de la solidaridad es la familia. Los países que más claramente representarían este modelo serían Alemania e Italia. Una variante podría ser el denominado mediterráneo, similar al conservador, pero con un papel de la familia mayor y el del Estado menor.

Ante estos cambios, surge la pregunta sobre si las familias siguen siendo escuelas de solidaridad o, por el contrario, se está produciendo una progresiva disolución de los valores familiares para generar valores más individualistas o derivarnos a nuevas relaciones con amigos o con instituciones.

Consideramos las conclusiones de un interesante trabajo (Meil Landwerlin, 2008) para partir en nuestra reflexión de un estudio sociológico reciente. Se entiende la solidaridad familiar como una realidad social compleja compuesta por cinco dimensiones diferentes: solidaridad normativa (normas sociales), solidaridad estructural (composición, convivencia y proximidad residencial de los miembros), solidaridad asociativa (contactos), solidaridad afectiva (sentimientos de afinidad y pertenencia), solidaridad funcional (ayudas en servicios o dinero) y solidaridad consensual (comunidad de valores, actitudes y opiniones).

Individualización y normas de solidaridad familiar

Las normas sociales que establecen la obligatoriedad del apoyo mutuo entre las generaciones en caso de necesidad siguen teniendo un elevado grado de identificación (56%) en la población española de todas las edades. Esta identificación está mucho más extendida que en otros países europeos occidentales, aunque es similar a la de los países del este de Europa.

Se puede identificar una tendencia hacia la redefinición de las normas de solidaridad familiar, indicando que se concede cada vez mayor protagonismo al mercado o al Estado en la provisión de bienestar y que el cuidado de familiares en situación de dependencia ha pasado a ser concebido como una responsabilidad compartida entre hombres y mujeres.

En el cuidado de los niños se considera que no es deseable sobrecargar a los abuelos con el cuidado de los nietos y que debe preferirse el recurso a las escuelas infantiles, quedando la primera como una ayuda de emergencia.

En la atención a los mayores también es cada vez más aceptada y demandada la implicación de los ser-

vicios sociales o del mercado (cuidadoras, asistentes), aunque más como complemento que como sustitución de la familia.

La identificación con la norma de la convivencia de las generaciones cuando los mayores ya no pueden vivir solos está muy extendida (68%).

Sobre las ayudas financieras entre familiares, la preferencia por el recurso a las entidades financieras antes que a la familia es una manifestación del cambio a un papel subsidiario de la solidaridad familiar.

Sin embargo, la crisis económica y sus consecuencias sobre el empleo, el funcionamiento de los mercados financieros y las finanzas públicas han hecho perder confianza a una parte de la población en la capacidad del Estado de bienestar o del mercado para prestar ayuda cuando se necesita. De ahí que se haya registrado un aumento en la identificación con las normas de ayuda mutua entre los miembros de la familia en caso de necesidad, lo que redundaría en una creciente consideración del beneficio de la solidaridad familiar.

Individualización y reestructuración de las redes familiares

La mayor esperanza de vida de padres o suegros ha producido una verticalización de las redes familiares, que pasa a estar compuesta mayoritariamente por tres generaciones. El paulatino descenso de la fecundidad ha hecho disminuir el número de hermanos de generación en generación. Ambos procesos están generando una estructura de las redes de parentesco que tiene muchos ascendientes y pocos colaterales y descendientes. Esta tendencia contribuye a que aumente la probabilidad de que no haya mujeres que puedan desempeñar la función de facilitadoras de los contactos e intercambios de ayudas dentro de la red familiar.

Los efectos de la individualización en las pautas de convivencia en un mismo hogar han sido importantes y, hasta cierto punto, sorprendentes. Mientras que en los países del centro y norte de Europa la individualización está asociada con una emancipación temprana de los hijos del hogar de los padres, en España y otros países del sur y del este de Europa, los efectos parecen haber sido la facilidad para la permanencia de los hijos adultos en el hogar de los padres durante cada vez más tiempo (al disponer de mayores grados de autonomía para negociar).

El proceso de individualización ha fomentado también la norma de la «intimidad a distancia» en las formas de convivencia de los mayores con sus hijos emancipados. Las generaciones tienden a vivir en hogares independientes, pero geográficamente próximos, aunque mantienen un contacto frecuente, produciéndose un eventual reagrupamiento a edades cada vez más avanzadas de los padres.

La proporción de personas mayores que viven solas o que no viven con sus hijos es creciente; no obstante España, junto con otros países del sur y del este de Europa, se caracteriza por tener una proporción relativamente elevada de muy mayores que conviven con alguno de sus hijos.

Individualización y sociabilidad

En España, la sociabilidad dentro de la red es muy elevada (superior a la que se da en otros países), tanto en lo que se refiere al contacto personal (verse) como al contacto telefónico. Sin embargo, esta elevada sociabilidad se da tanto con miembros de la red de parentesco como con las amistades. La mayor o menor importancia de la sociabilidad familiar frente a la de amistad depende fundamentalmente de la fase del ciclo vital: las personas jóvenes comparten el tiempo libre y de ocio con las amistades, mientras que a medida que avanza la edad y con la formación de una familia propia, la sociabilidad familiar adquiere cada vez más relevancia.

No se aprecian signos de una disminución en el tiempo de la sociabilidad intergeneracional debida al proceso de individualización creciente y de la desinstitucionalización de la vida familiar, ni en España ni en otros países de nuestro entorno. Sin embargo, la reducción del tamaño de la familia afecta negativamente a la sociabilidad intergeneracional al aumentar la probabilidad de no tener hijos así como la de que puedan vivir más lejos, lo que se traduce en un espaciamiento de los contactos personales.

La lógica del desarrollo de la familia negociadora se ha extendido no sólo de padres a hijos, sino que ha traspasado las fronteras del hogar para alcanzar a los miembros de la red familiar con los que no se convive. Cada vez más las funciones inherentes al parentesco se cumplen por elección y afinidad, y menos en virtud de normas sociales basadas en vínculos de sangre o alianza.

Individualización e intercambio de ayuda en servicios y en dinero

La prestación de ayuda está muy extendida entre los miembros de la red (sólo un 24% reconoce que no ha prestado ningún tipo de ayuda en servicios personales en los 12 meses previos a la encuesta), sin que sea percibida con la intensidad suficiente para generar sobrecarga. La proporción de quienes reconocen haber recibido ayuda en forma de servicios personales durante el año previo a la encuesta es algo inferior a la de los que dicen haber prestado ayuda (65 frente a 76% respectivamente).

Las ayudas se reciben en las primeras fases del ciclo de vida independiente, sobre todo en las primeras

fases del ciclo de vida familiar, mientras que disminuyen a medida que aumenta la edad, para aumentar de nuevo en la tercera edad, principalmente, cuando disminuye la autonomía para realizar las actividades de la vida cotidiana. Además, el tipo de ayuda recibida depende de la fase del ciclo vital; en las primeras fases es sobre todo para el cuidado de niños (también para reparaciones domésticas); en la tercera edad predominan las ayudas en gestiones burocráticas (pero, cuando hay dependencia, la ayuda se dedica a facilitar las actividades cotidianas).

Los jóvenes reciben, con mayor frecuencia que los mayores, algún tipo de ayuda, no habiendo diferencias en función del sexo.

Las ayudas proceden no sólo de los padres, sino de múltiples fuentes, dependiendo fundamentalmente de la fase del ciclo familiar y del tipo de ayuda. La probabilidad de recibir ayudas depende del tamaño de la red, así como de los miembros que la integran; es menor entre quienes no tienen hermanos y se reduce aún más si no se tienen hermanas.

Las mujeres tienden a prestar ayuda con más frecuencia en las tareas domésticas y en el cuidado de los niños y adultos dependientes, mientras que los hombres ayudan en las reparaciones domésticas y en el transporte, aunque las diferencias son limitadas. Por otra parte, son los jóvenes emancipados y las personas de mediana edad los que prestan ayuda con más frecuencia, si bien en el caso del cuidado de niños, son los abuelos (aunque no sólo ellos) quienes lo hacen.

Los hermanos, amigos e incluso vecinos son destinatarios en ocasiones de las ayudas, sobre todo de carácter transitorio más que habitual. Es interesante destacar que los hermanos no aparecen como destinatarios privilegiados de las ayudas y, de hecho, son señalados con menor frecuencia que los amigos, lo que revela la influencia de la individualización.

Las ayudas financieras entre miembros que residen en hogares diferentes están mucho menos extendidas que las ayudas en forma de servicios personales, incluso cuando se amplía el período de referencia y no se refieren sólo al año previo a la encuesta. El destino más frecuente de las ayudas financieras es para la adquisición de una vivienda. Los padres son quienes en la mayoría de los casos proporcionan la ayuda.

La comparación con otros países europeos respecto a la frecuencia de este tipo de ayudas muestra que éstas en España no difieren mucho de la de otros países, tanto en relación con las ayudas financieras como con los servicios personales. No obstante, en el caso del cuidado de nietos por parte de sus abuelos, la frecuencia es algo mayor que en los países del centro y norte de Europa.

En muchos casos el apoyo ha disminuido no por el proceso de individualización, sino por un proceso de subsidiariedad, en el que cada uno debe tratar de resolver sus problemas y no sobrecargar a los demás miembros de la familia.

Redes sociales y bienestar subjetivo

A pesar de la pluralización de las formas de vida familiar, la formación de una pareja con vocación de estabilidad en el tiempo y la tenencia de hijos forman parte de los ideales vitales más ampliamente extendidos entre la población.

Cuando las relaciones son satisfactorias, el proyecto familiar contribuye decisivamente al bienestar de las personas, y tanto la ausencia de una pareja como la de hijos tienden a generar, en conjunto, menores niveles de felicidad y de satisfacción con la vida. La falta de un proyecto de pareja también genera con mayor frecuencia sentimientos negativos hacia la vida, tanto más cuando se ha perdido un vínculo de pareja y cuando, con la edad, las posibilidades de formar una nueva se alejan del horizonte de expectativas.

Además de la formación de una familia, la tenencia de una red social relativamente amplia y variada también contribuye al bienestar subjetivo. En términos generales, la tenencia o no de miembros de las distintas categorías de parentesco más cercanas está asociada a una mayor satisfacción con la vida de las personas, aunque no hay una relación directa entre su número y el grado de satisfacción más allá de dos miembros. En conjunto, tener una red social variada y próxima afectivamente, más que muy extensa, es lo que más contribuye al bienestar personal.

La prestación de ayuda también puede generar sobrecarga, pero la proporción de personas que se sienten sobrecargadas por las demandas que reciben es limitada (sólo un 14%). Esta percepción es mucho más baja que en otros países, incluso menor que en aquellos en los que la densidad de los intercambios no está tan extendida. El tipo de ayudas que tienden a generar mayor sentimiento de sobrecarga son las que implican mayor intensidad en tiempo y esfuerzo, como el cuidado de niños y el de mayores dependientes, así como el apoyo financiero a personas con las que no se convive para afrontar sus gastos ordinarios.

Como conclusión final cabe señalar que, pese a la extendida percepción de que la sociedad es cada vez más individualista y que la solidaridad familiar está erosionándose, el análisis realizado por el trabajo que seguimos, muestra que ésta es una realidad que de una forma u otra siempre está presente en la dinámica de las familias. Los cambios socioeconómicos y culturales registrados en el pasado reciente han comportado

un cambio en la forma y contenido de las ayudas, lo que no debe interpretarse necesariamente como un debilitamiento de los lazos o de la solidaridad familiar. Más aún, hay indicadores que evidencian un aumento de las ayudas a los hijos, como sucede en el caso del cuidado de los nietos o las ayudas para la compra de vivienda.

El carácter de «reserva» para casos de «emergencia» es el que caracteriza cada vez más la solidaridad familiar.

La sociabilidad familiar sigue siendo intensa a lo largo del ciclo familiar, pero las personas deben invertir tiempo y esfuerzo en mantenerla viva, así como en garantizar que las relaciones que se establecen sean satisfactorias.

PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA

Familia y sentido

Ampliando la reflexión sociológica, podemos considerar que la solidaridad es una realidad siempre presente en la vida familiar porque está enraizada en la propia esencia de ser humano. La familia no es una simple agrupación de algunas personas de diferentes edades emparentadas entre sí, sino una estructura social muy peculiar y específicamente humana, que resulta insustituible. Una familia despliega dinámicas de solidaridad. Cada uno de los miembros tiene que encontrar su lugar en la familia y en el mundo, ha de desarrollar una función llena de sentido hacia el interior, mientras que la familia en sí también tiene una función, que percibe desde su apertura al mundo.

La familia es tanto más estable y saludable cuanto más capaces son sus miembros de armonizar sus funciones —las que realizan hacia dentro— con las circunstancias de los otros. En cambio, si cada miembro prescinde hasta cierto punto de los demás y organiza su propia función familiar a su discreción, gusto y capricho, se produce una unidad familiar que podrá tener más problemas, tal vez muy importantes, en su funcionamiento.

La realización cotidiana de las tareas concretas que implican el desarrollo de las funciones dentro de la familia (tareas que normalmente serán pequeñas y a las que no daremos casi importancia), llena de contenido nuestras vidas y les aporta sentido. Como consecuencia de la realización del sentido, nos sentimos felices (como aporta la logoterapia y el análisis existencial frankliano, cfr. Frankl, 1986, 1987, 1988, 1990, 2010).

La realización del sentido es lo que lleva al hombre a su autorrealización y a su felicidad. En definitiva, la búsqueda fundamental del ser humano no estriba en

la búsqueda de felicidad, sino en la búsqueda de un fundamento para ser feliz. Una vez establecido éste, la felicidad o el placer surgen espontáneamente, son un efecto.

El que vive en una unidad familiar, si vive exclusivamente para sus propios intereses, cerrará la puerta a su propia felicidad, al mismo tiempo que provocará espacios vacíos, es decir, lagunas funcionales dolorosas, así como superposiciones y, por tanto, con mucha frecuencia, colisiones más dolorosas todavía.

Además, en situaciones en las que la familia puede seguir su dinámica (aunque implique ciertas modificaciones), tendrá que realizar actividades con sentido hacia el exterior. Y no solo será un sentido para el que la realizará, sino también para toda la familia, que vive así unos determinados valores que no desarrollará si no está abierta a otras realidades diferentes de las estrictamente familiares. Se conjuga, por tanto, el sentido concreto para un miembro de la familia y también para toda la familia.

Ahora bien, para mantener la cohesión familiar hemos de ser conscientes de la propia función. Por ejemplo, si la situación económica es mala, cada uno de sus miembros debe ayudar a mejorarla, en la medida de sus posibilidades (los hijos que no tienen edad de trabajar también pueden hacerlo, limitándose a sí mismos los caprichos, en lugar de pedirlos y forzar a los padres a negarlos). Si un miembro de la familia es pequeño, débil, está enfermo o es anciano, los otros miembros asumen su cuidado y protección y comparten el trabajo entre todos. Nadie debe someterse ciegamente al otro, pero cada cual debe tener presentes a los demás en su propio plan de vida, si quiere vivir en una familia estable y feliz (aunque para eso tenga que pagar el precio de alguna renuncia o inconveniente personal).

Todo esto nos refiere al tema de los límites. Es necesario cuidar el espacio que cada miembro necesita para desarrollarse y crecer como persona, al tiempo que se conjuga el crecimiento armónico de la familia.

En otras palabras, una familia saludable es aquella que posibilita que todos sus miembros se desarrollen saludablemente, y esto se vincula fundamentalmente con el tema del sentido (favorecer que cada miembro encuentre significados y valores en su vida), desarrollado en el día, y en relación con los otros (dentro de la familia y fuera de ella).

Desde esta perspectiva, podemos decir que la salud es el desarrollo del ser en su esencia y sentido (Acevedo, 1996). Dicho desarrollo conlleva la integración de la dimensión personal y la comunitaria; implica considerar:

- ❑ La búsqueda del sentido en un plan de vida incluido en un proyecto familiar y social.

- ❑ La posibilidad de escribir la propia historia vital en la familia, el trabajo y la comunidad.
- ❑ La posibilidad de expresar lo «no dicho» en el diálogo y la reflexión.
- ❑ La posibilidad de sentirse querido y de querer, privilegiando el encuentro con el otro.
- ❑ La posibilidad de transformar y transformarse.
- ❑ La posibilidad de comprometerse, de participar y de sentirse participando.
- ❑ La posibilidad de establecer vínculos afectivos, solidarios, de convivencia.

Este es un concepto de salud que apunta a la totalidad del hombre (bio-psico-espiritual), a la promoción de todo el hombre y de todos los hombres. Se trata de salir de uno mismo sin dejar de ser uno mismo. Y para ello es importante la participación en una familia, un grupo, una comunidad y la sociedad en general. Si observamos nuestra propia experiencia, nos damos cuenta de que si vamos a ser escuchados y respetados, entonces, queremos hacer, participar... Cuando uno se siente escuchado y participando, se siente valioso y respetado. Siente que su vida está llena de sentido.

Además, la familia es un ámbito idóneo para el descubrimiento de valores y sentidos. De todos es sabido el papel de los modelos para que los jóvenes se fijen en los valores. Los jóvenes están viendo en los cantantes, jugadores de fútbol o tenis, corredores de coches o motos, etc., determinados valores y se vinculan a ellos.

La entrega de los padres a sus funciones internas y compromisos exteriores, viéndoles un sentido y sintiendo satisfacción por ello, será un modelo que los hijos siempre pueden tener de referencia y aprenderán que la vida ofrece sentido. O, como dice Viktor E. Frankl: *la vida no adeuda placer sino que ofrece sentidos* (cfr. Frankl, 1987 y 1988).

En esta línea, Lukas (1983) dice:

... el que quiera ayudar a los jóvenes de hoy tiene que encontrarles tareas con sentido y delegarlas en ellos, pero también tiene que estar dispuesto a vivir él mismo una vida llena de sentido, en la que no domine la satisfacción de los impulsos, sino la conciencia, la voluntad y la razón (pg. 46).

Familia y comunidad

Para seguir profundizando, podemos recurrir a la hermosa *metáfora del mosaico* que utiliza Viktor Frankl (2010) para referirse a la relación entre individuo y comunidad.

«Del mismo modo que el carácter único sólo confiere valor a cada piedrecita del mosaico en relación

con la totalidad de éste, el sentido de toda unicidad personal del hombre reside exclusivamente en lo que ella significa para un todo (...). Por donde el sentido de la existencia personal en cuanto personalidad, apunta más allá de sus propios límites, apunta hacia la comunidad; en su orientación hacia la comunidad trasciende de sí mismo el sentido del individuo» (pg. 111-112).

Esta comparación hace referencia a un concepto fundamental de la logoterapia, el de *autotrascendencia* del ser humano, esta capacidad específica de las personas y que nos constituye como tales, que nos lanza a salir de nosotros mismos para ir al encuentro del otro y del mundo, de una causa o, para las personas creyentes, de Dios.

En una *familia saludable*, esta *dimensión trascendente* ha de estar presente y cuidarse, a través de determinadas *actitudes*, las cuales se vinculan con valores y se reflejan en *comportamientos*. Tales actitudes constituirían el *cemento* o argamasa que une las teselas del mosaico. Sin ella, las piezas no estarían en su sitio y no se podría mantener el mosaico.

Recordamos, en este punto, algunas actitudes que favorecen las buenas relaciones:

- a) Consideración hacia el otro (renunciar a la queja continua respecto al comportamiento del otro, alegrarse del bien del otro, una disposición a ayudar ajustada, dar tiempo, respetar, agradecer...).
- b) Comunicación y diálogo (esforzarse en prevenir malos entendidos; comprensión mutua; buscar la comunicación, el diálogo abierto y sincero; tener una actitud de humor, como recurso humano que nos distancia de la provocación y la humillación...).
- c) Aceptación profunda del otro y respeto a sus valores (convivir en paz, aunque difieran éstos). Los valores pertenecen a lo más íntimo de la persona y han de ser respetados aunque no sean compartidos.
- d) Reconciliación. Para depurar las relaciones y eliminar las enemistades es preciso re-comenzar, ir al encuentro del otro sin buscar intereses personales y llenos de «buena voluntad» (cfr. Lukas, 2003, pg. 109-110).

Cada miembro (por separado) ha de estar dispuesto a emprender algún cambio positivo por el bien de la familia, sin condicionamientos ni expectativa; a dar y a ceder, considerando el valor del todo familiar, que va más allá de los roces circunstanciales.

Y todo esto *¡sólo es posible desde el amor!* Desde el amor se construye una realidad comunitaria en la que la totalidad es más que la suma de las partes; una realidad trascendente que acoge y potencia el sentido

en la vida de cada uno de los miembros y juntos encuentran sentido en la apertura a los otros y la acción solidaria hacia dentro de la familia y hacia afuera.

Este dinamismo constituye la fuerza por excelencia para la superación de las dificultades.

En este contexto de unicidad, responsabilidad y sentido, podemos redescubrir el encuentro con el otro como lugar de fidelidad con el ser, con la vida y con la propia relación interpersonal (cfr. Noblejas, 2000).

El encuentro es realmente auténtico en la medida en que alcanza la dimensión inmediatamente superior, aquella en la cual el ser humano se trasciende en dirección a un significado y en la que toda la existencia se compara directamente con el mundo objetivo del sentido y los valores (logos).

Por ello, si nuestra esencia nos lanza a un verdadero encuentro con el otro y es potenciada en la familia, ¿no se nos abren perspectivas de esperanza hacia la construcción de la solidaridad universal? Tal vez así, se pueda cumplir esa definición de mundo como el espacio histórico y cultural en el cual cada ser humano, junto con los demás, intenta realizar la propia existencia, creando una comunidad más humana. 

REFERENCIAS

- Acevedo, G. (1996). *El modo humano de enfermar*. Buenos Aires: FAL.
- Beck, U. (1986). *Risikogesellschaft*. Frankfurt: Suhrkamp (versión española: *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós, 1998).
- Frankl, V. E. (1986). *La idea psicológica del hombre*. Madrid: Rialp.
- Frankl, V. E. (1987). *El hombre doliente*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. E. (1988). *La voluntad de sentido*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. E. (1990). *Logoterapia y análisis existencial*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V.E. (2010). *Psicoanálisis y existencialismo* (2ª ed., 13ª reimpresión). México: Fondo de Cultura Económica.
- Lukas, E. (1983). *Tu familia también necesita sentido*. Madrid: SM.
- Meil Landwerlin, G. (2008). *Individualización y solidaridad familiar*. Colección Estudios Sociales, Núm. 32. Barcelona: Obra Social La Caixa.
- Noblejas, M. A. (2000). *Palabras para una vida con sentido*. Bilbao: Desclée de Brower.

CÁRITAS, INSUFICIENTE PERO NECESARIA

JULIA PÉREZ

Miembro del Instituto E. Mounier

La primera vez, hace muchos años, que me acerqué a la calle Santa Hortensia, para hacer un curso en Cáritas, salí de él muy desilusionada. El asistente social, creo que del barrio de Usera, que nos lo dio fue muy claro: aquí venimos a poner tiritas cuando lo necesario sería la cirugía. Tardé poco en darme cuenta de que tenía toda la razón y he seguido todos estos años poniendo tiritas.

Ahora mismo estoy en México donde he asistido hace unos pocos días a una reunión nacional de «Bancos de alimentos» y me he vuelto a encontrar con las «tiritas». En este país el presidente ha hecho un llamado contra el hambre y los miembros de su gobierno que tienen que ver con este asunto han decidido ponerse en contacto con todas las instituciones que ponen tiritas para, trabajado con ellas, «apropiarse de su trabajo» y venderlo como la solución gubernamental contra el hambre.

Esto lo digo ahora refiriéndome a México, pero lo podemos trasladar a cualquier país del mundo, es igual. En España, los gobiernos que se habían olvidado de lo que Cáritas significa, máxime teniendo en cuenta que es una organización de la Iglesia y claro, agradecer cualquier labor de la Iglesia es algo políticamente incorrectísimo, ahora agradecen la labor de Cáritas porque está solucionando muchos problemas creados por la crisis.

Pero tanto la labor de Cáritas como la de los Bancos de alimentos es un parche que, a los que trabajamos en ello nos da vergüenza. El problema es que nos daría más vergüenza no poder dar ni eso. Pero somos conscientes, aquí y allá y en cualquier parte donde se ven cuáles son las necesidades y las carencias, de dar miserias. Pero no porque no solucionemos nada pagando un mes de alquiler o apoyando semanalmente con una despensa a una familia durante un año. No, es porque no hay derecho a dar comida a nadie si no intentas, ya, que tenga un lugar donde trabajar para que él se compre su comida. Porque no solamente no le «haces un favor» (desde un punto de vista cristiano él tiene todo el «derecho» a comer, tanto que tiene de-

recho a quitárnoslo si no se lo damos) sino un inmenso disfavor porque le vas acostumbrando a que tú le das graciosamente, como un favor por el que te tiene que estar agradecido. Y que puede seguir recibéndolo sin esfuerzo por su parte. No me gusta cuando oigo hablar de que creamos vagos porque creo que es más profundo el problema, creamos dependientes, y no solo económicamente. La pobreza y la incultura, que siempre lleva aparejada, lo que crea son personas que no se pueden independizar, que no pueden hacer nada autónomamente, que no pueden ni pensar en otro tipo de vida, que estamos abocando necesariamente a que sigan donde están.

Los gobiernos tienen el deber de crear las condiciones mínimas necesarias para que toda persona pueda desarrollar sus potencialidades. Lo diga o no lo diga su constitución, que normalmente lo dirá. Pero no es porque tengan, que tienen, que cumplirla, sino porque es la única justificación de ser que pueden exhibir. Un Estado que no es capaz de atender las necesidades básicas de sus ciudadanos, es un Estado que no tiene justificación de ser. Un gobierno que se dice impotente para resolver problemas tan graves como no crear las condiciones para que toda persona pueda comer, vestir, tener un lugar dónde vivir, tener una educación y una sanidad básicas es un gobierno que debe dimitir. Las organizaciones, eclesiales o no, que trabajamos poniendo «tiritas» debemos hacer un esfuerzo mayor y ponernos al lado de todas esas personas a las que ayudamos para ofrecerles nuestro apoyo en la gran protesta que deberíamos llevar a cabo pidiendo lo que realmente les pertenece, oportunidad de tener una vida verdaderamente humana. Y no se tiene una vida verdaderamente humana si no sabes si vas a poder dar de comer o no mañana a tus hijos, si no sabes que van a estar bajo techo y si no tienes derecho a un trabajo que te permita sentirte útil y necesario en la sociedad. Alguien a quien obligamos a levantarse día tras día sabiendo que no puede «hacer nada» es alguien a quien le estamos arrebatando su estima y su ser personal. Y así se están destrozando miles de personas y de familias. Es responsabilidad de todos. 

LAS MIGRACIONES Y EL ESTADO DE DESHECHO

LOS CIE COMO MECANISMOS DE CONTROL Y REPRESIÓN SUJETOS A LEY Y A DERECHO

ANA I. FORNÉS CONSTÁN

@bichodelcesto

RESUMEN:

En el presente artículo se reflexiona en torno a los centros de internamiento de extranjeros (CIE) como mecanismos de control y exclusión de seres humanos en el Estado español y el entorno europeo, desarrollando la idea de que más que ser agujeros negros, son parte fundamental en la categorización que los Estados establecen sobre grupos poblacionales a partir de la burocratización de las relaciones sociales.

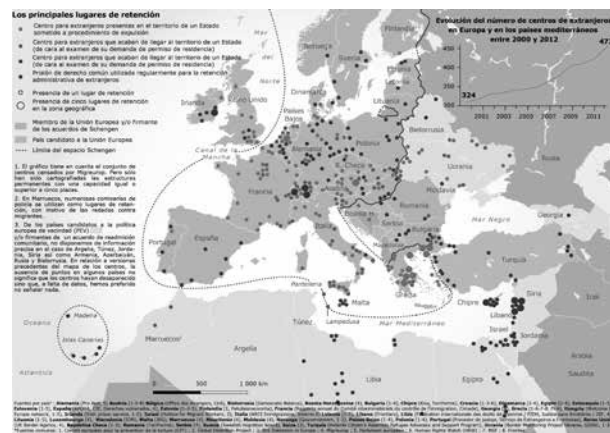
Si no tiene papeles el aire ni la tierra, ni la mar,
pa' que quiero yo papeles si mis sueños son la libertad,
tirar los muros y las fronteras,
y que el mundo libre pueda abrazar.

Petebuleria (Simpapeles.es compapeles.son)

Mártires del Compás, 2004

La definición de *Estado de Derecho* es según la RAE: «Estado democrático en el que los poderes públicos íntegramente se someten a las leyes y reconocen las garantías constitucionales». La Constitución española proclama la voluntad de «consolidar un Estado de Derecho que asegure el imperio de la ley como expresión de la voluntad popular».

Los Centros de Internamiento de Extranjeros (CIE)¹ se definen como espacios no penitenciarios, dependientes del Ministerio del Interior, en los que se detiene durante un máximo de 60 días (aunque la Directiva de Retorno 2008/115/CE autoriza hasta 18 meses) a personas extranjeras a las que les han abierto un procedimiento de expulsión. En el Estado español existen actualmente siete centros reconocidos (Madrid, Barcelona, Valencia, Gran Canaria, Murcia,



Algeciras y Tenerife). Además de ello existen centros informales, tales como comisarias, que cumplen las mismas funciones y cuya opacidad es aún mayor, puesto que no se dispone de ninguna información. En Europa y países vecinos, Migreurop² ha contabilizado hasta 473 campos de reclusión de migrantes estables, por lo que la estrategia de internamiento es compartida en la Unión Europea e incluso trasladada a terceros países, considerados de tránsito.

Pero si una persona que no tenga idea alguna sobre qué estamos hablando preguntara qué son los CIE, tendríamos que matizarle que son lugares donde se excluye a seres humanos sólo por el hecho de ser de otros lugares, por ser pobres, por ser diferentes. De hecho, no sólo se excluye a quienes son víctimas directas, sino a todas aquellas que son susceptibles de acabar en un CIE. Porque la simple posibilidad de internamiento ya delimita la pertenencia a un grupo de seres humanos distintos a los demás. Estableciendo así categorías entre las personas, siendo algunas «expulsables», esto es, «rechazables», «prescindibles».

1. ¿Cuál es el delito? *Informe de la Campaña por el cierre de los centros de internamiento: el caso Zapadores* (2013). <https://dl.dropbox.com/u/15631011/informeciesWEB.pdf>

2. http://www.migreurop.org/IMG/pdf/Carte_Atlas_Migreurop_19122012_Version_espagnole_version_web.pdf.

Solemos afirmar que los CIE son los *agujeros negros* del Estado de Derecho. Se afirma por la falta de regulación interna; por su opacidad; por la vulneración de derechos constante que se producen cada día; porque su propia estructura y su funcionamiento tienen un efecto devastador para las personas: aislamiento, falta de intimidad, habitabilidad en condiciones infrahumanas, arbitrariedad, desinformación e incluso situaciones autopercebidas de tortura, así como las denuncias de violencia y malos tratos.

Es más fácil pensar que «esos espacios» que existen en nuestras ciudades marcan fronteras hacia lo inexplicable, lo imposible, lo que no puede ser. Son, por tanto, *agujeros negros*. No son parte de nuestra sociedad, no pueden serlo, no podemos permitirlo. Porque asumirlo supone que vivimos en una sociedad estructuralmente violenta; supone asumir que el derecho no nos aleja de la barbarie, sino que ésta es regulada por la ley. Pero resulta que ciertamente es así. De hecho, se contempla la existencia de centros de internamiento desde la *Ley de Extranjería* de 1985. Actualmente están definidos formalmente en *Ley Orgánica 4/2000 de 11 de enero Sobre Derechos y Libertades de los Extranjeros en España y su Integración Social*.

Por tanto, dado que son reconocidos por la ley, son parte del Estado de Derecho. A partir de ahí podemos preguntarnos si las personas migrantes forman parte o no de ese Estado de Derecho. O incluso, en el caso de serlo, si dadas las tendencias actuales, continuarán siéndolo.

En el informe *¿Cuál es el Delito?*, elaborado recientemente desde la Campaña por el cierre de los CIE en Valencia, la línea argumentativa que se ha desarrollado es que los CIE son un eslabón en la cadena de represión de personas migrantes, junto con el control y externalización de fronteras, el control de las migraciones, las redadas, las detenciones por rasgos fenotípicos, las expulsiones, la exclusión del acceso a los recursos básicos para vivir en comunidad, y sobre todo, de la criminalización de seres humanos a través de políticas xenófobas y racistas que burocratizan la injusticia.

Decir que *ningún ser humano es ilegal* es una obviedad tal y como que los seres humanos son animales o mortales. En cambio, es algo que desde las distintas

campañas de defensa de los derechos fundamentales de las personas migrantes continuamente hay que recordar porque lo que el pensamiento dominante repite subliminalmente, y afirma explícitamente, es que hay quienes *no* lo son. Hay quienes necesitan «permisos» para trabajar, para residir, para vivir, para existir. Hay quienes no tienen el derecho a tener derechos; hay para quienes el Estado, no es sino un Estado de *desecho*. Han de vivir en los márgenes, sufrir la violencia, la opresión. Hay para quienes no existen las garantías ni los derechos fundamentales.

... Exponernos al destino de los seres humanos que sin la protección de ninguna ley o convención política, no son más que seres humanos. Apenas puedo imaginarme una actitud más peligrosa, puesto que vivimos de hecho en un mundo en el que los seres humanos como tales han dejado de existir por un buen rato; puesto que la sociedad ha descubierto en la discriminación la gran arma social con la que uno puede matar hombres sin derramamiento de sangre; puesto que los pasaportes o los certificados de nacimiento, y a veces incluso los recibos del impuesto de la renta, ya no son papeles oficiales sino cuestiones de distinción social³.

Este análisis realizado en 1943 por Hannah Arendt nos desvela la artificialidad del sistema. La burocratización de

las relaciones sociales lo que hace es fijar la discriminación social a través de la ley. Precisamente porque el Estado de Derecho es una construcción humana, tenemos que ejercer presión sobre las leyes y las políticas para que estas sean garantes de la Justicia y no de la desigualdad social.

El Estado se sustenta sobre la lógica de separación de fronteras, ya que en última instancia, parte de sus elementos constitutivos son el territorio y la población. Podría decirse que existe una extrapolación del principio de la propiedad privada a la estructura del Estado. Porque no debemos olvidar que el sistema económico de nuestras democracias liberales es el capitalismo. Y la economía de mercado se fundamenta sobre la desigualdad en el acceso y control de los recursos.

Cuestionarse los CIE significa empezar a cuestionarse nuestra propia organización sociopolítica; conlleva abrir una puerta que nos conduce hacia muchos interrogantes: ¿Por qué existen las fronteras? ¿Tiene el Estado el derecho a controlarlas? ¿Tiene el Estado derecho a clasificar a las personas según su origen?



3. Arendt, Hannah. 2005. «Nosotros los refugiados», en *Una revisión de la historia judía y otros ensayos*. Paidós, pág. 14.



CONCENTRACIÓN FRENTE AL CIE DE ZAPADORES

¿Qué potestad tiene el Estado sobre nuestras vidas?

Como ciudadanía es necesario que seamos capaces de cuestionar desde una perspectiva crítica nuestra sociedad y nuestro mundo. Nada en lo que respecta a los asuntos humanos es natural, ni es inmutable, ni neutro. Ni siquiera —o sobre todo— el derecho. Si las leyes no coinciden con los valores sociales, entonces pierden su condición de legitimidad. Es a partir de estas disonancias sociales como podemos abrir las fisuras que posibiliten la transformación y nuestra emancipación como aspiración intrínsecamente humana.

Los CIE no son *agujeros negros*. Son espacios reales, cuya potencialidad simbólica va más allá de su capacidad de agresión sobre personas concretas. Simbolizan la discriminación, la *otredad*, la exclusión. Forman parte de nuestra estructura política y social, de nuestra historia, de nuestra identidad. Y en tanto que nos concierne, deberíamos sentirnos en el compromiso personal y político de conseguir que se cierren, de replantearnos las políticas de control de fronteras, de ampliar precisamente la condición de ciudadanía —la

nuestra— a todas las personas independientemente de su origen, de su pobreza, de su empobrecimiento.

La Campaña por el Cierre de los Centros de Internamiento se compone de personas: de personas que representan a organizaciones y de personas individuales. Porque lo que importa es la lucha por el cierre de los CIE. Por ello, es una campaña abierta a cualquiera que quiera conocer y cambiar la realidad de las migraciones.

Cada martes final de mes hay una concentración en la puerta del CIE a las 19h para exigir su cierre y denunciar su existencia. 

MÁS INFORMACIÓN

<http://ciesno.wordpress.com/>

<http://www.facebook.com/CIEsNo.valencia>

<http://twitter.com/ciesno>

ORGANIZACIONES CONTRA LOS DESAHUCIOS

JOSÉ LUIS QUIRÓS

Profesor de Instituto de Educación Secundaria

Vivimos tiempos críticos. Críticos, por la extrema gravedad de la situación que padecen millones de personas. Críticos, porque de la solución que encontremos para los problemas depende el modelo de sociedad que construiremos en el futuro.

De los múltiples aspectos de la realidad que la crisis está golpeando, voy a fijar mi atención en el drama de aquellos que están siendo desahuciados de sus casas, y la heroicidad de los que luchan denodadamente por impedirlo. Y dejadme tomar partido. Quiero ser objetivo, pero no imparcial. Son dos cosas distintas. Ser objetivo es intentar describir lo que sucede siendo honesto con lo real. Ser parcial significa tomar partido cuando hay de por medio una valoración moral y, en consecuencia, una urgencia al compromiso de la acción. Lo que quiero decir es que en esta historia hay agresores y víctimas, hay otros que miran para otro lado, y, finalmente, hay quienes, desde la indignación, no se resignan a que la injusticia campee impunemente.

DE LAS CAUSAS DE LA CRISIS Y SUS AGRESORES

No quiero alargarme en este punto, por ser conocido, pero es precisa una breve contextualización para comprender la dimensión del problema.

La Ley del Suelo de 1998 liberalizó los terrenos para aumentar las superficies urbanizables y los empresarios invirtieron en la construcción masiva de casas, para lo cual pidieron grandes créditos bancarios. Al dispararse la demanda de vivienda, el precio de los pisos subió: el precio por metro cuadrado en 1998 era de 1.089 euros y en 2007 se situó nada menos que en los 2.816 euros. Los bancos impulsaron una política de préstamos para la compra de casas rebajando las exigencias para su concesión y aumentando las cuotas a 40 años. Así, la deuda de las empresas (para cons-

truir), de las familias (para comprar), de las cajas con otras entidades (para prestar) era descomunal. El país crecía no porque generara riqueza, sino porque operaba con un progresivo endeudamiento. Hasta que estalló una crisis de las *subprime* en Estados Unidos: grandes firmas de la banca y la inversión internacionales habían traficado con productos financieros «basura», traspasando a precio de oro lo que, en realidad, no valía prácticamente nada. El afán por el lucro desmedido provocó una crisis mundial que repercutió con especial crudeza en España al estallar la burbuja inmobiliaria: los bancos dejaron de prestar dinero, los inversores dejaron de comprar deuda; como nadie prestaba dinero, el consumo se desplomó, se contrajo la economía, las empresas empezaron a despedir a millones de trabajadores, y las familias sin trabajo al no poder pagar su hipoteca fueron expulsadas de sus casas. El desahucio se convirtió en el último eslabón de una cadena vergonzante.¹

DE LAS VÍCTIMAS DE LA CRISIS

Esta sucesión de acontecimientos tuvo consecuencias dramáticas para los ciudadanos. El precio de la vivienda se incrementó en un 250% mientras los salarios apenas subieron un 1% por encima del IPC. El acceso a la vivienda por parte de la población se convirtió en misión imposible: el pago de una hipoteca media supone cerca del 60% de los ingresos de una pareja. La media de endeudamiento está entre 35 y 40 años. Y así, hipotecada de por vida, con más de la mitad de sus ingresos destinados al pago de la deuda, rogando al cielo para no quedarse sin trabajo, el desempleo ha alcanzado casi los 6 millones de parados, habiendo ya 1,5 millones de familias en las que ninguno de sus miembros tiene ningún tipo de ingreso.

1. Vicenç Navarro, Juan Torres y Alberto Garzón, *Hay alternativas*, Editorial Aguilar, 2012; Aleix Saló, *Españistán: este país se va a la mierda*, Glenat España, 2013.

La ley de ejecución de las hipotecas permite que el banco se quede con la casa cuando se producen los impagos. Posteriormente la saca a subasta por el 50% del valor de tasación en la escritura, la vende o, si nadie puja, se queda con ella. Luego descuenta ese valor del total de la deuda contraída y el resto resultante es la deuda que el hipotecado y ejecutado sigue debiendo al banco. Así, el ciudadano, además de perder su casa, queda condenado a la ruina de por vida. Esta práctica hipotecaria afecta en España, aproximadamente, a 1 millón de personas. Desde que comenzó la crisis se han producido más de 400.000 mil ejecuciones hipotecarias, y al drama de la pérdida del hogar se suele sumar la pérdida del empleo y la asunción de una deuda absolutamente inasumible. La consecuencia final y más trágica, ha sido la creciente oleada de suicidios de personas angustiadas por una situación sin salida. Para colmo, según el informe del Instituto Nacional de Estadística del año 2011, había en España 3,4 millones de viviendas vacías, un 10,8% más que hace 10 años. Estas viviendas se mantienen con fines especulativos, desempeñando un valor en los balances de cuentas de los bancos.

Por eso hablo de víctimas: porque han sido agredidas en su dignidad al atentar contra sus derechos fundamentales. Así, el artículo 25.1 de la Declaración de los Derechos Humanos dice: *Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial, la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios (...)*. Desarrollando este artículo, el Comité de Derechos Urbanos de la ONU, en su Observación General nº 4, asegura que la vivienda ha de ser digna y adecuada. ¿Qué es una vivienda digna y adecuada?: aquella que es asequible a todas las personas, de modo que la legislación de cada país debe garantizar este derecho a los grupos de población en desventaja o bajo poder adquisitivo. Esto incluye la «seguridad jurídica de tenencia»: sea cual fuere el tipo de tenencia, todas las personas deben gozar de cierto grado de seguridad de tenencia que les garantice una protección legal contra el desahucio, el hostigamiento u otras amenazas. No es de extrañar, en consecuencia, que el Tribunal de Justicia de la Unión Europea haya confirmado en una sentencia la ilegalidad de la legislación española sobre ejecuciones hipotecarias, ya que los desahucios vulneran los derechos fundamentales y deben ser paralizados de oficio y de forma inmediata.

DEL ESTADO CÓMPlice

Es descorazonador pensar que este dictamen haya tenido que venir desde instancias foráneas y que no

haya sido el propio Estado español el garante de los derechos de los ciudadanos.

Seguramente el artículo 47 de la Constitución española sea desconocido por la mayoría y, sin embargo, es de una claridad impresionante: *Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada. Los poderes públicos promoverán las condiciones necesarias y establecerán las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho, regulando la utilización del suelo de acuerdo con el interés general para impedir la especulación. La comunidad participará en las plusvalías que genere la acción urbanística de los entes públicos.*

Se afirma, pues, que el Estado tiene la obligación de «hacer efectivo» el derecho a la vivienda, asegurando que los ciudadanos la tengan y no se queden sin ella. Más aún, se afirma explícitamente que el Estado debe «impedir la especulación», y que su intervención buscará «el interés general». Si es así, valoremos la actuación del Estado: ¿ha buscado el bien de los ciudadanos o se ha puesto de parte de los que, especulando, querían mantener su margen de beneficios?

Cuando la crisis estalló, el Estado corrió a salvar a los bancos inyectándoles grandes cantidades de dinero. Ese dinero salió de las arcas públicas y de las instituciones europeas, interesadas en que España pagara a sus acreedores, en buena parte bancos alemanes. Y ese dinero computó como deuda pública. Los partidos mayoritarios, sin consultar a la ciudadanía, modificaron la Constitución para que ésta garantizara por ley el pago de las deudas a los mercados. Para lograrlo se aplicaron durísimas medidas de ajuste y austeridad basadas en los recortes sociales y el aumento de impuestos. La consecuencia ha sido un brutal empobrecimiento de los ciudadanos, con una drástica reducción de la clase media mientras aumenta por millones el número de personas con ingresos muy reducidos, incluso, por debajo del umbral de la pobreza.

Con sus leyes y medidas, ¿a quién ha beneficiado el Estado? ¿Por qué las políticas no han ido encaminadas a salvar a las personas y a las familias? ¿Por qué se privatizan las ganancias y se socializan las pérdidas? ¿Por qué no se modificó la Constitución en la línea de garantizar que habrá dinero suficiente para hacer efectivos los derechos sociales? A mi entender, el juicio es claro y meridiano: el Estado ha dado la espalda a la ciudadanía, ha actuado a sabiendas en contra de ella y ha tomado partido por los agresores.

DE LAS ORGANIZACIONES CONTRA LOS DESAHUCIOS

No vivimos, pues, en un Estado de derecho, sino en un «estado de indefensión». Quién debería no sólo ha-

cer efectivos nuestros derechos sino, además, defendernos de quienes los ponen en peligro, ha decidido ponerse de parte de los agresores. Había que elegir entre los derechos y el capital, y el Estado ha elegido el capital. ¿Qué otra salida tienen los ciudadanos que indignarse, organizarse y luchar? Y así ha sido: los ciudadanos se han levantado y han dicho basta.

Dentro de los movimientos de lucha ciudadana en pro de una defensa efectiva del derecho a la vivienda hay que señalar a la PLATAFORMA POR UNA VIVIENDA DIGNA.² Esta asociación, de ámbito nacional, inició su andadura en 2003, por tanto, antes de que estallase la burbuja inmobiliaria. Esto significa que el problema de la vivienda no es nuevo, que no es fruto de una coyuntura económica, sino un mal endémico del sistema en el que estamos inmersos.

Esta Plataforma pretende, ni más ni menos, que se cumpla el artículo 47 de la Constitución: asegurar que todos tengan una vivienda digna y adecuada, que se impida la especulación inmobiliaria y que los posibles beneficios de las políticas urbanísticas repercutan en el bien común. ¡Ahí es nada! La Plataforma se constituye como movimiento ciudadano por el desamparo de las personas por parte del Estado. Así, aseguran que *la ausencia de un mecanismo de control democrático en el caso de omisión de las disposiciones contenidas en la Carta Magna ha causado que nuestros sucesivos gobiernos en sus diferentes instancias se hayan olvidado sistemáticamente de buscar fórmulas que garanticen la aplicación del derecho básico de acceso a la vivienda*.

Dicho de un modo más pedestre: los derechos quedan muy bonitos sobre el papel, pero son pura mentira si no hay políticas reales que los pongan en práctica; y el responsable de hacerlo es el Estado. Y si éste hace dejación de sus funciones, a la ciudadanía no le queda más remedio que organizarse para conseguir lo que le pertenece por derecho propio. Y no es simplemente una declaración de principios: la Plataforma por una Vivienda Digna hace propuestas concretas para asegurar el cumplimiento de este derecho. He aquí algunas de las más destacadas:

- ❑ El incremento del gasto público en la construcción de vivienda protegida, preferiblemente de promoción pública y en ayudas directas al alquiler.
- ❑ Un aumento exponencial de la presión fiscal en relación al número de viviendas acumuladas y tiempo

de desocupación, para los poseedores de viviendas secundarias y, sobre todo, de viviendas vacías.

- ❑ La creación de informes mensuales rigurosos, amplios e imparciales sobre la evolución de los precios tanto de la vivienda libre, como de la vivienda usada y el suelo.
- ❑ La creación de una agencia de control del fraude inmobiliario.
- ❑ La prohibición de cualquier método, sobre todo la subasta, que fomente el crecimiento artificial de los precios; la participación en la gestión del suelo de órganos independientes con derecho a veto que evite la creación o modificación de planes urbanísticos que vayan en contra del interés de los ciudadanos.
- ❑ El establecimiento por ley de un tiempo de retorno máximo de los préstamos hipotecarios de 15 años y la obligatoriedad de un seguro hipotecario ante situaciones de paro o enfermedad grave.

La Plataforma por una Vivienda Digna lleva ya una década luchando por la defensa del derecho a la vivienda, pero, sin duda, quien ha acaparado la atención de la sociedad ha sido la PLATAFORMA DE AFECTADOS POR LA HIPOTECA (PAH).³ Este movimiento social surgió en Barcelona en el año 2009 y se ha extendido por toda España. La PAH sí se enmarca dentro del contexto de la crisis inmobiliaria y de las protestas ciudadanas contra las políticas de los gobiernos de los últimos años, especialmente las nacidas a raíz del movimiento 15-M.

La PAH agrupa a personas con dificultades para pagar la hipoteca o que se encuentran en proceso de ejecución hipotecaria, así como personas solidarias con esta problemática. Se define como *un grupo de personas apartidista que [...] ante la constatación de que el marco legal actual está diseñado para garantizar que los bancos cobren las deudas, mientras que deja desprotegidas a las personas hipotecadas que por motivos como el paro o la subida de las cuotas no pueden hacer frente a las letras*.

Las primeras actuaciones de la PAH han de calificarse como actos de desobediencia civil y de resistencia pasiva ante las ejecuciones y notificaciones de desahucios, realizando concentraciones ante la puerta de la casa de los afectados, impidiendo el paso de los agentes judiciales e imposibilitando el desalojo. Esta campaña se bautizó con el título *Stop Desahucios*, se

2. Para saber más sobre la Plataforma por una Vivienda Digna: www.viviendadigna.org.

3. La PAH es un movimiento horizontal, que se reúne de manera asamblearia para exponer los distintos casos de los afectados, ofrecer asesoramiento y ayuda mutua para encontrar apoyos tanto prácticos como emocionales. Para saber más sobre la PAH: <http://afectadosporlahipoteca.com/>

inició en noviembre de 2010. Se podría decir que esta campaña es concebida como una medida de emergencia ante una situación dramática que requiere respuesta urgente.

Sin embargo, conscientes de que el problema es mucho mayor, la PAH comenzó en junio de 2010 la campaña *Dación en pago*. La dación en pago suele aplicarse como sistema de pago final por parte del deudor de una hipoteca inmobiliaria a la que no puede enfrentar las cuotas impuestas por el crédito hipotecario establecido y en la que se entrega el inmueble, en vez de dinero, para liberarse de la deuda: es decir, la deuda con el banco queda saldada mediante la entrega de la vivienda hipotecada. Tal posibilidad no es ajena a la propia ley hipotecaria española, la cual, en su Artículo 140, prevé la dación de pago, siempre y cuando se pacte con la entidad crediticia o acreedor antes de formalizar el préstamo hipotecario.⁴

La PAH puso entonces en marcha una *Iniciativa Legislativa Popular* (ILP) para llevar una propuesta de ley al Congreso de los Diputados. Esta propuesta recogió un millón y medio de firmas, que fueron entregadas en el Congreso en febrero de 2013. Tras ser admitida a trámite, el texto fue sucesivamente alterado por los partidos mayoritarios, hasta desdibujarlo notablemente. El texto resultante, bajo el título de *Ley de Medidas para la Protección de los Deudores, Reestructuración de la Deuda y Alquiler Social*, fue aprobado únicamente con los votos del Partido Popular, no en un pleno, sino en una comisión, y por 23 votos a favor y 21 en contra. La dación en pago es contemplada de forma muy mínima y en casos extremísimos. El principal punto de la ley es la suspensión temporal de los desahucios por dos años para quienes cumplan ciertos requisitos de vulnerabilidad y con vistas a reanudar el pago de la deuda posteriormente. Pese al respaldo generalizado de la sociedad a la dación en pago (con un apoyo de casi el 90%), y al apoyo que la I.L.P. ha recibido por la sentencia del Tribunal Europeo, el Congreso de los Diputados ha hecho oídos sordos al drama de millones de personas lapidando las esperanzas de muchos.

Sin embargo, esta «derrota» de la ILP no ha supuesto el fin de las movilizaciones. Así, por ejemplo, se ha puesto en marcha la *Obra Social La PAH*. Copiada con un tono irónico de la conocida Obra Social La Caixa, esta campaña persigue la reapropiación ciudadana de las viviendas vacías en manos de enti-

dades financieras fruto de ejecuciones hipotecarias. En los casos en que las concentraciones ciudadanas de la campaña «Stop Desahucios» no paralicen los desalojos, la PAH dará cobertura a las familias para recuperar las viviendas de las que han sido desalojados. Esta campaña, en palabras de la PAH, tiene un triple objetivo: recuperar la función social de una vivienda vacía para garantizar que la familia no quede en la calle; agudizar la presión sobre las entidades financieras para que acepten la dación en pago; y forzar a las administraciones públicas a que adopten, de una vez por todas, las medidas necesarias para garantizar el derecho a una vivienda.

Pero, sin duda alguna, la acción que más ha dado que hablar últimamente son los «escraches», enmarcados dentro de la campaña *Hay vidas en Juego*. Un escrache es un tipo de manifestación pacífica en la que un grupo de activistas pro derechos humanos se dirige al domicilio o lugar de trabajo de alguien a quien se quiere denunciar y que tiene como fin que dicha denuncia sea conocida por la opinión pública. En el caso concreto de la PAH, los escraches son parte de una campaña de información para que los diputados conozcan la realidad a la que se ven abocadas las personas afectadas por la hipoteca. Las acciones de la PAH, incluidos los escraches, son de carácter pacífico y rechazan cualquier agresión, verbal o física. Sin embargo, la PAH ha sufrido una campaña de desprestigio por parte de miembros del Partido Popular y medios de comunicación afines, quienes acusan a la PAH de antidemocráticos y de emprender acciones de carácter totalitario. Esta ha sido, una vez más, la burda manera que se ha buscado de criminalizar a unos ciudadanos que, de manera pacífica, y dentro del marco de la ley, no se resignan a defender los derechos que les son propios y que sus representantes políticos les niegan. A mi juicio los escraches no sólo son un instrumento pacífico ajustado al derecho a la libertad de expresión sino, sobre todo, una cuestión de justicia. Como ejemplo, baste esta defensa:

No os importó que hubiera millones de parados y fuisteis también a por ellos. Les quitasteis un pedazo de lo poco que les queda y les gritasteis que se jodan en mitad del Parlamento (...) Los bancos vinieron a por nosotros y vosotros nos quitasteis los cuatro cuartos que nos habían dejado en los bolsillos. Ellos nos robaban, vosotros hacíais negocio con nuestro dine-

4. La propuesta de la PAH no defiende la dación con carácter universal, sino en el caso de primera residencia. La propuesta es clara, radical, y suministraría un alivio inmediato a muchos ciudadanos. Y en cierto sentido, es proporcionada, pues el error del excesivo endeudamiento cometido por la familia es el envés del error de la entidad de crédito que se lo concedió: «No ha habido en la historia un boom inmobiliario sin la complicidad de un sistema bancario que lo financiase» (Xavier Vidal-Foch, «Impedir o evitar los desahucios», *El País*, 04/04/2013).

ro. Volvimos a protestar y nos disteis la espalda de nuevo (...) Los jueces españoles y el tribunal europeo han decretado que las hipotecas españolas son ilegales y abusivas y a ninguno de los dos les habéis hecho caso. Miles de personas en la calle y un millón y medio con su firma, os han pedido parar esta sangría y habéis tratado de escaparos de ellos. Nos disteis unas medidas insuficientes que no sirvieron para nada y ahora nos volvéis a ofrecer un simulacro de solución en diferido. Os pedimos pan y nos dais migajas. Os pedimos ayuda y nos dais antidisturbios. Os pedimos que nos echéis una mano y nos la echáis al cuello.

Ahora van a por vosotros y reclamáis que os amparemos pero ya no queda casi nadie de nosotros que lamente lo que os está pasando. Os toca sentir lo que sienten los perseguidos. Ahora nos pedís la justicia que vosotros nos habéis negado. Invocáis la democracia que habéis destruido y el respeto que no nos tenéis (...) Vosotros no sois las víctimas, sois los culpables, sois la causa de los escraches que estáis padeciendo. Vosotros sois el escrache de este país. Le habéis hecho un escrache a esta democracia hasta obligarla a huir por patas (...) Sois vosotros los que dejáis que miles de familias sean humilladas delante de sus vecinos, que sus casas sean señaladas con una cruz de «desahuciado» en la puerta, que queden marcados como parias y excluidos, que ancianos, niños, enfermos y gente sin recursos estén sufriendo la derrota, la violencia policial y la vergüenza pública. Sois vosotros los

que lleváis más de cuatro años haciéndonos un escrache tras otro, los que lleváis años huyendo de los que ahora os persiguen, los que estáis empujando a miles de personas por un barranco por el que os acabarán arrastrando, los que estáis provocando una pobreza, un odio y una desesperación que puede acabar estallando (...).⁵

CONCLUSIÓN

Los movimientos de la ciudadanía en contra de los desahucios son una buena noticia. Representan la justa movilización por el desamparo de millones de personas ante los ataques de poderosas entidades financieras y empresariales con el apoyo de unos gobiernos que han hecho al Estado cómplice de sus injusticias. Pero aún significan más: su lucha repercute también en los No Afectados por el tema de la vivienda, ya que, en el fondo, a lo que se apunta es a un nuevo modelo de sociedad, a un nuevo modelo de democracia. Este es el gran reto y la gran ilusión: la sociedad civil despierta para construir una democracia más directa y participativa, una democracia basada en la transparencia, una democracia que sirva al bien común buscando siempre el cumplimiento efectivo de los derechos fundamentales de las personas. 

5. Javier Gallego, «Escrache», en *El diario.es* 28/03/2013.